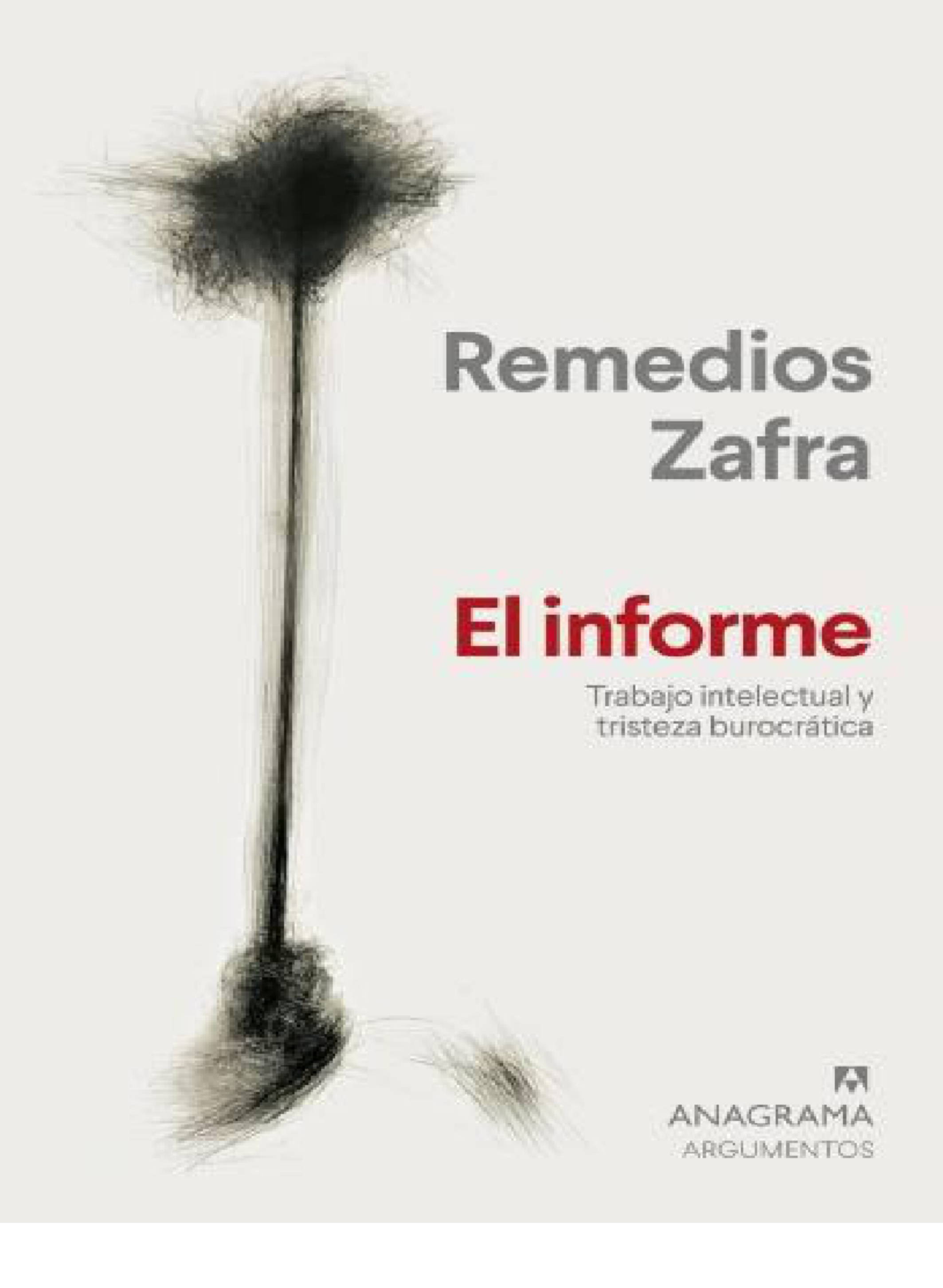

Remedios
Zafra
El informe
Trabajo intelectual y
tristeza burocrática
ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

Grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito y necesito, al menos, creer en mi protesta. La primera y única evidencia que me es dada así, dentro de la experiencia del absurdo, es la rebeldía. [...] «las cosas han durado demasiado», «hasta ahora, sí; en adelante, no».

ALBERT CAMUS, 1951

Desde julio intento firmar el contrato y no puedo. Pero hoy, después de unas seis horas delante del ordenador, admito mi frustración de no conseguirlo, y me acuerdo de ti, porque el tema es así a diario: cada día es más inhumano [...] mi tristeza administrativa [...] va más allá de la mera frustración por este trámite no acabado. Me enfado con el sistema. He estudiado teatro durante doce años de mi vida, y el tiempo hoy lo empleo en estas cosas que son el «teatro sucio y absurdo» para poder llegar con «el otro» al escenario.

YANISBEL MARTÍNEZ, 2023

No tengo claro si pronunciaría un «no te quiero». Incluso cuando el tedio rebosa en mi trabajo, cuando siento «no poder» o «no pensar» y deseo abandonar buscando dar mayor sentido a lo que hago, hay un hilo que me recuerda que amé este trabajo.

LAURA BEY, 2022

Razones para una escritura rebelde.

Un informe inefable

No podemos cambiar la vida si no amamos la vida. Un informe inefable es un mecanismo de las palabras contra todo lo que en el trabajo dificulta la vida.

EL INFORME, USTED Y YO. CONTRA LA TIRANÍA BUROCRÁTICA

Algo he debido hacer mal. Nada recuerdo, pero mi mala conciencia así lo dice. Tal vez lo pasé por alto entre el cansancio que sigue a la ilusión perdida o al saber que la tuve. Condéneme. Quizá un arresto domiciliario sería una buena lección. Príveme de conexión si el delito administrativo ha sido grave, pero por favor no se lleve papel y lápiz.

LAURA BEY, 2023

Cuando llaman a la puerta, junto mis muñecas y cierro las manos para que puedan esposarme con facilidad. Doy por hecho que soy culpable de «algo». Siempre es la cartera trayendo libros, pero mi primera imagen es de quien viene a detenerme. Las razones oscilan: algún documento enviado con firma desubicada, un portátil roto que no devolví a mi universidad y reciclé yo misma, negarme a fichar cuando voy al trabajo si además teletrabajo, un impreso 14N incompleto... No tengo claro el motivo, pero por cómo la vigilancia administrativa y sus requerimientos me hacen sentir, con seguridad soy culpable de algo, o de todo.

Hace tiempo que no escucho el timbre de mi casa, pues allí suelo descansar de los audífonos; sin embargo, con suerte identifico el sonido de los nudillos en la puerta si son rotundos y si, como suele pasar, estoy trabajando a pocos metros de la entrada. Hay un goce raro en esos golpes broncos, que tanto me asustan como me atraen. Esto último ocurre cuando alguna vez fantaseo con que alguien que se toma la molestia de llegar hasta mi casa puede sacarme de esta espiral de culpa. Claro que no es mi fantasía más habitual, pero sí es la que más me gusta, que alguna figura luminosa que se ocupa de ayudar a otros, casa por casa, viene a escucharme. En su lugar, la imagen que suelo proyectar como interruptor de mi mala conciencia es la de un funcionario judicial o un agente de las fuerzas de seguridad con una orden de detención por cargos distintos («no entregó el informe, no asistió al curso online, no ha contestado los treinta mensajes de hoy», etc.).

Dicha orden y su consecuente privación de libertad podrían intervenir en esta presión fosilizada que siento, aliviando este desafecto creciente y con culpa que me inquieta y condenando lo que quiera que sea que me lo provoca. Encarcelada, paradójicamente, perdería mi libertad

pero recuperaría el tiempo, algo más de tiempo. Ese que ahora se rellena de trabajo líquido desde el grifo de flujo constante que es la tecnología y su perversa complicidad burocrática. Y crece y crece apropiándose de mis tiempos y de la casa.

Me sorprende de qué eficacísima manera se ha incrustado en mí la mala conciencia, qué trabajo más exquisito de bordado de culpa como con hilos dorados saliendo por mi esternón y clavículas la ha agarrado a mi cuerpo. Con todo, no me daría ni un poco de pena quitármelos porque llevan conmigo demasiado tiempo y, lejos de pasar desapercibidos o activar desatención, es lo primero que noto cuando me siento frente al ordenador o cuando escucho que llaman a la puerta. Algo he debido hacer mal.

Y no, nadie sabe cuánto dura esta sensación. En ella se sostiene y alimenta lo que seguimos haciendo sin querer bajo la presión productiva y la exigencia de justificación constante, esa que solo se le pide a un sospechoso. Ni siquiera recordamos en qué momento aprendimos a normalizar este estremecimiento mientras desconfían de nosotros, mientras desconfiamos entre nosotros, mientras llenamos nuestro tiempo con trabajos huecos para acreditar el trabajo con valor que debiéramos estar realizando. Precisamente esa es una de las motivaciones de este informe, aunque su prosaica razón primera es la que sigue.

Fue el día X del mes S del año Y del siglo XXI. Entonces solicité un ordenador para comenzar a desarrollar el nuevo trabajo al que había accedido y dejar de usar el viejo y cascado ordenador propio. Al respecto recibí varios mensajes reclamándome un informe que justificara por qué solicitaba un ordenador y pidiéndome desarrollar un proyecto de investigación que acreditara dicha petición y otros impresos relativos al presupuesto y procedimientos de compra. Dudé de si debía haber pedido leña para hacer fuego, tambores para bailar o simplemente papel y lápiz, porque la petición era sencilla y el proyecto, de tener un título, sería «Necesito un ordenador para trabajar».

En la espiral absurda que me pedía dedicar tiempo a justificaciones restándolo de mi trabajo con sentido anduvimos dialogando usted y yo, hablando sobre el huevo y la gallina, el ordenador y el trabajo. Al principio usted decía no entrar a debatir contenidos conmigo, pues es una mera mediadora y solo debía supervisar que en dicho informe yo rellenara los apartados requeridos, léase: justificación, objetivos, dificultades, metodología y otros.

Después de pensarlo, y sopesando que necesito este trabajo para vivir pero me resisto a sucumbir a las lógicas que quieren robotizarme y apropiarse de mis tiempos, le comuniqué mi decisión de valorar el mencionado informe, pero atendiendo a lo que considero que debo decir. Por ello, le prevengo que no podrá argumentar que es espantosamente inadecuado. Como mucho, podrá criticar que no se ajusta en tamaño y estilo a los informes tipo que a usted le llegan, pero pide ser tenido en cuenta y solicito que así sea.

Ni antes ni ahora entendí la importancia de que detuviera mi humildísimo trabajo con esta esencial tarea que me reclama y que antecedo y priorizo a todo lo demás. Si bien le rogaría que si me preguntan por propósitos, modos de hacer, problemas y razones, por favor lea lo que sigue y no pase por alto lo profundo que me mueve a elaborar este informe sobre cómo trabajo y cómo vivo.

Porque ¿qué es vivir? ¿Es vivir trabajar y sentirte ocupada la mayor parte de la vida soñando con poder jubilarte algún día, justo cuando enfermas más, incluso todo el tiempo? ¿No es la vida el tiempo? ¿No tengo cincuenta años de vida que son cincuenta años de tiempo?

¿De qué manera ese tiempo que es la vida que vivo boicotea cosas que deseo pero siempre aplazo a «cuando tenga tiempo»? Cosas como: caminar con calma, conversar sin la urgencia del reloj, comer despacio, hacer menos y más lentamente, leer durante horas, hablar con amigos, ir al teatro, dibujar, morirme de risa, subir a la sierra con mi padre, jugar con mi sobrina, tumbarme en el campo, ser sin mala conciencia u observar a la gente. Afirmaría que en esa disponibilidad de mayores dosis de tiempos propios, de tiempos liberados de trabajo obligatorio, nacerían mejores ideas y mayor compromiso y afecto con los demás y con el planeta, diría que incluso con nuestro trabajo. Pero me atrevería a afirmar que nacerían también más oportunidades para conocer sin prisas y recuperar la atención que requieren la justicia y la ciencia, el goce de la cultura, de la creación y el disfrute comunitario e íntimo. Porque algo empírico puedo aportar de la experiencia vivida: que nada valioso germina, salvo repetición y cansancio, del desapego con el trabajo de quien se siente pieza de la maquinaria.

Cierto que en esta movilización primera estoy olvidando algo esencial: que con mucha frecuencia me veo obligada a esconder la pasión por mi trabajo, la que me trajo a este empleo y me proporciona, en contextos de concentración y libertad, algunos momentos inefables de grandísimo interés y sentido. Sin embargo, por alguna razón que intentaré sacar a la luz aquí, me siento obligada a ocultarla a menudo, buscando protegerla para no dañarla con las rutinas que siento

obligatorias y despojadas de alma, como si en lo más profundo supiera que guardo un secreto todavía capaz de agarrarme a la vida si todo lo demás falla.

Con seguridad, poner al mando esa motivación honesta habría sido un gran valor para el trabajo hecho, porque aumentaría la exigencia sobre algo que habría defendido yo misma, sin esconderme en forzados epígrafes administrativos o en méritos que solo se enuncian livianamente, para que nada rasque en ellos y su desgaste deje a la vista la obscenidad de un «hacer por hacer», de un hacer vacío.

Esa pasión que protejo porque la siento en riesgo me mueve al estudio y a la investigación verdaderos, a la libertad de quien se siente responsable de lo que hace y de sus consecuencias. Esa pasión es innovadora y contagiosa para quienes la perciben y también la desean. Y diría que germinó cuando éramos adolescentes y lo sigue haciendo en los adolescentes de ahora. Lo vemos, no necesariamente en las noticias ni en la parte enfocada de sus fotografías en redes, sino en su preocupación íntima por el planeta y por el futuro cuando se movilizan o cuando estudian confiando en poder ser y en poder hacer para cambiar lo que hoy «se sentencia».

Y no olvido que esa pasión en los últimos tiempos ha sido tanto motor como corazón vulnerable que el capitalismo no teme instrumentalizar para aumentar la productividad y aislar competitivamente a los trabajadores. Es más, considero que este escenario está en la raíz del aumento del desafecto de quienes fueron movilizados por esa motivación cuando era también expectativa; precisamente los que peor llevan la fagocitación hiperproductiva de sus tiempos desde los brazos administrativos y tecnológicos del insaciable cuerpo del capital.

Es por ello que solo me parece valioso realizar este informe abriendo su estómago, desplegándolo, para comprender ese escenario de potencia y freno, compartiendo y adentrándonos en la complejidad y las contradicciones que nuestros trabajos conllevan, poniéndola al tanto de lo que suele excluirse en los habituales informes, el contexto donde dejamos lo que callamos o lo que nos cuesta expresar. En cierta forma agradezco que me pregunten, porque siendo este el informe de un proyecto tan singular y carente de proyecto («Necesito un ordenador para trabajar»), adolece de la especificidad de otros, como sería «Proyecto para el estudio del virus C20», «Investigación sobre el comportamiento de los marsupiales fuera de su hábitat», «Trabajo de campo para la recuperación del patrimonio de la iglesia de San Martín», «Estudio sobre las emociones a través de las pinturas de la Sala Z del Museo del Prado», «Estudio del cromosoma X, gen COL4A5» u otros bien acotados.

Este informe carece de esa especificidad y podría, por tanto, ser una oportunidad para abordar preguntas que normalmente escapan a estos proyectos: ¿por qué trabajamos como trabajamos? ¿Qué potencia tiene el trabajo intelectual en el futuro del trabajo? ¿Qué está en juego si el trabajo intelectual no se rebela y cede a este desafecto de un hacer obediente, burocrático, hiperproductivo y de cualquier manera? ¿Quiénes perturbarán a las personas para recordarles que son personas? ¿Quiénes intentarán cambiar pesimismo por crítica, resignación por lazos con otros? ¿Quiénes recordarán que apagados servimos mejor a la inercia de un mundo que favorece a los ya privilegiados? ¿Quiénes escribirán los poemas, los libros, las obras capaces de romper la coraza de un espíritu endurecido por fuerzas deshumanizadoras que se normalizan? ¿Quiénes descubrirán soluciones para las enfermedades y males que nos aquejan? ¿Quiénes educarán con pasión?

Evitar el uso de estas expresiones:

«Creo» «Pienso» «Me duele»

MOTIVACIÓN, AMOR Y DISCONFORMIDAD. LO QUE ME TRAJO AQUÍ LO ERA TODO

Pensé que otros estaban así, como yo, viviendo sin saber que tienen vida. Por eso decidí frenar profundizando, tantear este camino, contestar a su petición de informe desde una escritura rebelde con lo que me hace sentir neutralizada. Convertir informe en desinforme y reivindicar un cambio, porque amo la vida y escribo, porque pienso en lo que supone trabajar y vivir y, necesariamente, disiento. Porque lo incontestable para la mayoría es que casi la totalidad de nuestra vida trabajamos y, ya, la vida se ha ido. ¿No debiéramos darnos la oportunidad de repensar esto que llamamos «trabajo» para que ninguna persona muera con esta sensación?

Fue en este trance que, frente a la petición del enésimo informe que usted me hace, las palabras se me taponaron en la boca. Al principio pensé que si dedicaba unas horas a elaborarlo como tantas veces he hecho, en un par de días podría entregárselo y acto seguido retomaría mi trabajo y mi vida, o mejor dicho, mi rutina. Sin duda, esta habría sido para mí la opción más rápida, pero creo que si desperdiciaba la oportunidad de elaborar este informe inefable, las palabras seguirían taponadas en mi boca. La semana próxima llegaría otra petición similar y después otra más, y usted y yo seguiríamos haciendo lo mismo.

De actuar así, no valdría nada, nada. Como tantos documentos enviados, formaría parte de una respuesta mansa o de una petición que no habría podido o no habría sabido rechazar. No valdría nada, nada. Si cedía a su reclamación, ese sumatorio de frases y respuestas con apariencia eficaz, datos y fechas, no sería más y posiblemente sería menos que el vómito de una máquina programada con modelos para crear un trabajo administrativo o académico que aparenta vida sin tenerla, una tarea revisada por un trabajador interino que seguramente mañana no estará, de forma que mi trabajo, como pieza administrativa, contribuiría a ello. No sería nada, nada. Sin embargo, ocurre que lo que me trajo aquí lo era todo.

Por eso había que plantarse, pero no bastaba una reclamación escrita o un desahogo con compañeros que nos dejase en el mismo lugar. Había que enfrentar la rutina del trabajo hecho de cualquier manera con la atención que debemos a un libro.

Este camino era mi única salida porque sentí que lo que me trajo aquí lo era todo, mientras que el delirante ritmo de los días sostenidos por la

tentación de abandonar mi trabajo, la incansable rutina burocrática y la obediencia callada eran nada. En ese estado liminar recordé la enfermedad oculta en la mentira que aniquila el alma, el valor, la poesía, la enfermedad que nos lleva a vigilar el dócil cumplimiento de unas normas descuidando el sentido de lo que hacemos.

Y yo quisiera tirar de algún hilo que me ayude a recuperar ese todo, una parte al menos o, con suerte, ese todo. Lo necesito para este informe inefable porque difícilmente resisto entre el agotamiento que linda la desactivación y la imperiosa necesidad de agarrarme a algo. Lo necesito para salir del precipicio que sigue al aturdimiento monótono. En ese trance advertí que un hilo de rebeldía me hacía de cuerda y me ayudaba a seguir alerta pero sintiendo el riesgo de la caída y la pérdida: el a punto de.

Esa cuerda estaba hecha de palabras y en ellas hallé una potencia secreta, como el vaso de agua y el bocadillo del «puesto fronterizo». Eso que tanto activa el cuerpo como nos reconcilia con un «estar vivos». Diría que en ese hilo estaba la poesía. Y afirmaría que quien la descubre sabe que cuenta con un tesoro que no es solo para los ricos, con un alimento tan valioso como la comida o el oxígeno. La poesía escenificaría muy bien ese todo al que me refiero y que a muchos nos trajo aquí, a los trabajos que se forjan con palabras y sentido, tan diferentes a los mecánicos e innecesarios informes elaborados sin apenas tiempo y sin ningún alma.

A diferencia de ese hacer que me hunde, la poesía me ha salvado de incontables caídas y casi abandonos. Porque envejecemos y en las formas en que trabajamos el espíritu se va apagando, la actividad delirante y las pastillas disfrazan temporalmente los desafectos con lo que hacemos y nadie percibe lo que tú crees que vas gritando. De pronto, en un inesperado tiempo de espera, alguien que te quiere te lee un poema y levemente comienzas a recuperar el brillo bajo el párpado, y recuerdas lo que es la vida, lo que te trajo aquí. Y adviertes las quebradizas mezclas de órganos y deseo que forman a quienes como tú trabajan y piensan que viven, mientras gran parte del tiempo se desdibujan y drenan.

Hay ocasiones en que la poesía habita en la escena marginal que solo percibe quien se detiene a mirar de otras maneras. Pero también la poesía como obra cincelada por la inteligencia sensible, la más humana, nace materializada en palabras y los poetas nos la ofrecen como el gran regalo. «Inútiles» llaman los insensatos a los poetas, ignorantes de que la poesía puede serlo todo. Lo es cuando se convierte en la única fuerza capaz de verbalizar lo endiabladamente verbalizable.

La poesía a veces hace de foco entre la maraña de mundo, aunque otras también hace de sombra entre el exceso de luz. Y en ella, que te salva y rebela de una manera única, se siente la necesidad de tenerla cerca como el agua o lo que aporta un valor sublime e inefable a nuestra existencia. Por ello considero que, para recuperar el sentido, esa poesía debiera habitar en la esencia de las palabras con las que trabajo.

Lo afirmo consciente de la dificultad de la poesía, del trance que supone llevarla contigo. Saberlo es importante porque la poesía que te cura te ayuda a percibir de otras formas la manera en la que vives. Pero no lo hace sin resistencia, pues simultáneamente esa forma de vivir le escupe y la perjudica. Si en ese aprieto pierdes la poesía, su ausencia te empequeñece y agrava tu enfermedad. Y, como bien sabemos, de poco vale enfermar de puertas para dentro si amas la vida. Hay que mostrar esa enfermedad y, si es necesario, dejarte caer: doblar la rodilla y colapsar como una torre sobre ti misma con un leve giro y en diagonal ante un testigo; desplomarte entre la masa del metro en hora punta, la cabeza inclinada y el cuerpo de pie sostenido por la verticalidad dinámica de la muchedumbre del vagón apretado; precipitarte por la escalera en la planta que desemboca en el pasillo del centro de trabajo para que el cuerpo sea visto, y quizá convertido en objeto de reflexión por quienes entran en la sala de juntas; escurrirte ante la videocámara teletrabajando en casa, con la cabeza sobre el teclado presionando la tecla Enter hasta convertir un escalón entre letras en un acantilado; hundirte en la escritura gritando la deshumanización mecánica; desmoronarte ante un interlocutor enmudeciendo como si se te taponara la boca.

Taponándoseme la boca. Frente a usted y sin esfuerzo, las palabras se me han taponado en la boca. Pero lo hacen por presiones distintas a las que llamaré «esto» y «aquello», ambas inefables de manera muy diferente. Porque lo cierto es que hay un gradiente de historias sobre lo inefable del trabajo, y esto y aquello son las que más intensamente empujan la escritura de este informe. Son opuestas y solo están emparejadas por el «no». Lo que motiva la una es lo que descuida la otra. Y asumiré aquí el riesgo de verlas patearse, tirarse del pelo y morderse.

Aquello es motivación atragantada; esto, impotencia enmudecida. Aquello nace ante la pasión, la poesía, la satisfacción, el valor social y el trabajo con sentido que acalla con un «qué difícil traducir en palabras». Esto es agotador y linda con el umbral de quien ya nada entiende y se nota amordazado, imposibilitado para expresarse por una fuerza que oprime, sea la crueldad groseramente humana o el sibilino goteo de los trabajos reiterados y sin sentido que taponan la boca. De esto germina el desafecto y nace la interlocución encasillada en compartimentos prefijados.

Con esto me refiero a lo violentamente inefable, a sentirnos incrustados en vidas privadas de vida, a la violencia burocrática que come y aniquila nuestros tiempos con exigencias y trámites crecientes mediados por tecnología, que nos llevan a competir la mayor parte de nuestra vida adulta y al desapego individualista; trámites que buscan como sabuesos dónde se esconde la primera firma para lograr la segunda y la cuarta y conseguir, si todo está señalado correctamente, un visto bueno para tramitar la entrega del ordenador que necesito para comenzar a trabajar, siempre y cuando entregue el informe que usted me pide.

Con esto el dedo señala el sinsentido que nos empuja a sumergirnos en tareas que no tienen valor y que parecen justificar un sistema acomplejado y falto de confianza en los trabajadores. Trabajos-trámite que usted y yo no permitiríamos si pensáramos de verdad en lo que estamos haciendo y no actuáramos de manera mecánica cumpliendo instrucciones.

Y no olvido algo esencial: que esto acontece alentando una posición tensionada entre nosotras. Porque es probable que, mientras hablamos, usted no mire tanto al sistema o a la estructura, sino al privilegio de quien habla y se queja teniendo un trabajo estable, dependiendo usted, seguramente, de una empresa subcontratada por unos meses y recibiendo un sueldo mínimo por su empleo temporal. Es en esa toma de conciencia que todo debiera recolocarse y yo pensar: ¿de qué manera puedo romper mi bucle ayudando a romper el suyo?, ¿cómo puedo pensar nuestros sinsentidos ayudando a pensar nuestros trabajos y desigualdades? Porque nuestra interlocución, si fuera mecánica, escondería la trampa de verse desarticulada muy fácilmente. Bastaría con que me dijera: «Eh, usted, ¿de qué se queja si es una privilegiada comparada conmigo?». Y mientras ponemos el foco la una en la otra como si compitiéramos por umbrales mínimos de dignidad, sentido y sueldo, quienes tienen mayor responsabilidad y prerrogativas se sienten liberados de reclamación tras cadenas de mediadores. Y así corremos el riesgo de apagar nuestro lazo y de contribuir a perpetrar este modelo.

Cierto que no en todos los casos lo que nos moviliza es lo mismo. Para muchos aquello también inefable que nos derivó a trabajos intelectuales en los ámbitos de la palabra se formaliza, en ocasiones, en la ventaja de trabajos estables. Pero, en otras muchas, los trabajos solo llegan con proyectos puntuales y subcontratos, materializados en unos meses de sueldo saturados de tareas de gestión. Hace tiempo que la estabilidad laboral dejó de lograrse con voluntad y méritos. Hace tiempo que pasó a depender, además, del aguante burocrático de quien sobrevive entre concursos perpetuos.

Nadie puede aplacar el derecho de quien, después de cumplir con infinita paciencia el itinerario laboral propuesto, se siente frustrado y desapegado con esos trabajos por el papeleo. Porque esa querencia, esa afinidad por una práctica debiera poder materializarse en un desempeño atento y concentrado con valor añadido cuando se logra un trabajo con libertad y tiempo, bueno para uno y para los demás. Sin embargo, ¿ha observado cómo la ráfaga incansable de tareas administrativas que no repercuten en la calidad de lo que hacemos se extiende por la mayoría de los trabajos mediados por tecnología, pero con especial saña en los intelectuales de la academia y la cultura? ¿Acaso debe resistirla un político, un dentista o un banquero? El hartazgo linda con el abandono o el cinismo, y la sociedad no puede permitirse esta pérdida.

Es la razón por la que en este informe inefable trataré de las vidas y los trabajos de las personas que utilizamos las palabras como base de nuestras tareas: investigadores, escritores, profesores, gestores, comunicadores, divulgadores, científicos, creadores, dramaturgos, artistas y otras posibles figuras de la investigación y la creación en las que coinciden estas actividades como roles o identidades. Trabajos que exigen diariamente dinámicas de uso administrativo de las palabras y que suelen estar inscritos o vinculados a la administración pública, esa que amamos y odiamos al mismo tiempo, y que quisiéramos mejorar.

Porque ¿no ha observado que cuando nos dejamos llevar por el impulso mecánico de ser dolorosamente obedientes y previsibles, usando las palabras que se esperan de nosotros, solo aparentamos vida habiendo, precisamente, solo apariencia? He aquí la lógica que se empeña en vestir muchos de los trabajos contemporáneos. Una lógica que nos hace parecer más máquinas que humanos, como si fuéramos el testeo de una próxima sustitución que comienza cambiando empatía por eficacia. Una lógica que se centra en su fachada, apagando su valor, su sentido, su poesía.

Desde mi agotamiento y disconformidad, me agarro a esta escritura rebelde que desobedece la enésima petición de un informe y ante su pregunta «¿Por qué?», debe saber que lo que me trajo aquí era un poder hacer con sentido, lo que me trajo aquí lo era todo.

Un nada que hacer

Pensé que otros estaban así, como yo, viviendo sin saber que tienen vida; que, acelerados mirando el teclado, o las baldosas cuando caminamos rápido, sin pasear, nos habrían robado los balcones con buches de paloma y todo lo que se alza y antes mirábamos pareciendo no mirar nada; que el horizonte solo existía si algún humano se ponía en medio y pulsaba un botón para congelar su propia imagen con fondo crepuscular; que la mesa ya no era interfaz de conversaciones pausadas y sin móvil; que todo precisaba teclas y dedos, teclas y dedos. Pensé que la razón de todo esto brillaba demasiado como para ser la razón, que era excesivamente obvia y debía haber algo más, pero de no ser la única debía tenerse en cuenta: nos han matado el tiempo. Lo han dejado sangrando aún caliente y fluyendo como sombra pegada a nuestro cuerpo. Y, muerto el tiempo, trabajamos y parece que vivimos, pero trabajamos o preparamos informes para trabajos, o soñamos con el trabajo, o enlatamos unos días para sentir que descansamos del trabajo, o buscamos trabajo, pero no vivimos. ¿Será la razón de este cansancio por la que con frecuencia nos falta el aire y nos medicamos para aparentar que estamos bien mientras seguimos trabajando?

Quizá miramos hacia abajo porque cargamos con los cadáveres de nuestros tiempos perdidos como si fueran parte del sujeto drenado que se hila a nuestros pies, blando y amoldándose a nuestra sombra. Con ese tiempo se han ido tantos días en los que podría afirmar que he actuado como una autómata y fingido como una humana que es terrorífico que a golpe de vista los otros lo hayan pasado por alto, porque también a mí me ocurre con ellos.

Para provocar un desvío en este bucle he tenido que alejarme cuanto he podido de mi casa, esperando que el sol infernal de un verano amplificado en un planeta enfermo queme por dentro la piel de mi habitación, porque también mi casa ha sido usurpada por lo que se apropia del tiempo. Mi sensación es de haber escapado hacia abajo, abriendo un túnel y escarbando. He levantado la cabeza en el lugar más lejano al que he podido llegar, porque si seguía allí, en mis trabajos y rutinas diarios, habría enfermado más y me habría resultado imposible salir de la inercia productiva. Aquí he precisado encontrar un lugar tranquilo para depositar el tiempo caído en combate, quizá azulándose lentamente como quien enferma y de pronto habita ya solo en horizontal.

Porque el tiempo que me han matado, o que con seguridad alguien me acusará de haber aniquilado yo misma, era un tiempo cargado de posibilidades para mí y para otros. Lo afirmo, pues en cada tiempo vivido realmente he podido compartir y construir cosas, incluso he experimentado hacer cosas «con sentido». Y yo quisiera para ese tiempo que ha muerto una tumba y la concentración que toda pérdida merece, pero, ante todo, la posibilidad de frenar esta aniquilación que me fluye. Quisiera creer que es posible recuperar mis tiempos limpios, garantizar que en lo efímero de la vida vivo, hacerlo de manera consciente, sin sortear la dificultad que supone, recuperando la pausa del rito de quien precisa despedirse y enterrar, porque en esa despedida algo termina y algo empieza. Algo que paradójicamente desearía como un «nada que hacer». Un nada que pueda reajustar este vivir, este poder tomar partido en lo que está pasando.

He buscado un banco poco transitado en Holland Park, esquinado y rodeado de árboles y arbustos como zarzas, robles y castaños que hacen de cueva y con más simetría de la esperable para un espacio natural. Veo en este rincón anacronismos que con seguridad gustarían a mi tiempo muerto. Aquí la tierra es casi barro por las lloviznas constantes y me ha sido fácil excavar con las botas un hoyo de varios centímetros. Al terminar, las botas casi se me han caído de los pies por el peso del barro y del cadáver del tiempo que lleva demasiado pegado a ellas, incrustado en la suela dentada y penetrando por dos agujeros en la planta de mis pies. Lo he liberado con muchísima pena pero también con alivio, como si estuviera amputándome la expectativa concentrada de lo que pudo haber sido. Al desprenderlo ha dejado de ser blando y se ha endurecido como un cadáver resignado a serlo. Pobre tiempo. Lo he depositado con camisa de agua de lluvia y lo he tapado con barro y piedrecitas. He rezado en voz baja un poema por él.

Cuando he llegado a la habitación, me parecía que las botas con agujeros por donde el tiempo muerto se derramaba en mi sombra ya no me pertenecían del todo y que seguir llevándolas suponía vivir en la nostalgia. He optado por meterlas en la maleta y en mi próximo viaje a Zuheros llevarlas al desván de mis padres, donde guardamos la ropa y los objetos de los que se han muerto tapados con sábanas que fueron blancas y expuestos al viento de la sierra, y enterrarlas en el aire, allí que las ventanas como agujeros de cueva siempre están abiertas.

En la habitación voy descalza para poder brotar tiempos nuevos rebeldes frente a la culpa y la presión, pero he precisado una cura complicada para alguien incapaz de verse las heridas de los pies y que solo puede curar tocando con las yemas de los dedos, lamidas y sensibles con la carne

propia. Bien pensado, si la imposibilidad de controlar mis tiempos me ha convertido en un ser mecánico o bovino, mis pies habrían precisado las curas que los veterinarios hacen de las pezuñas de vacas u ovejas, como si la pata fuera materia no viva hasta llegar a la infección que señala lo que está dañado y supura.

Porque recuperar el tiempo es solo parte visible y externa de este daño que esconde una preocupante desafección con lo que hago, con lo que hacemos, como esa infección más escondida de las patas expuestas y heridas de estos rumiantes. Y cojeamos, y cojeamos, sintiéndonos dominados por las rutinas de un hacer por defecto. Pero ¿de qué manera una frenética vida-trabajo deja de sentirse vida? ¿De qué manera dejamos de sentirnos responsables de un hacer, nos desvinculamos del compromiso para que ese trabajar-hacer tenga valor y sentido para una misma y para los demás?

Y no me refiero solamente al predominante valor del beneficio económico y la utilidad, sino a lo que, siendo aparentemente inútil para una vida materialista, conlleva sacudida e intensidad de espíritu, conciencia y cultura, lo que evita que una sociedad enferme y pierda el sentido, lo que, casi inefable, es, nos centellea y reconcilia con la vida. En gran medida aquí habita el trabajo con las palabras que reivindico, porque amo la vida y escribo, porque pienso en lo que supone trabajar y vivir y, necesariamente, disiento.

Los cuerpos y los trabajos intelectuales

[...] en instantes de alegría y plenitud incomparables vislumbramos que la verdadera vida reside ahí, todo nuestro ser experimenta que el mundo existe y que estamos en el mundo [...]. Si puede suceder así en nuestra época, ¿qué maravillosa plenitud de vida no cabría esperar de una civilización en la que el trabajo se transformaría para ejercer plenamente todas las facultades, para constituir el acto humano por excelencia?

SIMONE WEIL, 1955

–¿Y no preferirías un trabajo relacionado con lo que te gusta?

–No. Prefiero hacer lo que me gusta cuando termino mi trabajo.

Conversación con un estudiante de instituto, 2023

En las vidas paralelas que proyecto cuando recibo el regalo de pasear por la ciudad, tengo una mercería y un empleo en un convento. Son historias posibles que me ofrecen la tranquilidad de un trabajo sosegado, diferenciado de mi vocación. La venta de camisetas de algodón y de acogedores pijamas que abrigan sin embellecer, soslayando las fotos en redes sociales, o fregar un espacio silencioso como un convento, son tareas en apariencia muy alejadas del trabajo académico que desarrollo y para el que necesito un ordenador, pero me proporcionan un escape simbólico. También, ¿cómo negarlo?, proyectarlas me permite fantasear sobre cómo serían esas vidas con trabajos que no habría elegido, sino encontrado, pero que se amoldarían a un horario y me permitirían volver a disponer de «tiempo propio».

Llego a esas vidas reflexionando sobre mi pasado, hilando alguna vivencia en la que las cosas estuvieron a punto de acontecer de otras maneras, y me pregunto «¿qué hubiera pasado si…?». Pienso en la coyuntura por la que determinadas decisiones me orientaron a la vida que tengo, cuando fácilmente podían haberme llevado a alguno de esos otros destinos solo si algunas piezas hubieran encajado de manera diferente. Pero me llama la atención que en esas vidas posibles que se yerguen como ensoñaciones en edificios concretos de calles de Madrid nunca excluyo la práctica de la escritura. En todos los casos son actividades que favorecen disponer de un horario acotado con tiempos propios y, por tanto, la libertad de escribir como algo siempre elegido.

Advertir que, incluso en las opciones más monásticas de esos trabajos imaginarios, no concibo la vida sin la esencial práctica de la escritura, que da sentido a lo que hago, me ayuda a recuperar las motivaciones que me movilizan y a criticar lo que, en mis actuales trabajos en apariencia emancipadores, obstaculiza ese sentido.

Pienso entonces en cómo percibimos el ejercicio de auténtica libertad al elegir un «hacer» que nos motiva en la vida, frente a la multitud de cosas que nos vienen impuestas por el lugar del mundo donde nacemos, el cuerpo que tenemos, la familia en la que crecemos y sus posibilidades económicas, entre otras herencias. Porque sin apenas duda, ese ejercicio de libertad me parece un asidero que nos ayuda a orientar decisiones. Pero, contradictoriamente, esto no excluye que también esa elección nos prende, que en cierto sentido nos elige y ata a ella. Y esto no nos ocurre a todos, pero sí a muchos de los que nos formamos y buscamos condiciones para el mejor desarrollo de un trabajo intelectual.

Durante un tiempo, la Frutería Filosofía que describí en mi ensayo El entusiasmo me ayudó a valorar el bloqueo que advertía en tantos compañeros y estudiantes cuando no lograban encajar vocación y trabajo, o se sentían desilusionados por lograrlo pero descubrirlo como algo distorsionado. Eso ocurre cuando estos trabajadores perciben ese paraíso vocacional que tanto habían imaginado y deseado como «trabajo-empleo» convertido en una cárcel, o a causa de la inestabilidad de no poder construir un proyecto vital desde los sueldos bajos, la temporalidad, la sospecha que proyecta la sobrecarga burocrática, o simplemente porque se ven privados de tiempos sanos para ejercer con la atención y el afecto que merecería la mejor versión de sus trabajos.

Quisiera observar que no estoy atada a un deseo impedido, que una puerta cerrada no me condena a dormir toda la vida echada en el zaguán de lo que había imaginado, que soy capaz de alejarme y ver esa casa con perspectiva, otras entradas posibles, otras habitaciones o cuevas donde sentirme a salvo de la tormenta y el frío, pudiendo mirar la lluvia a cierta distancia. Y si decido mojarme, quiero disfrutar del agua, ir preparada, haber decidido que una montaña es parte de la casa y de mi vida. Es una opción que me interesa y que descubro, y que entiendo en la epifanía que me supone una de las más singulares historias que he leído en los últimos tiempos. Me refiero a la vida y trabajo de Elena Galán como «investigadora y pastora». La conocí hace unos meses. Me escribió para compartir conmigo su lectura de El entusiasmo y su sintonía con Sibila, esa que de muchas maneras somos la mayoría de los trabajadores contemporáneos en el ámbito académico, cultural y creativo. En su mensaje decía lo que sigue:

Por supuesto, yo soy Sibila (otra más), pero la versión mutada en monstruo-oveja. La doctora en historia económica y también la (entre varias sucesivas) postdoc, que después de unos 20 años en investigación, se rapa y se hace pastora. Las pastoras asalariadas en

Francia cobran igual o más que una postdoc española. [...]. He tenido que volver a la academia y de momento sigo trabajando en (un centro de investigación) en invierno (pastora asalariada es solo para el verano, oficio que por cierto en España no existe y que en Francia se está feminizando [...] rápidamente). Y ahí hago el trabajo administrativo de llevar los indicadores del centro para que (alguienes) evalúen a los científicos por indicadores científicos y otros que muy bien no sé cómo clasificar. (Elena Galán, 2023)

Encuentro en la historia de Elena un vínculo con la Frutería Filosofía o la mercería donde fantaseo trabajar y a la que posiblemente llamaría Mercería Antropología. Pero mientras la ficción que proyecto es un resorte simbólico que me ayuda a poner en tensión un desencaje con la deriva de los trabajos intelectuales contemporáneos, la historia de Elena describe el complejísimo contexto laboral por el que hoy pasan muchos trabajadores cualificados en el ámbito de la investigación y la creación. Pienso hasta qué punto los trabajos de Elena nacen de un mundo que favorece la precariedad, o buscando dar la vuelta a una situación opresiva que raramente desvela la oportunidad de apropiarnos de trabajos que importan hoy más que nunca.

Aún me impresiona leer sobre su experiencia, aunque la rareza que une en la misma frase ovejas y gestión de criterios de evaluación disminuye cuando advierto la frecuencia con que en el ámbito intelectual y creativo los trabajadores se ven empujados a pluriemplearse allí donde consignen un pago. Lo hacen habitualmente obligados por la inestabilidad y la insuficiencia de los contratos. Sin embargo, la combinación de Elena me parece especial, y en algo anticipatoria, como si escuchara hablar al planeta, y ante el hartazgo de mirar y esperar siempre en la misma dirección laboral, Elena diera un golpe en la mesa y en la excentricidad de esta doble identidad («soy una investigadora pastora») hiciera visible lo que está pasando. Fíjese cómo al hacerlo recuerda la rebeldía a la que Camus se refiere al afirmar que «las cosas han durado demasiado», «hasta ahora, sí; en adelante, no». De forma que un aparente fracaso se hace lección mirando a esos trabajos a priori tan alejados de su formación y primera alternativa intelectual. No solo porque esos trabajos materiales están ahora revalorizados y mejor pagados que los académicos, sino porque en muchos de ellos palpita un renovado sentido para quienes huyen del desafecto laboral y buscan un hacer auténtico. Me refiero a ese capaz de afectar y mejorar el contexto en que se trabaja.

No es la primera vez que encuentro esta combinación a simple vista anómala. El primer escritor que conocí también era pastor. Se llamaba

Frasquito y le llamaban el Guarda, «el viejo guarda». Supongo que pasar tiempo a solas en la sierra encendió su deseo por narrar. Frasquito fue durante mi infancia en el pueblo uno de los vecinos más inspiradores. Vivía en la calle Llana, como yo, y lo recuerdo viniendo a casa a pedir a mi madre pliegos del papel que se usaba entonces para hacer paquetes de comida en la tienda. Era un papel color marfil y levemente satinado, algo arisco para el grafito, pero eso no le importaba a Frasquito, que siempre escribía con lápiz. Esos pliegos fueron también los primeros que usé yo para expresar lo que me punzaba cuando miraba y escribía desde el escalón de la puerta.

Imagino a Frasquito entre piedras abovedadas resistiendo la tormenta o de vuelta en su habitación oscura apuntando ideas y versos en aquellos papeles. Cuando temió quedarse sin lucidez para gestionar aquel tesoro personal de letras, los llevó a casa y nos los regaló a mi hermana y a mí. Frasquito no habría alcanzado a imaginar algo como lo que describe Elena: que una persona formada durante años, con vocación e inteligencia, y con un saco de exigentes méritos a la espalda, se vea obligada a buscar trabajo de pastora como él. No habría entendido nada. Él, que tan claro tenía que los niños debían aprovechar la oportunidad de formarse, porque él quiso y no pudo. Esta imposibilidad de estudiar de Frasquito, que fue la de muchos de nuestros padres y abuelos, ha puesto en la educación la base para construirnos una vida más emancipada, sin la resignación de repetirse por defecto como agricultores, pastores, carpinteros, fontaneros, panaderas o amas de casa, que era lo que en el pueblo se sentenciaba si no estudiabas. Entonces, ¿en qué momento el sistema se ha trucado? ¿De qué manera la fallida meritocracia sigue alentando vocaciones que taponan de frustración la temporalidad o el desempleo?

La historia de Elena punza porque de pronto te das de bruces con todo este fracaso social y la devaluación de los trabajos académicos y de investigación, pero también con la contradicción de una revalorización de esos otros trabajos que ni siquiera nos planteamos como una opción. En la forma en que detalla su hacer con las ovejas al aire libre, encuentro no solo una alternativa que permite pensar en la apropiación de tiempos propios y la dedicación a trabajos con sentido, sino también en la complejidad de una época que hace posible que una mujer pueda trabajar unos meses en un centro de investigación de Bilbao y otros como pastora en el sur de Francia.

Que ese trabajo se esté feminizando me parece emocionante, como duramente llamativo que su sueldo como pastora sea superior al de investigadora. Sin haber compartido conmigo los contratiempos y las dificultades que imagino, advierto que no hay en él solamente la

búsqueda de una ocupación compatible con la temporalidad de muchos contratos de investigación, sino también la decisión de quien busca dar coherencia a su posición en el mundo y en el planeta con trabajos que habíamos descartado, porque nos fuimos del campo y del pueblo para emanciparnos y no siempre ha sido posible, porque esos trabajos no formaban parte de nuestra expectativa y formación, porque tradicionalmente los hacían los hombres.

Y ahora, en el desbarajuste de un planeta enfermo y en plena transformación de los trabajos con y sin sentido, más o menos mediados por la tecnología, tanteamos las oportunidades de transitar otros caminos, construir ejemplos y recuperar la materialidad del trabajo con el cuidado de la vida, de los animales, de la tierra y del paisaje.

Algo está cambiando en la valoración de los trabajos. Y no debiera pasarnos desapercibido el curioso paralelismo entre la infravaloración de los trabajos intelectuales y del ámbito humanístico y su feminización. Advertir que allí donde las mujeres hemos ido llegando se ha respondido con el empeoramiento de las condiciones laborales es una deducción que no puede quedar al margen de los balances sobre igualdad, cuando a menudo se limitan a meros porcentajes.

Sin embargo, no solo se trata de que haya un excedente de personas formadas en áreas de Humanidades y Ciencias Sociales, ni de su feminización; se trata también de la subestimación de los trabajos intelectuales, culturales y académicos, alentada por las visiones mercantilistas y extractivistas que desprecian todo valor que no sea monetario y acumulable. Y, asimismo, se trata de que quien busca rentabilizarlo presupone que el trabajo se hará de todas maneras, cobrando poco o incluso pagando para «lograr méritos». Estas visiones ponen a competir números y palabras, amañando sesgadamente los caminos del prestigio hacia la hegemonía laboral del éxito capitalista.

El hecho de que muchas personas sigan luchando por un puesto académico se alimenta de la expectativa y la pasión intelectual, e incluso activista, que proyectamos sobre ellos. Al mismo tiempo, la economía tecnocapitalista escupe y tergiversa lo que significa la «excelencia» de unos resultados que se sostienen en unos sueldos bajos, en la exigencia de competición permanente y, cada vez más, en el riesgo de desafección si gran parte del tiempo de trabajo se ve apropiada por justificaciones, concursos, adaptación de currícula y preparación de informes, es decir, por crear «apariencia de sentido» y no necesariamente «sentido».

Pero no es justo afirmar que el trabajo de investigación solo sea posible para el sumiso sujeto maquinizado. Saturar de burocracia estos trabajos forma parte de la precariedad que se ha asentado en ellos. Incluso cuando las leyes parecen crearse para contrarrestar esa precariedad, la práctica de los investigadores está expuesta a la temporalidad y a la rivalidad competitiva desde una insaciable rueda de gestión administrativa y desapego. Como efecto, ¿cuántas personas tendrán que plantearse otros trabajos acotados para disponer de tiempo liberado y así recuperar amor y sentido por el estudio y la creación? ¿Cómo revertir el riesgo de devaluación y ahogamiento del ámbito intelectual que en lo académico termina por beneficiar a aquellos criados u orientados para el «alto impacto» y no para el mejor y más honesto «hacer con sentido»?

SIN PALABRAS, DIBUJOS DE MI CADENCIA. ¿QUÉ CUERPO CREA ESTA MÁQUINA?



Los trabajos intelectuales no son solamente sensibles a las enfermedades del alma; aunque a menudo sus males son tratados como problemas de salud mental, que tan fácilmente se ocultan por vergüenza y se despachan con pastillas no siempre meditadas, no siempre precedidas de narración, de verbalización de lo que oprime, de comprensión de lo que aprieta. El trabajo intelectual es un trabajo con cuerpo; una no se desviste de la materialidad que nos hace ser groseramente carne y órganos no pensados para una vida sedentaria y ansiosa, pegados a las pantallas.

Si observáramos a una trabajadora como nosotras en su rutina diaria, la cadencia de sus movimientos no alcanzaría a expresar el universo que se despliega (o puede desplegarse) en sus palabras. No obstante, esa escasez de movimientos, esas rutinas nada espectaculares, acrecientan justamente el malestar de unos cuerpos pensados para moverse más allá de la monotonía que permite una máquina.

En uno de sus últimos proyectos, la artista Marta Azparren graba a varias trabajadoras de fábrica y observa la reiteración de sus movimientos en las máquinas que usan a lo largo de una jornada. Ya en el estudio, con los vídeos en marcha y enfundada en unos guantes con uñas de grafito creados ex profeso, reproduce los movimientos de las trabajadoras dibujándolos en una gran lámina de papel. El resultado muestra la repetición que marca su rutina.

Pensé que uno de esos dibujos podía acompañar este informe inefable y Marta me permitió usarlo en la portada. Su obra me ayuda a pensar en el ordenador que ha dado origen a este informe que es un libro, en cómo las dificultades administrativas e informáticas derivadas de su puesta en marcha y la consecución de permisos me han llevado a trabajar varios meses con el viejo, con dos teclas titubeantes que obligan a pulsar con más intensidad y dos veces por uso las letras O, P, el 0 y las interrogaciones. A la dureza de estas se suma el desgaste de las teclas que más empleo, diluidos los dibujos de la A y la M, desnivelada hacia el pulgar de la diestra la tecla horizontal que marca los espacios. Mis movimientos no son como los de las trabajadoras de la fábrica que Marta grababa, donde los brazos repiten rutinas desde un tronco casi estático. En mi caso son movimientos de dedos que teclean desde brazos, tronco y cuello casi estáticos.

Nadie sospecha que un ordenador es una máquina que daña el cuerpo. Hace falta imaginar a una persona sentada frente a él entre ocho y diez horas diarias durante más de veinte años con el cuerpo estático y un ágil movimiento de manos desde las muñecas para sentir lo esclerotizado del dolor del hombro, el cuello y la espalda. ¿Qué cuerpo es el que nace de estos movimientos proyectados en las yemas y que casi nos paralizan? ¿Qué dolor y qué grafismos dibuja esta cadencia? En su hipnótico poder para atraparnos y facilitar nuestro trabajo, este artefacto obliga a fijar la visión y a erguir la cabeza y estatiza el cuerpo.

En el largo intervalo de espera, seguí usando el viejo ordenador de cable ennegrecido y apoyo sostenido con esparadrapo. Este informe ha sido en gran medida escrito en él y con el dolor de estómago que me ha provocado lograr el otro. Pobre máquina, he estirado cuanto he podido su batería mermada y su límite de memoria. Qué rara sintonía me hermana a él cuando mi cuerpo podría ser descrito de manera análoga porque se siente envejecido. Pero qué contradictorio, porque aunque en muchas ocasiones siento que el cuerpo no puede, el amor a la vida palpita internamente con la misma intensidad adolescente de quien busca aprender y comunicar desde un hacer que valga la pena.

LOS CUERPOS TRABAJAN, TECLEAN, DICEN COSAS AL OÍDO

[...] una analítica me hizo frenar en seco mi actividad y fue entonces cuando «descansé». Catorce días sin ordenador. Me sentía inútil. Luego culpable. Luego privilegiada... y vuelta a empezar.

ALICIA MAGUEY, 2023

Siento que si la inconformidad no se expone ni se comparte, se nos convierte en enfermedad. Me digo que es mentira que nuestra náusea sea solo efecto de la medicación, como sugiere el prospecto. En nuestro caso, la náusea es efecto del trabajo. Matizo: de determinado tipo y volumen de trabajo. A usted y a mí, el propio trabajo nos lo ha dicho, tecleado, susurrado al oído. Mientras el cuerpo clamaba «frena», el trabajo respondía «sigue».

Somos dadas a borrar de la memoria lo que nos trajo aquí, y a lo sumo recordamos a corto plazo o presionadas por lo comprometido a corto plazo. Es difícil recordar la marchita majestad de los últimos meses, el porte de serenidad artificial que nos dan los ansiolíticos. «Aquí estoy trabajando, no me afecta lo que ayer me dañaba.» Pero cuando el efecto se diluye y el nerviosismo se vuelve taquicárdico, piensas que necesitas más y, después de años tomando uno, un día aumentas la dosis. Lo haces con el visto bueno de un médico que te conoce de un vistazo. «Si necesita más, tome dos.» Claro que has leído sobre los efectos secundarios, pero en el momento de la ingesta, tanto para el ansioso como para el adicto solo vale sobrevivir, resistir sin la náusea vital, blindarse ante el enfado que pueda hacer saltar trabajo y vida por los aires. Esto ocurre hasta que la conciencia sobre el daño que te causan se activa y pones en el centro vital la necesidad de desengancharte del medicamento que te curaba, pero al mismo tiempo te enfermaba. Y un día adviertes que a tu alrededor muchos como tú eran adictos disfrazados de productividad que ahora luchan por liberarse de los ansiolíticos.

La rebeldía amontonada explota en la enfermedad, la impotencia amontonada explota en la enfermedad. Son cuerpos frágiles los cuerpos de ahora. También, y especialmente, los que se postran frente a la pantalla la mayor parte del día comiendo lo que pueden y

respirando como pueden. Con seguridad, cada cierto tiempo te comes una tarjeta de plástico porque viene anexa y pulverizada en el ambiente contaminado o entre los alimentos envasados como regalos, tan procesados como el ordenador al que estás pegada.

En la cotidianidad de vivir medicados, trabajas cinco días a la semana soñando con el fin de semana para ponerte al día de lo que la semana no permite: contestar el correo con más calma y lavar la ropa. Disculpe la insistencia, pero es preciso reiterar lo que no se comprende del todo. El por qué trabajar la mayor parte del tiempo se asentó como destino resignado. ¿Cómo no nos hemos plantado a recuperar el tiempo para la vida que no es trabajo? Si en «voy cerrando», «ya termino», «un poco más», el trabajo se derrama y se queda.

Una investigadora me dice que sus intentos de frenar para cuidarse siempre se ven frustrados porque se acotan a los días en los que está convaleciente de alguna enfermedad o a las vacaciones. Enfatiza cómo en ese tiempo suele compaginar el descanso con un trabajo más pausado para después volver con más ganas. De manera similar a como cuando un día te propones dejar de tomar azúcar y tras una semana sin hacerlo terminas en una pastelería al borde del coma diabético. A veces parece que salimos expulsados con intensidad a las vacaciones y fines de semana no solo por agotamiento, sino por la rabia de lo que queda por hacer. Como si esperásemos encontrar en los días de descanso la concentración perdida para el trabajo que más importa y el aliento necesario para renovar la energía que nos permita volver. Es decir, poniendo el trabajo (y no la vida) en el centro; prometiéndonos en cada vuelta no ceder a derramarlo todo de tareas y obligaciones. Pero poco dura el intento, y al cabo de unas semanas ya has llenado toda la agenda para los próximos meses y esperas a otras vacaciones para recuperarte. Y así resistes, oscilando de un extremo a otro.

Si estas vidas nos duelen, ¿no debiéramos recordar la posibilidad del cambio? Liberarnos de los trabajos huecos, disminuir tiempos de trabajo cada día, cada semana. Ese camino de reducción de jornada que en el siglo XX supuso importantes logros sociales precisa ser revisado, ser pensado en un escenario laboral que es ahora muy distinto. Hacerlo permitiría avanzar hacia un futuro donde las personas puedan dedicar la mayor parte de su tiempo a vivir y a cuidar lo que mantiene la vida: los demás, el planeta, cada uno de nosotros.

Su náusea y la mía se multiplican en millones que callan y la padecen, como si la materialidad del cuerpo fuera envasada y escondida tras las pantallas, dejando ver solo el envoltorio de nuestro perfil sonriente. Fue en

esta tesitura que en los meses que preceden a mi huida para reencajar el cuerpo y enterrar el tiempo perdido, para sobrevivir y buscar la concentración que me ayudara a escribir este informe inefable, sentí el umbral por el que estaba transitando, la sensación de que si eso era la vida, la vida era la nada. Que nada valía convertirse en zombi que hace informes y contesta el correo como una máquina, que se despierta en la noche para adelantar trabajo y evitar la acumulación o que una inesperada ola de mensajes vuelva a sepultarte… Y es entonces que durante una conferencia que comienzas con un leve picor de garganta, y a la que te entregas como de ti se espera, te quedas sin voz, y la afonía se agrava, y visitas al especialista uno y la medicación te mejora el dolor de garganta, pero te daña tanto el estómago que vives con náuseas y asco por la comida. Para paliar ese mal, visitas al especialista dos y los antibióticos que te receta te provocan una bajada de defensas. Empiezas a encadenar herpes semana sí, semana también, y visitas al especialista tres y acabas simultaneando varios tratamientos sin que nadie te vea como humano completo, pero sigues trabajando. El tratamiento de antivirales vuelve a agravarte el estómago, y en conjunto todo lo que has tomado sin frenar el ritmo hace que desees apagar el cuerpo y anestesiarte. En el trayecto nadie te preguntó por la ansiedad, solo te decían que frenaras, que bajaras el ritmo y que no dejaras los ansiolíticos.

¿Frenar?, ¿cómo se frena?, ¿es suficiente frenar unos días cuando el trabajo sigue llegando? La mala conciencia te hace sentir que debes estar y debes hacer, que solo cuando hayas perdido medio cuerpo o te hayas quedado completamente sorda te sentirás en condiciones de pedir una baja, o alguien reforzará tu tentativa de desahogarte en una consulta médica para que «por amor, por favor, por caridad» alguien te ayude de veras, alguien te ayude como persona, no como sumatorio de órganos.

Pareciera que solo los privilegiados con visa oro pueden contar con interlocutores humanos sin prisa, dispuestos a dedicarte un tiempo de atención sin mirar el reloj, mientras la mayoría deben habituarse a ser tratados por aplicaciones informáticas o por doctores sin tiempo que suman una nueva pastilla para una parte del cuerpo. ¿Acaso nadie nos ve? Porque si esto pasa, y nadie es capaz de advertir el vínculo directo entre estos malestares y la forma en que trabajamos hoy, estamos enceguecidos. Quienquiera que se beneficie de estas dinámicas hiperproductivas y de desafección, claramente no nosotras, debe de frotarse las manos, porque, por absurdo que parezca, seguimos.

Este asunto es singularmente sensible para mí, pues en los últimos años algunas personas lectoras de Frágiles y de El entusiasmo me escriben y comparten esto que yo comparto ahora con usted. En los últimos días, una

investigadora me decía lo que sigue:

[...] esta mañana pensaba en lo mal que he hecho las cosas estos últimos tres años. Desde que empecé con la tesis, mi salud también ha ido mermando poco a poco. Empecé debutando con celiaquía, y pasé a una enfermedad autoinmune que encontró nido en la tiroides y que sin embargo ahora parece estar más cómoda en el hígado y en el páncreas. Además, me paso horas anclada al ordenador, con una dieta bastante deficiente y digamos que yo sola he agravado todo. [...] He decidido parar, pero no abandonando mi actividad, sino pausándola aun a riesgo de tener que pagar por una nueva matrícula [...], aunque haré lo posible por equilibrar y evadir ese gasto, no es precisamente llevadero. Me he apuntado al gimnasio, creo que no he hecho deporte en serio nunca. [...] Las analíticas que me hicieron han sido una sentencia: inicio de diabetes, colesterol, anemia severa, infección bacteriana, deficiencia de vitaminas... El tratamiento «de choque» ha eliminado la infección y me siento algo más fuerte, pero me dijeron que la enfermedad autoinmune debe ser la causa de algunas de esas cosas, pero también mis hábitos son caldo de cultivo. (Alicia Maguey, 2023)

¿Cómo cuidarnos, entonces? Porque de poco valen nuestras huidas para tomar aire si terminamos repitiendo el ciclo. De poco valen en contextos en los que cada vez con más frecuencia nos sentimos solos. No vivimos necesariamente cerca de amigos o de familia. Los tiempos laborales son ingratos y ese vínculo afectivo a menudo se sacrifica. Tener las conexiones abiertas acerca, pero mientras con internet entran los afectos, también entran los trabajos sin medida, como una ventana que airea y ensucia el aire al mismo tiempo. Y, ciertamente, es difícil cuidarnos si ni siquiera sabemos frenar. Puede que la frase «si uno no para, el cuerpo para», reiterada por los profesionales de la salud, pase por alto que necesitamos la ayuda colectiva, la que activa lazos humanos para ayudarnos y decirnos «no».

Y tanto podemos pensar en el afecto de un amigo o de una hermana para decir un «basta» superlativo cuando tú no eres capaz, como en la empatía de las personas con quienes trabajamos para animar este cuidado mutuo. Porque en el dolor propio vamos dejando pistas que en solitario nada significan, pero hiladas en grupo forman una mancha de puntos, un rasgo, un indicio de que no estamos solos en esto, no podemos estar solos en esto.

Si le pregunto «¿por qué sufre?», «¿por qué sufrimos?»... con seguridad, si nos dan algo de tiempo, podremos compartir nuestra particular mochila con las dificultades, los dolores y las preocupaciones que vivimos. Una mochila que al abrirla se despliega desvelando las taras y dolencias de los que queremos junto a las propias, los parches con que paliamos la falta de tiempo para atenderlas con pastillas y llamadas, mientras van creciendo como un boquete en un barco.

Pero hemos estado tan ocupadas... Hemos intentado avanzar confiando en que el dolor y las enfermedades mejorarían por sí solas, y no. Tampoco es fácil encontrar a personas con tiempo para escucharte y para ayudarte. Ni en los contextos laborales ni en la sanidad se dan las condiciones para hablar de todo esto y valorar hasta qué punto la manera en que trabajamos nos enferma.

Así, inseguros de compartir lo que nos hace más vulnerables, esas enfermedades que empiezan y terminan en crecientes grados de ansiedad y en la sensación de no poder, de no tener tiempo para vivir, seguir trabajando y mejorar nuestra salud, llevan a que un mal en principio puntual se cronifique y nos haga vivir con esa fragilidad normalizada, rodeados de agua.

Y puede que usted no tenga tiempo ni vea el contexto oportuno para contarme su historia con detalle, su «érase una vez», pero muchas frases se van filtrando y se reiteran, dejando pistas de que algo va mal, que se normaliza lo que debiera ser puntual. Solo hace falta leer con un poco de atención y cariño los encabezamientos que predominan: «Disculpa la demora, ando sobrepasada de trabajo» o «siento el retraso, no doy abasto». Nunca nadie frena por sí solo; necesitamos complicidad, alianza de cuerpos enfermos, ayuda de los otros.

DIFICULTADES DE QUIEN TRABAJA CON

LAS PALABRAS. GROSERAMENTE HUMANOS

La materialidad huele, estamos atados a la saliva, a la orina y al sudor. Nuestro trabajo no sobrevuela por nuestra vida, fluye y se sumerge en el cuerpo, con la saliva, la orina y el sudor.

LAURA BEY, 2022

Mi apartado favorito del informe que usted me pide se titula «Dificultades que he encontrado». Continúo con él. Releo el epígrafe y lo deletreo en voz alta, y resulta que en lo que me pregunta identifico mi principal dificultad. No nos estamos ayudando, más bien nos estamos robando el tiempo, usted a mí y yo a usted, pasando por alto a quiénes beneficia todo esto. Es como si el sujeto se filtrara progresivamente por los requerimientos ordinarios sobre el objeto de nuestra práctica, mientras la mejor versión de nuestro trabajo y de nuestra vida se viera indefinidamente demorada.

¿O acaso el informe me pregunta por mis dificultades vitales? Agradecería esa preocupación, pues no solo tendría la oportunidad de compartir lo complejo que me resulta gestionar mi tiempo cuando, de un lado, me solicitan escenificar y narrar procedimientos, y de otro, se espera de mí que ejecute eso que narro cuando el tiempo está cada vez más ocupado para dicha escenificación, sino que podría añadir que esto acontece mientras la vida sigue atada, como siempre, a lo groseramente humano. Con estas dificultades puedo vivir solo si escribo y pienso sobre ello y busco la manera de compartirlas para transformar algo del mundo, ya sea un protocolo o una filosofía.

Aprender a vivir con nuestras dificultades es algo que requiere gran esfuerzo intelectual y material. Hacerlo nos permite mantener un nivel de riesgo de desbordamiento controlado con margen para seguir viviendo. Porque un inofensivo informe parece solo gota, siendo gota imantada a gotas que han viciado el mecanismo que fácilmente desborda y ahoga. Y entretanto empapo el agua, reparo y limpio, no puedo pensar ni escribir. Y esto importa porque el corazón de mi trabajo son las palabras, pero también porque mis tribus necesitan palabras. Yo, como humana y parte de mis tribus, necesito palabras.

Si no lo asumimos, la desafección acrecienta el resentimiento y hace que desaprovechemos las palabras, que las lancemos como piedras entre nosotros en un marco de rivalidad normalizado que es una suerte de marco bélico y de confrontación humana. O que las neutralicemos en informes apresurados y con anexos, sin sopesar su valor para comprender, relatar, pensar o imaginar mejoras para la vida. Y yo, entre otras motivaciones intensas, quisiera esas palabras para, por ejemplo, probar una teoría sobre el olor de las casas de los padres, sobre su soledad cuando llaman por teléfono a los hijos enganchados al trabajo sin que nosotros podamos oler el perfume de Varon Dandy tras el aseo de la tarde, o, al mediodía, el vapor del guiso sobre estratos de muebles, fotos y cortinas que han atrapado una materialidad invisible de décadas superpuestas, difícilmente narrable pero que garantiza que el dolor está controlado.

Digo «olor» porque en la distancia y en la vida aplazada por el trabajo y las pantallas, el olor está ausente y solo puede ser intuido. Y como casilla vacía, esa falta activa de curiosidad y conciencia requiere atención para dar credibilidad o poner en duda esa respuesta automática: «Estamos bien».

Es singular el olor de las casas de los padres cuando has cumplido los cincuenta. Es un olor que proporciona datos sobre el dolor de los otros y el tuyo propio. El dolor emana sudor, orina y lágrimas, y si lo tocas, raspa como los pelos canosos como alfileres naciendo de las mejillas de papá. El dolor de los otros es algo sobre lo que he escuchado y he aprendido en algunos libros y conferencias. Pero incluso en las más audaces reflexiones sobre el dolor de los otros, suelo echar en falta un engarce con la cotidianidad doméstica del dolor de quienes sufren en primera persona. Es la razón por la que en este informe no sortearé esta dificultad y, aun a riesgo de manchar los limpios papeles, precisaré palabras para incrustar el olor de la casa de los padres, la carne cruda antes del guiso y las heridas de tiempo que transitan ahora por estas páginas.

El dolor de las casas de los padres es una raíz del trabajo. Un dolor que lleva años rebosando en mis libros, reclamando atención a la conciencia de los «malos hijos», tiempo de cuidados. Pero es además un dolor que suele estar presente en muchas mujeres y en algunos hombres que se dedican al trabajo intelectual. A veces forma parte explícita de la temática; otras, se trata más bien de un fondo sutil que solo se muestra en la respuesta sincera a la pregunta «¿cómo trabajamos?». Entonces decimos «entre –y a pesar de– el dolor de las casas de los padres». De tal manera que la náusea que provocan los tiempos de trabajo vacío es náusea también en tanto esos tiempos ponen en riesgo el afecto y los cuidados que necesitamos para superar

estas dificultades.

En mi caso, la conciencia sobre el cuidado que precisan mis padres es un dolor antiguo. Podría trazar su origen en la muerte de mi hermana y en el intento reiterado de enfrentar la mayor inefabilidad que nunca he experimentado. La provocada por el daño social de señalamiento y rechazo que alguien a quien quieres sufre mientras azarosa y simultáneamente lucha contra un diagnóstico terminal. Si habitas ahí, «¿cómo saber si te matan o te mueres?». En este dolor inefable que es al mismo tiempo sospecha irresoluble me parece que radica el peso de la sociedad, de los otros, en cada uno. Porque si las palabras pudieran, este sería su gran cometido: saber hasta qué punto una comunidad puede ejercer su presión, aliviando una muerte o empujando a un enfermo o a un doliente con un dedo invisible para que caiga. Diría más: su cometido primario debiera ser beneficiar que las palabras ayuden a entendernos y a mitigar la muerte, nunca a empujarla.

Pero las palabras que servirían para comprender a los que nos causan daño son exigentes y cuestan. No es fácil ponerlas sobre la mesa cuando todo rebosa de palabras que buscan el desahogo. Esas que se repiten para crear un relato parcial y se hacen un lema –más cantado que meditado– pasando por alto que casi siempre desconocen la historia íntima, si la enfermedad del vecino es un catarro o un cáncer anaplásico. Al principio las preguntas sobrevuelan a las personas sin tiempo para escucharse de veras. Pero, sin tiempo, cantan y repiten lo que escuchan.

Ese dolor no aminora del todo cuando lo pienso, pero abordarlo, no excluirlo de mis palabras, me ayuda a racionalizarlo y a evitar la misantropía. También hablar con otros para entender por qué se dejan o nos dejamos fundir irracionalmente con la masa cuando se hace muchedumbre y evitamos así pensar. Porque a todas luces no es lo mismo pensar antes de unirse a los otros y poder argumentarlo, que no pensar y unirse por miedo o por desidia, por la presión de sentirse integrado e invisibilizado en el grupo. Si la filosofía nos piensa y nos ayuda a pensar, ¿por qué no contribuimos a romper esos bucles que alientan a actuar por inercia?

Me parece que en las casas de los padres, en nuestros pueblos, en la materialidad cotidiana, encontramos pequeños mundos que reproducen viejos conflictos. Una guerra se ensaya en un pueblo o en una casa. Es tarea del pensamiento político reflexionar sobre lo que acontece cuando en una comunidad uno se construye contra el otro e implicando a unos y a otros, es decir, configurando un «nosotros» y un «ellos».

Siempre creí que el dolor concentrado en la casa de mis padres no era comparable a ningún otro. Quizá subestimé el mío, intentando gestionar una muerte que sabíamos segura porque estaba diagnosticada, y lo aplacé hasta que me resultó inevitable afrontarlo, desgranarlo y escribirlo, como hago desde hace años.

Aunque el tiempo disminuye la intensidad con la que se vive una muerte ante los demás, no ocurre así en la intimidad, donde el dolor habita, mutando, pero habita. En mi familia lo alimenta a diario un teléfono de color rojo. Un teléfono que por mucho tiempo me hizo temblar al presentir un rebose capaz de inundar un cuerpo tembloroso, inhumanamente cansado. Ese teléfono me recuerda que el tiempo no va a mi favor y que necesito trabajar y ahorrar dinero para ayudar a mis padres y ayudarme a mí cuando los cuerpos sucumban indefinidamente. El dolor circula en doble sentido a través de ese teléfono rojo por el que mis padres y yo hablamos, y diría que es en ese flujo donde encuentro una de las dificultades íntimas que destacaría en este informe inefable.

Creo que podría ilustrar con varios ejemplos esa dificultad que para mí es tan intensa como difícilmente verbalizable. Uno de ellos se sitúa en la puerta de la panadería del pueblo, un día cualquiera, apenas las siete de la mañana. Mi padre se detiene ante un vecino que le increpa. Si un forastero describiera la escena, diría que dos nativos de gran parecido discuten. Narrada por mí, diría que, si en ese momento papá hubiera llevado un bastón o uno de los palos que usa para caminar por la sierra, si hubiera llevado un objeto pesado que aumentara la fuerza de su puño, lo habría usado contra la espalda del hombre, casi un espejo de sí mismo por edad, hechura y vestimenta, tan sufriente como él. Como si buscase la pelea física para terminar con un dolor contenido durante años y para el que no tenían palabras. Inefables, los gestos eran balas para hacer reaccionar al otro, no una explicación, ni una conversación pausada y ordenada en la que se deshila primero el dolor de uno y luego el del otro. «Tu hija está muerta», dijo su reflejo a las 7.10 de la mañana en la puerta de la panadería. Sé que al escucharlo papá puso esa cara de ojos explosivos y mandíbula inferior marcada, apretó los dientes, alzó la cabeza y levantó su brazo amagando con que su mano creciera y se convirtiera en losa de mármol que derrumbar con violencia sobre el hombre que tanto se le parecía. Pero su perra debió de meterse entre los pies y él se hizo mujer y madre y sintió el peso del cuidado que le debía, del cariño al que tenía que corresponder evitando matar y morirse y dejarla huérfana. Y bajó el brazo y agachó la cabeza y se alejó de la tiendecilla maldiciendo su vida y la del hombre-hermano.

Con seguridad, los que estaban en la panadería tenían sus opiniones

sobre lo ocurrido en el pasado y lo que precedía a la convivencia candente de ese hombre y de mi padre, de mi padre y de ese hombre, de dos familias de vecinos que en un pasado no tan lejano se habrían pegado un tiro o desangrado. Pero los que miraban, ¿qué iban a hacer? Dieron por hecho que decir lo que pensaban supondría tomar partido por alguno de ellos y convertir esa guerra en una guerra ampliada. Por cada partidario de uno, un partidario de otro, y un río de desaires y desprecios en cada encuentro hasta crear una frontera que partiera el pueblo en dos.

Porque cuando la palabra cuesta y se atraganta, cuando se tienen detalles imprecisos, mediados por otros, imaginados quizá, fragmentos de lo ocurrido, cuando la frágil estabilidad de la vida se siente en riesgo por sumar esas guerras a los problemas de cada cual con sus hijos, con sus padres, con las enfermedades y el olor de las casas, ¿qué vamos a decir?, ¿cómo esperar de las palabras que sean agua para apagar ese fuego si el dolor de quien se siente agraviado o superado las convierte en combustible?

Y he aquí la gran dificultad política de las palabras. Nacer en la medida justa para ayudar a los demás a comprendernos y a explicarnos en lo que nos daña, callar en el momento adecuado para escuchar a quienes tenemos enfrente y también se sienten ofendidos, soportar conscientemente la realidad. Pero ni a mi padre ni a mi vecino les salían las palabras. Lo que les brotaba de la boca era dolor inefable que de haber podido traducirse habría necesitado la percusión y los instrumentos de cuerda de una música dramática, el canto al límite de una soprano y un contralto... Tal vez un poema. Sí, un poema habría sido una fórmula intersticial entre su dolor y la racionalización de un relato descriptivo con palabras.

Porque solamente el arte, que ampara lo fatigosamente narrable, es nuestro primer auxilio. Lo es entretanto tocamos una mano u olemos una habitación y esperamos poder articular las palabras que nos permitan comprendernos. Quizá al principio sean posibles en voz más baja o en texto tachado. Porque si queremos entender un daño, y no solo enterrarlo, hay que ir despacio, como cuando agachamos la cabeza y acercamos lentamente nuestra mano a la cabeza del animal que queremos acariciar.

Ayudarían palabras tranquilas que pusieran luz sobre lo que mantiene viva a una comunidad, el cuidado de todos enseñando a vivir sin matar lo que inquieta, o al que inquieta, conviviendo con esas diferencias. Vendría bien rebajar la testosterona del conflicto con empatía y disculpa. Bajar el tono contribuiría a entender que algunos gritos no nacen de la ira sino de la

sordera, de la dificultad para escuchar a los otros. Y si uno habla pero no escucha, si habla pero no entiende, no sabe las razones del otro. Y estas razones que tratan sobre la importancia de cuidarnos para entendernos están en el suelo de este informe. Porque son razones que hablan de mis dificultades para dar sentido real a nuestro trabajo con las palabras. Porque mi trabajo busca poner palabras para ayudar a pensarnos como humanos, y no olvido que en una casa o en un pueblo se ensaya una guerra.

(NO) DARSE POR PERDIDA. ESCRITURA POLÍTICA O TRABAJAR CON EL SILENCIO

La imagen de su patria surgía a cada momento ante los ojos cansados de K. y los recuerdos que guardaba de ella se empujaban y apretujaban su alma.

FRANZ KAFKA, 1926

La imagen de la casa de los padres no es para mí la imagen de una patria ni la de un hogar de futuro. No quisiera volver a un lugar donde ya vivo gran parte de las noches, pues esa casa aparece en mis sueños. Y se manifiesta en mi escritura y en mi trabajo con las palabras. Si mi trabajo intelectual se construye sobre el conocimiento, pero también sobre lo experimentado, no puedo obviar que mi casa y mi pueblo me han regalado un privilegiado contexto de verdad y observación. Diría más, me han proporcionado motivaciones para una escritura que, vestida de informe, de ensayo o de poema, no deja de ser política.

Lo más duro de esa casa, del dolor de la casa de los padres, es saber que mientras vivamos no podremos devolver con un poco de emancipación la generosidad de quienes nos han cuidado. Lo pienso mientras redacto para usted este informe inefable sobre el trabajo con las palabras. No puedo guardar silencio sobre esa asimetría que me recuerda que mi desafecto se construye sobre grandes dosis de libertad que ellos no han tenido, que más concretamente mi madre no ha tenido. Y esto tiene que ver con las palabras que ella por mucho tiempo no ha podido pronunciar. No crea que hablo de frases o palabras reveladoras, sino, ni más ni menos, de su opinión sincera sobre las cosas.

Entrenadas para callar, me pregunto cuántas personas educadas en el miedo no están como esas palabras, retenidas en la parte interna de la boca, entre la lengua y la bóveda palatina, envejeciendo sin haber nacido, sin haber hablado, esclerotizadas en esa función que rara vez ejercen.

Mamá tembló un poco ayer cuando hablábamos por teléfono. Siempre repetimos preguntas y respuestas como fórmula ampliada de un

«¿Cómo estáis?», «Estamos bien». Pero ayer resultó de otro modo. Al fondo de la imagen, mi padre presumía de haber tenido una infancia feliz y mi madre resoplaba. La respiración enfatizada de mamá parecía pedir complicidad y me animó a intervenir: «Papá, tú has sido una persona más libre. No has tenido padres y pocos jefes y siempre, incluso siendo un niño pobre, has presumido de hacer y decir lo que querías. Mamá no siente lo mismo». Tal vez en el pasado mi padre habría dado un golpe en la mesa, pero los años le han suavizado y calló.

Hasta que murió mi hermana, la imagen que mi padre proyectaba siempre fue la de alguien cargado de energía e iniciativa para meterse en líos y dejar clara su opinión ante cualquiera. Mamá fue lo contrario: el silencio necesario para que mi padre hablara, la que se arrinconaba en la cocina para que el salón fuera ocupado por la voz más alta. Y ya trabajando desde niña, supervisada y atada en corto por los abuelos, no fue mejor. Antes y después, muda para evitar conflictos, encerrándose en el perímetro que da la casa.

Sin palabras, creo que solo podría afirmar que ya es demasiado tarde para cambiar sin sacrificar a alguien o a todos y que la ganancia es incierta si se decidiera a hablar. Y aquí reside un dolor que compartimos, porque entiendo que es responsabilidad de quienes trabajamos con las palabras escribir y hablar para romper estas cadenas.

Hay quienes se rebelan ante la idea de que unos puedan hablar por otros, como si esto supusiera la negación de la voz propia. Es ingenuo pensar que todas las personas que sufren tienen condiciones para hablar o que debemos animarles a hacerlo esperando del oprimido un comportamiento además heroico. Y aquí reside una interpelación tanto a quienes estamos cerca como a quienes trabajamos con las palabras. Una reclamación que no puede perderse en la burocracia y que afirma: «Aquí estoy».

Creo que parte de mi tristeza ante los tiempos perdidos cuando el trabajo se nos hace hueco viene de esta reclamación. La siento especialmente al observar cómo los intentos de emancipación de las mujeres como mamá, con su edad y sus enfermedades, se aplacan porque pondrían en riesgo el umbral de una casa limpia con comida caliente y médicos cerca para paliar sus dolores.

Esas dolencias nacen de la edad, pero no solo. Así como a usted y a mí se nos agravan o nos nacen algunas enfermedades por la manera en que trabajamos, a ella esa vida-trabajo de cuidar a los demás a veces

le explota y la llaman «hipocondríaca». En el pueblo no extraña que muchas mujeres vivan atadas a las pastillas para la depresión y la ansiedad. Pero en la deriva a la que se ve arrastrada por el cajón-farmacia, mamá también descubre que algunas pastillas la enferman y después de ir al médico se niega a tomarlas. Ante la impotencia de no sentirse independiente y, a partes iguales, el miedo y la pena por papá, se siente bloqueada. Si antes temía que en un exceso de vino matara a alguien, ahora teme que en la tristeza de la vejez se mate él, y opta por mantener un complejo equilibrio de pastillas, silencio, comidas y «lana». Ella llama «lana» a tejer, y cuando algo le perturba, ella teje, y teje, y teje.

La cadencia aumentó en los últimos años. Al principio esas colchas o mantas compuestas por cuadrados de lana gruesa de distintos colores desbordaban el tamaño de una mesa o el de una cama. Cada día varios ovillos convertidos en una urdimbre de dos dimensiones que, extendida en un museo, merecería más miradas que tantas obras vacías de intensidad. Porque eran imágenes que no representaban ni buscaban comunicar nada, cuyos colores eran fruto del azar del ovillo que tenía más a mano. Pero la extravagancia de esas imágenes-objeto que resultaban ser esas colchas venía de su proporción: o bien eran tan grandes que rebosaban de las camas, o tan pequeñas que solo servían como alfombras de una muñeca.

Y en esta rareza de mamá con las dimensiones de sus colchas pienso que ella creaba. Eran objetos aparentemente inútiles, que si valían estéticamente era porque rompían la corrección del objeto estándar. Conozco a artistas contemporáneos que se sirven con frecuencia de esta manera de convertir un artefacto en objeto estético; lo hacen subvirtiendo el tamaño o la velocidad previstos, provocando en todos los casos una sensación de extrañamiento.

Sin embargo, para extrañarse ante algo hay que proyectarle un foco. Y en su tejer y en su hacer cotidiano, mamá lleva toda la vida sintiéndose personaje secundario, fondo borroso o fragmento de las fotos donde se enmarcan los protagonistas, que suelen ser otros. Solo en casos como los de sus colchas ha atraído la luz, dejando pistas de la rebeldía latente de su conciencia.

Ha sido frecuente verla dos pasos atrás, sirviendo la comida, recogiéndola o reiterando si faltaba algo más en la mesa. Y me pregunto si es aquí a donde conduce la sumisión, a fundirte con el decorado y dejar de ser enfocado, así como los trabajos administrativos y precarizados se diluyen en la escena para que otros tengan algo que decir.

Trenzar infinitos ovillos de lana ha sido una manera de taponar a ese sujeto, entreteniéndolo para que no salga. Como si el movimiento de brazos y dedos estuviera ordenado para evitar su descanso y también la planificación de una huida. Pero si los límites de lo raro los proporciona en gran medida el matiz o la escala que permite significar en un contexto, entonces en la casa, como contexto, las dimensiones de las colchas solo habrían sido aceptables si hubiéramos tenido familiares fantasma de tamaño enano y de tamaño gigante que hubieran podido darles uso. O, lo más probable, que el sujeto nunca pudiera ser taponado del todo y apareciera en lo difícilmente narrable convertido en lo excéntrico.

Me digo que, si hablamos de una escritura rebelde con las formas en que vivimos y trabajamos, de la necesidad de un informe que nos ayude a comprender mejor el dolor que normalizamos, ¿no cree usted que debemos preguntarnos cómo podrían mi trabajo y el suyo ayudar a personas como mi madre o la suya? ¿No cree que quienes escribimos tenemos la obligación de narrarlo y pensarlo como disección que ayude a entendernos y cambiar? ¿No cree que, siendo tan breve la vida, debemos reivindicar otro uso del tiempo para concentrarnos en que no haya personas que afirmen no haberse sentido vivas? Ahí ubico yo una de las presiones que me trajo aquí, a una escritura política y a un trabajo con las palabras.

PALABRAS PARA UNA METODOLOGÍA.

LA ILUSIÓN DESMEMBRADA POR EL TRABAJO

El cansancio de todas las ilusiones y de todo lo que hay en las ilusiones: su pérdida, la inutilidad de tenerlas, el antecansancio de tener que tenerlas para perderlas, la amargura de haberlas tenido, la vergüenza intelectual de haberlas tenido sabiendo que tendrían tal fin.

FERNANDO PESSOA, 1982

Paseo por el Museo Arqueológico. Desvío el propósito de visitar esa y otra galería de arte contemporáneo incluidas en mi proyecto para un trabajo de campo. Ese que formará parte de otro informe con más sentido que el que usted me pide pero que últimamente también me agota. Incumplo el objetivo escrito y doy argumentos a mi mala conciencia. En los últimos meses, el presente como objeto de estudio y como escenario vital me fatiga. El cuerpo busca intuitivamente depósitos de cultura humana pasada, a ser posible fragmentos de esculturas que reiteren la fugacidad de una y de muchas vidas.

Mi cansancio se transmuta en los cuerpos desmembrados de esculturas griegas, en los torsos togados de estatuas romanas, en la abstracción de un trozo de pierna, o tal vez de brazo tan erosionado por expolios de países ricos, por desastres y guerras, que pasaría desapercibido en una cantera. En la deformidad que iguala una piedra natural a otra cincelada hace dos mil años encuentro la paz de lo que «ya ha ocurrido», de lo que, descontextualizado, igualaría la piedra inerte en el campo de la piedra simbólica. Embelesada, miro los restos que fueron escultura y antes estrato de mármol de una montaña. Estoy, y no es poco. De momento, con eso basta.

Intento aprender cómo se vive siendo un trozo de lo que era, sintiendo que parte de mi cuerpo se ha quedado en alguna otra parte, en algún trabajo. Allí la voz, allí el estómago, el hombro enganchado, el oído y casi los ojos. Con lo restante me da para transitar por estas salas de piedra rota. ¿Rota la piedra? Rota, pero ahí parece erguirse, fragmento roto pero altivo y expuesto, como si estuviera obligada a decir: «Aquí sigue mi ilusión». La mía estaba intacta y sucumbió. Por años la he pegado con ansiolíticos y sujetado con clavos, pero la dejo caer ahora, sin resistencia. Sin química, mi ilusión se muestra magullada y herida,

y siento que esto me ha causado más amargura que mi cuerpo troceado. La rehabilito y le susurro al oído que no tiene por qué fingir ni erguirse si hoy no puede, que no me avergüenza, que la traeré a pasear de nuevo estos próximos días, que duerma.

....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....

La ilusión se durmió conmigo dentro o conmigo fuera, no sabría decirle. Y al despertar, el cuerpo se resetea y vuelve a notar que no salir a pasear es una anomalía, que esto no debiera ser así. La rutina es poderosa y me tienta con lo de siempre. Contrarresto la protección con que me envuelve la habitación propia con la imagen de una tarde bellísima, poco lluviosa y plateada. La mayor parte del tiempo estoy parcialmente inmóvil entre cuatro paredes, amoldada entre un sillón y una mesa como si esperara una conexión divina ante el exigente altar de la pantalla, lanzando o leyendo palabras como plegarias y jaculatorias.

Pero yo quisiera tiempos diarios para pasear. Pregunto a mi cuerpo, a mi corazón, a mis pies y a mi ánimo y todos coinciden en que querrían salir juntos o en fila cada día a respirar de otra manera, a moverse y a mirar sin pretensiones. Entonces, ¿por qué no lo hacen? ¿Por qué siempre vence la presión de la bandeja de entrada arrastrándose y subiendo como un reptil por la espalda para decirte que «no puedes», que debes atender el correo, los informes, y cumplimentar anexos hasta terminar? ¿Terminar?, ¿nadie ha observado que este trabajo nunca termina?

He pensado en probar otras tentativas para romper esta inercia y se me ha ocurrido que podría forzar espacios entre una actividad y otra, una máscara y otra, como quien se vale de un gato mecánico para abrir una hendidura entre una pieza y otra. Tal vez vería así su lógica interna, localizando la opresión que constriñe. Si pudiera alejarme de esa secuencia apretada, creo que podría reajustarme, encontrar aire para mis tránsitos y, quizá, impulso para pasear de nuevo.

....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....

Me ayudaría también refrescar mis motivaciones, entender que las palabras son parte cardinal de mi trabajo, recordar cuándo el ambiente se hace arisco en un contexto laboral reduciéndolo a siglas y a papeleos que culminan en el resoplido de un trabajo entregado de cualquier manera, pero entregado. En el desafecto que estas formas conciben, me parece un mandato recordar: «¿Para qué escribo?».

En mi caso, y en el de muchos, hay una escritura que no podemos perder, que si desaparece nos mata o nos morimos. Es la escritura de los informes inefables, la que a muchas personas sencillamente nos salva. Si no está, preferimos morir, no hay vuelta de hoja. Antes abandonaría mi trabajo que esta escritura; si la perdiera, enfermaría como tantas veces hasta recuperarla, y si no llegara, pues moriría.

Es la escritura a la que antes me refería como «aquello», lo que me trajo aquí y lo era todo. Una escritura que puede dedicar tiempos al

tránsito comprensivo o expresivo de la autoconciencia, de la escucha y la lectura pausada; pero, ante todo, una escritura de la que puede germinar el sentido. Entre otras cosas, porque es incapaz de impostarse vacuamente;

al mismo tiempo no precisa colas infinitas de fieles lectores y disfruta con el requerimiento intelectual de abordar lo que enmaraña nuestras vidas. Y claro que puede convivir con otras escrituras, pero no subordinarse a ellas, no ser apagada por el dominio de lo que se espera de nosotras cuando mitigamos el alma para cumplir con fría eficacia propósitos y expectativas laborales.

Creo enfrentarme a esas otras escrituras con algo de destreza, al menos con la de una tecleadora que maneja su máquina, pero suelen desvestirse de exigencia intelectual para guiarme por itinerarios prefijados y protocolos formalizados que requieren tiempo. Y pienso que si algo valioso puede aportar un trabajador intelectual, no viene de esa creciente tarea burocrática. Muy al contrario, debe venir de la libertad reflexiva sobre la que enraízan los informes inefables. Esa que, diciéndose pensativa, no teme incluir, cuando así lo precisa, la subjetividad, las dudas o el poema. Creo profundamente en el poder de una razón también estética, también creativa, que no expulsa los movimientos inesperados y las fugas abiertas a la recepción de quien lee. Son para mí importantes los espacios vacíos. Bienvenidos para probar a mover de sitio ideas que estaban alejadas, para que los pensamientos se acomoden de otras maneras, a veces más razonables, a veces más perturbadoras; o que simplemente te ayudan a contextualizar una vida, pasando por lugares y tiempos que confluyen en tu cabeza.

Como cuando entre la familia o entre los amigos decides dar un paso atrás y hacerte invisible en la zona de sombra, aprovechar el ruido de la fiesta para coger el abrigo y bajar las dieciséis plantas que separan la casa del suelo en Madrid, salir a la calle Llana de Zuheros, camuflarte entre gorros y bufandas, encontrar una plaza vacía e invernal, descender por la calle Nueva y sentarte en el mirador sin bancos que da al horizonte de Baena, en el suelo que deja apoyar tu espalda en el muro, perfectamente escondida de miradas o serenos de otras épocas fundidas en una noche atemporal. Esta libertad inesperada y onírica que así consigo me haría sentir al mismo tiempo en todos los lugares abiertos que he transitado de noche o de madrugada sola y sin miedo, conviviendo con las putas y los enganchados de la antigua Alameda de Sevilla, identificándome como una planta autóctona que saca las raíces para airearlas un rato;

caminando entre fantasmas que se drogan para sentirse libres porque no se sienten libres y se derrumban en unos escalones entre papelinas, o en la calle Morgado después de acabar con la litrona… «Tengo sesenta más diez», dijo la puta de pelo azabache a la que regalé mi abrigo. «¿Has visto cómo me parezco al Cachorro?», dijo el canijo aparcacoches al que un buen amigo cuidaba.

Esa libertad que me ha permitido salir de casa ha necesitado reunir toda la determinación para exponerse a lo que hay al otro lado de la puerta. Ese otro lado que congrega cincuenta años de lugares y personas congeladas en tiempos pasados y que solo puedo recuperar en madrugadas como esta, nebulosas y ensoñecidas. Dejando a esas personas intentando conversar en las ruidosas casas o fiestas que imagino en sus actuales sueños como padres con hijos o hijos con padres. Logrando extraer de todas ellas la semblanza en la que yo aparezco, tal vez como fantasma que sale de la calle Morgado y cierra la cancela, de la calle Minas, de Amor de Dios, de Obispo Urquinaona, de la calle Llana como pivote, de la plaza Carlos Trías Bertrán, de Paddington Green, de la ventana donde la visión se convierte en el sentido hegemónico porque estás arriba. Enrocada allí-aquí, tomo conciencia de que muchos de mis amigos murieron o envejecen ahora más rápido. Y si este es nuestro destino y cada vez lo tenemos más cerca, ¿por qué seguimos posponiendo la vida y el hacer con sentido? Esta pregunta se me agarra como aspiración cuando escribo ahora junto a esa ventana. Y miro con deseo una pastilla que me alejaría de este insomnio, pero, raramente, hoy resisto.

....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....
....

Retomo el desinforme por la mañana. Me preparo para responder con negativas a la lluvia de correos que piden colaboraciones, evaluar programas y personas. Sufro por sentir que en algún momento cercano el trabajo intelectual se convirtió en una pugna eterna. He asumido que solo desde la negativa puedo recuperar espacios para dar algún valor a lo que hago y para avanzar en este informe inefable.

Al principio todo es líquido, pero las negativas endurecen las respuestas y me dejan cicatriz. Confío en una complicidad contagiosa que haga frenar a los otros y bajar sus ritmos. Porque, si no cedemos, nuestros días se convierten en cuadrículas rellenas de tinta. Una tras otra, de forma que todo lo ocupa una sólida mancha y no queda aire, ni tiempo ni espacio, y nada puede moverse si todo está lleno.

Un recuerdo cercano. Fue en el metro. Una familia con dos niños pequeños entró atropelladamente en el vagón. La mayoría de los asientos estaban ocupados por gente cansada. La madre y el niño menor, al que llevaba en brazos, lograron sentarse, pero el padre con el otro pequeño y un carrito hacían equilibrios junto a la puerta. Fue entonces que una chica sentada cerca del hombre se desplazó a un asiento alejado, de forma que el chico que estaba a su lado se movió a donde estaba ella sentada y dejó, he aquí el foco de la mirada, dejó un asiento-casilla vacía para el padre que le permitió sujetar el carrito cerca de la madre. A veces son dos, a veces diez o veinte movimientos los que permiten favorecer un sentido, pero en todos los casos esas casillas vacías son imprescindibles.

Quisiera por tanto pensar cómo superar esta disolución que siento en una forma de trabajar predominante que tiende a difuminar o aniquilar los tránsitos, los tiempos necesarios para cambiar de práctica y para tomar partido, distanciarme de las cosas y enfrentarlas con perspectiva. He pensado que si en lo que usted me pide no escondo las transiciones de lo que siento y pienso, de lo que marca mis días, quizá logre reensamblar mi ser perdido. La escritura vale también para esto. Los trabajos con las palabras valen también para esto.

SOBRE LA IMPERFECCIÓN DE TODO OBJETIVO. AYUDAR A COMPRENDER, ABRIR EL CADÁVER

En el ensayo «El idioma analítico de John Wilkins»,1 Jorge Luis Borges reflexiona sobre clasificaciones sistemáticas y taxonomías basándose en la búsqueda de órdenes universales de Wilkins. En alguno de mis ensayos he parodiado y trabajado sobre estas clasificaciones, y ahora que pienso en el informe que usted me pide, me pregunto si para ayudar a comprender el carácter convenido, y por tanto modificable, de lo que aquí critico, no debiera también dividir los informes en: 1 Voladores: a. Informes con plumas (recargados y barrocos), b. Informes con membranas (que se hacen de noche), c. Informes con alas (para entregar antes de ayer). 2 Terrestres: a. Informes cuadrúpedos (por cada pata un excel), b. Informes bípedos (sostenidos en datos y citas), c. Informes reptiles (que se arrastran y llegan tarde). 3 Acuáticos: a. Informes peces (que se hacen en vacaciones), b. Informes cetáceos (de grandísimo volumen, inaccesibles), c. Informes crustáceos (que sirven para comer).

Para este informe, que combinaría varias de estas categorías, usted reitera la palabra objetivos. Pienso en las decenas de páginas que en mi vida he desarrollado este epígrafe como quien reza respondiendo a esta palabra. Durante treinta años no ha habido proyecto docente, de investigación, informe o proyecto cultural para el que no haya preparado la habitación de los objetivos en coherencia con la metodología y la justificación. En ocasiones la he empapelado con bellísimo papel de William Morris o similar. He procurado que la forma contuviera algo de vida para complementar las estructuras a menudo mortecinas, escritas en infinitivo y que me enseñaron a redactar respondiendo a la pregunta «¿qué quiero hacer?»: reflexionar, proponer, estudiar, identificar, comparar, explicar, interpretar, etcétera, etcétera.

Siendo uno de los apartados clave de los programas de las asignaturas, por mi experiencia los estudiantes no solían recordar los objetivos ni utilizarlos en su formación. De manera que resultaban esenciales para avalar una justificación administrativa, pero apenas penetraban en la cotidianidad de las clases. En ocasiones se nos pedía a los profesores vestir los objetivos de competencias o adaptarlos a nuevos enfoques y términos que venían con nuevas burocracias, pero no necesariamente con mayor sentido. Los objetivos auténticos siempre exigían crear situaciones donde las preguntas, la curiosidad y el conocimiento brotaran. Situaciones que siempre reclamaban otros propósitos

implícitos como dialogar, escuchar, experimentar, seguir leyendo, enriquecer lo pensado hasta convertirse ellos en mejores conocedores de los temas sobre los que profundizaban que cualquier profesor de los que por allí pasábamos. Los objetivos necesitan contextualizarse y son valiosos si son sensibles a entornos y a personas que cambian.

Cuando pienso en objetivos, pienso en el profesor que me enseñó a programarlos y que años más tarde, cuando la exigencia de impostura administrativa aumentó hasta inundarnos, me ayudó a controlarla, esquivarla y relativizarla. Ese profesor que acaba de morir fue alguien a quien siempre deseé admirar, pero con el que siempre anduve a la greña por esta aspiración callada. Sin embargo, su ausencia ahora me recuerda el valor de saltarse determinadas normas administrativas, que fueron desbordándose en número y exigencia para facilitarnos a los entonces jóvenes investigadores un trabajo limpio de ella. Como él hacía de parapeto, frenaba las reclamaciones y, generosamente (lo entendí más tarde), nos regalaba tiempos libres a los que estábamos cerca.

Parecía arrogante, pero ahora se me hace visionario. Esa osadía de sabotear y simplificar las burocracias para llegar a lo que importaba bien valía pasar por alto su incumplimiento de obsoletas exigencias administrativas. Como catedrático que convierte su privilegio en rebeldía, nos daba la oportunidad de limpiar de papeleo nuestros tiempos para poder escribir e investigar. Había una única condición (quizá él la pensó como objetivo): que lo trabajado fuera fruto de un hacer profundo y con sentido. Algo inverso a la apariencia pensada para el vistazo, predominante en un mundo saturado de formalismo, favorecedor de acumulación y superficialidad, excedido en trámites y en sujetos que se valen del mecánico acopio de méritos y la corrección burocrática para prosperar. Diría más, un mundo proclive al fácil pirateo de lo que puede aparentarse porque solo pasa revisiones superficiales, impresiones coherentes con la prisa que busca «mucho, más, más rápido».

Pasados los años y pasada la vida de este profesor, me parece justo reivindicar cómo ese objetivo que los investigadores en ciernes pudimos cumplir fue posible por su incumplimiento de numerosas burocracias. Por esta razón, desde mi mojigatería juvenil lamento haberle cargado con tantos reproches en el trabajo que compartimos. Sin embargo, con la libertad de quien va perdiendo testigos de los aprendizajes que con el tiempo se consideran importantes, retomo, desempolvo y limpio ahora ese propósito como búsqueda de un hacer «honesto, profundo y que demanda un sentido». Sin ese objetivo podía disfrazarme de acróbata o de domadora de leones, pero la motivación

que crea afecto con el trabajo intelectual no estaba (nunca lo estuvo) en el fingimiento.

No escondo que para avanzar en un proyecto o poder desarrollarlo, ¿cuántas veces no hemos incluido una letanía de propósitos vacíos cuyo único cometido era aparentar? Qué primera tranquilidad para usted y para una posible comisión de control (de máquina o de humanos-máquina) si los encontrara aquí y pudiera verificar que el apartado «Objetivos» está cumplimentado, numerado, revisado, chequeado, trabajo hecho. Asusta la facilidad con la que somos capaces de evitar el espesor intelectual y crear apariencia de sentido porque lo hecho forma parte del «trámite». Y no extraña la semejanza que ese documento tendría con la lista elaborada por una inteligencia artificial generativa que se vislumbra como la progresiva mediadora de muchos informes administrativos.

En este informe, sin embargo, la diferencia se hace quimera narrativa, difícil de encajar y liberada. En él podemos por fin «pensar» por qué hacemos lo que hacemos sin forzar a que encaje en un apartado estructurado en frases cortas y ordenadas numéricamente.

También usted puede compartir conmigo sus propósitos, incluso cuando son difíciles de narrar. Porque supongo que en algún momento sus objetivos fueron distintos a cumplir y acatar. No nacemos rebeldes, pero sí solemos comenzar queriendo hacer las cosas bien y dejando claro que «no somos un robot». Porque en tanto humanos, hacer las cosas bien implica iniciativa para mejorar un servicio, reparar una grieta social, ser sensibles a avances que requerimos, cubrir una necesidad de las personas, facilitar sus vidas.

Ciertamente la mediación y comprobación administrativa es algo que puede y podrá realizar una inteligencia artificial en breve. En muchos casos ya lo está haciendo; en otros, de su mediación se derivan nuevas necesidades y más trámites. Pero si en esas tareas precisamos supervisión, atención empática, toma de decisiones propias y flexibles, capacidad de innovar, no necesariamente obedecer, buscar beneficiar al sentido y a la sociedad y no solo al predominante criterio programado de eficacia productiva, todavía usted y yo somos imprescindibles si ejercemos como humanas capaces de cuestionar y preguntarnos por qué hacemos lo que hacemos.

Comienzo de espacio

Dentro no hay nada

Cierre de espacio

Las máquinas y los tiempos de trabajo

Trabajo con máquinas, vivo con máquinas, hago el amor con máquinas; computadora, módem, TV, VCR, impresora, escáner, frigorífico, lavadora, secadora, aspiradora, teléfono, fax, secador, vibrador, CD player, radio, sacapuntas, licuadora, batidora, tostadora, microondas, teléfono, móvil, radiocasete...

El tiempo justo de concepción, el tiempo justo de producción, el tiempo justo de deliberación, el tiempo justo de unión, el tiempo justo de lavar, el tiempo justo de comer, el tiempo justo para cuidar a los niños, el tiempo justo para el tiempo de calidad, el tiempo justo para el sexo, el tiempo justo para el placer, el tiempo justo para el dolor, el tiempo justo para el estrés, el tiempo justo para lo insano, el tiempo justo para el sacrificio, el tiempo justo para drogarse, el tiempo justo para morir.

FAITH WILDING, 1998

LA MÁQUINA ME DICE QUIÉN SOY. EL DRENAJE DEL SUJETO Y LA VIDA SIN TRÁNSITOS

Ando perdida entre mis máscaras. En algún momento el mundo se me ha acelerado y sin tiempo para cambiarme me las voy poniendo una encima de otra, y otra encima de otra, y así. El resultado es monstruoso, como un payaso con todo su armario encima.

LAURA BEY, 2022

Claro que quisiera un «vivir» como propósito; sin embargo, ¿por qué parece que el trabajo no lo posibilita? Hay quien comienza un trabajo como la culminación de ese proceso vital que responde a la pregunta «¿quién soy?». Pero hay quien, tras años trabajando, sufre un proceso inverso, un proceso de desdibujamiento y disolución del sujeto que deja en el aire esa interrogante y dificulta el objetivo primero de favorecer «la vida».

Esto ocurre porque en gran parte de los tiempos de trabajo acontece un drenaje del sujeto ilustrado justamente por esa pregunta, «¿quién soy?». Algo similar me narraba un investigador que, saturado por no poder ni saber limitar sus tareas, se sentía desbordado pero al mismo tiempo vacío, sin ese amarre que nos permite saber quiénes somos cuando cambiamos de contexto, como si nos hiciéramos borrosos, como si debajo de lo que aparentamos hubiera una cabeza sin rostro, un humano sin subjetividad.

Si trabajo para vivir y vivir me permite ser, ¿por qué cada vez me resulta más difícil responder a la pregunta sobre quién soy? ¿Dónde está mi vida? Tal vez me ayudaría un punto de referencia para tirar del hilo, un recuerdo. Y lo que recuerdo es que enciendo el ordenador, preparo mi desayuno y me siento. A partir de ahí, la mayoría de mis días me cuesta responder a la pregunta «¿quién soy?» Cambio de habitación abriendo un editor distinto o pegando enlaces en el navegador. La cara de una directora es ahora la de un grupo de estudiantes que asisten a un seminario; encadeno respuestas a todos los correos que recibo o que puedo. Retomo currícula y adjuntos que debo enviar; evalúo proyectos; una doctoranda aparece en pantalla; mi madre se asoma después y mi padre saluda detrás; organizo agenda y reviso textos; una llamada sin rostro de alguien que solicita una

colaboración. Otra estudiante con la que termino la jornada. Observo sin embargo que entre cada una de estas tareas no ha habido apenas tránsito, quizá unos minutos o segundos, un sorbo de agua cada dos horas. A mitad del día recuerdo haber comido algo y descansar un poco, pero volví pronto.

Hubo una ocasión en la que llegué a asistir a dos reuniones a la vez, una con videocámara y la otra sin, con un auricular para cada una de ellas. Toda mi vida sale y entra por mis ojos y dado que no hay transición entre mi yo hablando a una o a otros, en todos los casos soy un ser ansioso que procura sonreír por defecto para no ser descubierta. Una criatura agotada que se desdibuja y teme olvidar quién es.

Cierto que no somos la misma persona todo el tiempo y que las formas de ser están marcadas por tonos de voz, por acentos diferentes, incluso por una proxemia distinta. Pero esos cambios requieren un receso. Ahora esto no es fácil. Es como si no tuviera tiempo de prepararme, porque todo ser requiere ser invocado, una energía que facilite el tránsito. Sin embargo, el resorte me falla a cada rato y fluyo descolocada, limitándome a meros automatismos más propios de una máquina.

Afecta que apenas tengo que levantarme para cruzar a la habitación de al lado porque, con la tecnología, esa habitación simplemente viene, o me viste, proyectada sobre mí y apagando la otra, como si mi cuerpo fuera inmovilizado en el puesto de control y generara espacios instantáneos. Para dicho cometido, quienes aparecen en esas habitaciones deben cumplir lo programado y estar también sentados y conectados. Yo debo hacerlo, todos debemos estar sincronizados a la hora acordada para ir encajando.

Este milagro de la tecnología fue invocado. Yo misma lo deseé para mi vida, pero ocurre que, tal como se ejerce, es fácil dejar de ver sus bondades. Porque la libertad de elegir dónde trabajo trae consigo una lacra que había pasado por alto. Que ese «dónde» no implicaba que yo cediera el «siempre», el «todo el tiempo». Y afirmo que ese trato ha sido falseado, que la ganancia tecnológica ha sido un canje donde nos han robado el tiempo.

La toma de conciencia sobre el drenaje del sujeto en la máquina me permite pensar en que lo que soy ahora es distinto a lo que podía ser cuando disponía de esos tránsitos y alientos para regular un poder y un querer ser según quien tuviera delante. Hablar con el tendero de lo que podía ofrecerme y yo pedirle, no torpedearle con Deleuze, ni compartir con mis padres las ideas de Graeber o de Weil.

Con todo, no había dado suficiente valor a cómo la tecnología nos está dificultando estos trances justo en un momento donde las inteligencias artificiales desdibujan nuevos límites sobre lo que es verdad y lo que es mentira. Precisamente ahora que muchos nos sentimos desubicados y sin intervalos suficientes entre un ser y otro, entre un hacer y otro, complicándonos el tiempo preciso para, simplemente, pensar. Si todo eso se ha fundido en la habitación conectada, ¿dónde quedo yo? ¿Cómo superar el colapso de no poder adaptarme porque estoy enquistada en el perfil de antes o condicionada por poder valerme únicamente de emociones rápidas y respuestas previsibles?

A todas luces, restar tareas y no sumarlas parece un punto de partida imprescindible para construir un escenario vivible en esa habitación conectada. Y también permite volver a abrir puertas y ventanas para entrar y salir, despacio, recuperando un hacer menos y más lentamente, con más cuidado y, diría, con más amor, porque lo hecho nos importa.

PENSAR EN LA MÁQUINA COMO ESLABÓN DE TIEMPO Y TRABAJO

Donde la verdad se esfuma Donde nada es cierto

No hay mapas [...]

El límite es permiso denegado, visión doble y necrosis. [...]

Error de línea de comandos

Los párpados caen como cortinas de plomo. Hielo caliente besa mis sinapsis en una carrera e(x/s)tática. Mi sistema está nervioso, mis neuronas aúllan [...].

Me convierto en FUEGO.

Incéndiame si te atreves.

VNS MATRIX, 1996

No hay mapas en lo que sea que formamos mi ordenador y yo. Y cada día me pierdo en el escaso espacio que separa dedos y teclas. Estos versos me vienen como salmos o sortilegios para retar a una máquina que amo y que detesto. «Incéndiame si te atreves.» Y lo intenta y, mientras me resisto, vivo al borde de la llama.

En ese estado algo voy aprendiendo, aunque he tardado en advertirlo. Que en la necesidad de un ordenador para trabajar radica el eslabón que enlaza las identidades «sujeto que trabaja» y «sujeto sin tiempos».

Claro que previamente debiera matizar que esta identificación reiterada del ordenador con el trabajo me exige una punzante mirada crítica, pero en ella no puedo pasar por alto su papel en la mediación afectiva con otras personas. Esa labor que me permite relacionarme con otros tiene para mí un componente emocional importante. De la misma manera que tengo gran aprecio por mis dedos o por mis pies, mis ordenadores son miembros tecnológicos que considero propios, miembros que me han permitido «ser».

Si bien, una vez constituido el humano-máquina, el problema de la identidad viene cuando la actividad que se realiza es difuminada como trabajo o colonizada como trabajo, de forma que en gran medida el

uso del ordenador es un uso laboral. Este uso no entiende de horarios, pues ocurre que así como el entusiasmo de quienes amamos o hemos amado nuestro trabajo es fácilmente utilizado para aumentar nuestra productividad, compensándonos con pan de aplauso para engordar vanidad u otro tipo de capital simbólico, algo similar acontece cuando la tecnología nos permite teletrabajar.

Me refiero a cuando esto pasa sin la claridad con la que un empleador debiera permitir esta práctica, sino con la duda constante de si lo merecemos o no, de si es algo provisional; o con la sospecha de que el trabajador abusará de la flexibilidad para dejar de lado sus responsabilidades y proyectando sobre él la tozuda culpa de que el teletrabajo es temporal o es una prueba; que es reversible y por tanto usted y yo corremos el riesgo de volver a los desplazamientos contaminantes y eternos, al enclaustramiento en habitáculos administrativos que nos empequeñecen a diferencia de la mejor versión de las habitaciones propias.

Como efecto, ante la presión de la desconfianza y la sensación de que el teletrabajo siempre está en juego, muchos trabajadores se esmeran en demostrar que son más productivos que nadie, que ese pequeño regalo de la flexibilidad de espacios y tiempos no es solo una ganancia para ellos, sino también para quienes le contratan, y que ante el temor a perderla, sienten que deben devolver más de lo que les piden. Si el sistema en el que se inscriben nuestros trabajos busca la productividad, la inseguridad de que el teletrabajo esté en juego beneficia nuestra entrega, perjudica nuestros tiempos y lastra nuestra salud.

Pero no solo por este temor seguimos activos. De manera incluso más intensa, el derrame laboral sobre la totalidad de tiempos de vida acontece por algo que sugerí en Frágiles; es decir, por la multitud de pequeñas actividades que nacen de peticiones de otros iguales cuando, bajo eufemísticas formas de flexibilización, se desprofesionalizan empleos y se atomizan como colaboraciones precarias, de manera especial en los ámbitos intelectuales y creativos. Entonces nos dicen que se necesitan evaluadores, comunicadores, miembros de comisiones, ponentes, colaboradores, tutores de proyectos y una diversidad de trabajos difícilmente rechazables que se suman a lo que ya hacemos, y que funcionan como una losa que presiona tiempos y responsabilidades (en Frágiles denominaba este efecto como el de las «quinientas sábanas»).

Diría que es imposible concentrarnos y hacer bien muchas pequeñas tareas que se derraman en el tiempo, como un bote diario de pintura vertida en una baldosa de veinticuatro horas. Asimismo, diría que no

es posible hacer con atención y afecto multitud de pequeños trabajos que requieren a su vez burocracias que nos aíslan y dificultan alianzas sindicales.

Pienso en quienes viven de la cultura, en los periodistas y en los artistas, cuando el contexto perjudica de manera especial su pago. Me refiero a cómo cada una de esas tareas añade más carga burocrática. Sin embargo, pocas veces la gestión administrativa para el pago de cien euros difiere en trámites de la gestión de un pago de dos mil. Como resultado, se encuentran dedicando tiempos y energías a intentar cobrar pequeñas cantidades de dinero por pequeños trabajos intelectuales que terminan reproduciéndose y vaciándose de sentido. Trabajos que el sistema administrativo de la función pública inscribe dentro de la recolección de méritos necesarios para obtener una evaluación positiva en un próximo concurso. Y en los desdibujados trabajos como autónomos o contratados en el sector creativo, considerando estas tareas más bien en el lado de los favores y la colaboración cultural entre iguales, dominada perversamente por la presión de «no desagradar» y por la demanda productiva de estar activos y visibles en las pantallas, autogestionados y enganchados a la tecnología.

En mi obra anterior dediqué no pocas reflexiones al valor laboral de «ser visto». Un valor que retroalimenta la inercia de seguir aceptando y colaborando en un hacer, estar, acumular, sosteniendo un sistema mercantilista que quema al humano mientras quema el planeta.

Entender mejor quiénes somos en esos procesos, en qué nos convertimos en ese trance y a quién beneficia ese estancamiento de sentirnos siempre ocupados pero vacíos y bloqueados nos ayudaría a alcanzar un necesario objetivo rebelde: el que reclama toda conciencia de quien busca «vivir» y favorecer la vida. Ese era, no lo olvido, el propósito.

UN ORDENADOR PARA TRABAJAR. KEYNES Y LAS POSIBILIDADES ECONÓMICAS DE LOS NIETOS

Sea cual sea nuestra interpretación del fenómeno de la acumulación, lo que es obvio es que el capitalismo significa ante todo expansión económica y que no está lejos el día en el que dicha expansión acabe por embestir los mismísimos límites de la superficie terrestre.

SIMONE WEIL, 1933

Quizá el presente no asustaría a Simone Weil, cuyo pronóstico certero del poder destructivo de la acumulación sigue describiendo la realidad cien años más tarde, pero puede que a otros como Keynes les sorprendiera el grado de destrozo que las lógicas acumulativas del capitalismo han causado (y están causando). La extracción y la explotación intensiva y planetaria de los recursos aumentan las ganancias de unos pocos y alimentan la maquinaria tecnológica que aparenta, solo aparenta, vivir limpiamente. Y está en sintonía con la hiperproductividad acelerada que culpa al sujeto de un mal que alienta y engorda el sistema, un daño que dificulta la vida y que me obliga a escribir este informe.

La expansión económica y tecnológica que se ha producido en el último siglo no ha derivado en una expansión de igualdad y reparto de riqueza, ni mucho menos en una mayor disponibilidad de tiempo propio. No es trivial que en los sectores más críticos y comprometidos con los efectos de esta acumulación capitalista y destrozo planetario proliferen enfoques decrecentistas que buscan frenar y revertir esta inercia. Y no lo es que, paralelamente, nosotras hablemos de reducir los tiempos de trabajo y favorecer la vida.

Así, verá que el corazón de este informe inefable entra y sale de las posibilidades de control sobre un bien que siempre está en juego y que parece gestionado por otros, como parte del capital que mueve máquina y sistema. Me refiero nuevamente al tiempo. Y me parece llamativo que esta sensación de «falta de tiempo» que hoy llevamos tatuada en la frente sea tan distinta a lo pronosticado hace aproximadamente un siglo por el economista Keynes cuando especulaba sobre «las posibilidades económicas de nuestros nietos». En esas reflexiones anunciaba cómo el progreso

tecnológico ayudaría a reducir radicalmente el tiempo que las personas dedicamos al trabajo. Y no se imagina qué conmovedor sería para mí comunicar que mi necesidad de «un ordenador para trabajar» tiene como propósito disponer de más tiempo, porque cabría esperar que la máquina ayudara a alojar un trabajo en la vida, y no una vida en el trabajo. Pero cuando la tecnología está inscrita en un sistema productivo que antepone la acumulación y el capital, los tiempos propios (que conforman la vida) se ponen en riesgo.

Con la familiaridad que me supone pertenecer a la generación de los nietos de Keynes, no me resisto a contrastar lo que hace un siglo soñábamos y lo que ahora vivimos. Porque, «querido abuelo Keynes, mi experiencia es la contraria. A medida que la tecnología se infiltra en mi vida, mi sensación es justamente la opuesta a la pronosticada: que la disponibilidad de tiempo decrece, que apenas poseo reductos de horas en las que los brazos no pidan seguir tecleando y adelantando trabajo. Abuelo Keynes, imagine la sensación de que con la tecnología el trabajo difícilmente termina, que ha dejado de tener una materialidad o concreción que impide encajarlo fácilmente en horas y tareas. Imagine la sensación que se deriva de un vacío inversamente proporcional al tiempo libre disponible. Es más, para escribir estas palabras he tenido que esperar a los fines de semana y a los hipotéticos días de descanso. ¡Abuelo Keynes! Si ni siquiera me escapo para disfrutar de unas vacaciones reales, de sueño ininterrumpido, paseo por bellísimos lugares con historia o con árboles centenarios. Entonces, ¿qué estamos pasando por alto para ver torpedeado ese tiempo libre que imaginaba?, ¿dónde está la ayuda que la tecnología traería consigo más allá de darnos más trabajo, nuevas tareas y más disponibilidad por los mismos sueldos?».

La presuposición de que el progreso tecnológico y el aumento de la productividad traería consigo una reducción de las horas de trabajo no ha fructificado por defecto, ni lo hará sin entender la complejidad del trabajo digital. Si frente al ordenador siempre es de día... Si venimos, además, de una tradición donde (coincido con Keynes) «hemos sido preparados demasiado tiempo para luchar y no para disfrutar».

Reconozco que esto que comparto con usted está escrito en voz baja, pues es un asunto que me avergüenza. Me refiero a la dificultad que muchos tenemos para disfrutar de las vacaciones. Porque no se trata tan solo de tener la voluntad necesaria para blindar determinados tiempos, o para reivindicar más, sino también para transformar los tiempos laborales, para lograr que acojan nuestro trabajo más profundo y valioso. Ese que termina empujado a los días de descanso, algo especialmente llamativo en la universidad, en la ciencia y en la cultura contemporáneas. Pero no es sostenible que los tiempos para el

trabajo intelectual «de mayor calidad» deban ser aplazados o escondidos en los días libres; que no puedan ser fácilmente acoplados en las jornadas laborales cuando estas se rellenan de trabajo administrativo, evaluación y competición de méritos, como si fueran un concurso troceado de concursos.

Tampoco debiéramos excluir de esta reflexión el contexto íntimo y reiterado que describe a distintas generaciones educadas en la penalización del descanso y el ocio. Ambas palabras chirriarían a los abnegados padres de posguerra, aunque también a los que en las últimas décadas han optado por penalizar los tiempos limpios llenándolos de actividad, consumo y entretenimiento, como si el terror al vacío sucediera ahora al terror al vago.

Pienso en mi contexto familiar, donde las vacaciones eran un invento visible en la televisión, pero no practicado. De niña en mi pueblo, pocas personas se marchaban de vacaciones y la mayoría de las familias permanecían haciendo lo mismo de siempre, condicionados por los ritmos estivales. No me causa orgullo recuperar la escena de mis padres presumiendo de no haber conocido unas vacaciones en su vida e interpelando a la televisión, preguntándose: «¿Vacaciones? Aquí nunca hemos tenido vacaciones», dando a entender que el que descansa un mes es sospechoso. Desde que recuerdo, mis padres han madrugado para recibir el camión del pan que llegaba a las cinco y media de la mañana para que mi madre lo vendiera. Detrás del mostrador ha estado de lunes a sábado, y los domingos, detrás de la puerta de casa por la que accedían los vecinos que necesitaban algo urgente de la tienda. Estar atentos al trabajo todo el día era lo normal, también para mi padre, que igual arreglaba un váter que una puerta un lunes que un domingo. El trabajo se entrelazaba con la vida y difícilmente podía acotarse en horarios o en lugares. Cuando se hicieron viejos, cambiaron de opinión y veían con envidia a quienes podían viajar y «ver cosas»; es decir, ver cosas distintas a la monotonía de quien solo ve el pueblo. Algunos viajes hicieron, unos con el Imserso y otros planificados por la peña de fútbol o por el cura del pueblo, pero pronto los dolores y las enfermedades convirtieron el tiempo de la jubilación en un tiempo impedido, y al final el autobús se iba sin ellos.

Sin embargo, hay algo de espejismo en el blanco y negro de nuestros padres de posguerra, como también lo hay cuando los hijos son ahora padres y abuelos: que comparándonos generacionalmente nos digan que estamos mejor que los padres viejos y mejor que los hijos jóvenes, pasando por alto el solapamiento de responsabilidades que los cambios en la vivencia humana del tiempo están provocando. Porque

a la dificultad de los más jóvenes a la hora de planificar un futuro se une la complejidad de hacerlo para quienes, trabajando, saturan sus tiempos disponibles de cuidados a hijos y a padres. En ambos casos, aun con matices, la presión hiperproductiva es manifiesta. Y algo estamos haciendo mal, o alguien que se beneficia de esta situación lo debe estar haciendo muy bien.

La presión y la culpa educadas por los ejemplos de nuestros padres han ido acompañadas del martilleo de sentirnos «malas madres», «malos hijos» y «malos trabajadores». Un martilleo que ha ido mutando junto a la toma de conciencia, pasando por el sufrimiento de «no hacer lo suficiente». Un martilleo que, resignificado, muchos usan como crítica a ese viejo modelo que nada nos gusta, que nada nos satisface para vivir, un modelo que queremos transformar y del que nos queremos liberar.

De manera consecutiva y casi paralela a Keynes, Bertrand Russell especuló en Elogio de la ociosidad (1932) alrededor de ese nuevo excedente de tiempo, no conocido hasta entonces para las clases trabajadoras. Tiempos sobrantes en relación con la centralidad del trabajo; tiempos que operaban como golosina o zanahoria para el caballo. Trabaja para disfrutar. Trabaja para disponer de ocio, para tener vacaciones. Trabaja para contar con un tiempo que a lo largo del siglo XX se ha ido llenando de actividades. Tan apretado de propuestas que difícilmente podemos concebirlo como algo distinto a un sobrante que rara vez estará vacío. Sobrante que rellenamos de merengue de vacaciones pagadas donde el consumo y el derroche pretenden resarcirnos del duro trabajo, como en otros ámbitos, también polarizando.

Con optimismo análogo, Russell también señalaba el vínculo entre la tecnología y la disponibilidad de un mayor tiempo propio, pasando por alto la explosión de nuevas necesidades y tareas que la tecnología ha activado. No ocurre así con las reflexiones más recientes del antropólogo David Graeber; en su análisis del presente fue capaz de enfrentarse a este pronóstico erróneo sobre la disponibilidad de tiempo vinculada a la tecnología. Lo hizo en ensayos como Trabajos de mierda (2018) o La utopía de las normas (2015), en los que exploró la existencia de trabajos inútiles y su relación con la burocracia.1

Este es un asunto que me interesa por varios motivos. En primer lugar, porque llevamos tiempo percibiendo que los trabajos mediados por palabras y de los que cabe esperar una mayor emancipación y libertad creativa se están convirtiendo en trabajos burocratizados, facilitados por la tecnología y generadores de formas de vida precarias, ya que se derraman y apropian de la mayoría de los tiempos. Trabajos que

elevan los brazos para tomar aire apretados en un mar de autogestión y requerimientos administrativos, evaluaciones y concursos periódicos por defecto.

Como consecuencia, estos trabajos se están definiendo por el creciente desafecto que activan entre las personas que los realizan y la práctica que desempeñan. Si de estos empleos cabe esperar un trabajo de gran exigencia intelectual, científica o creativa que ayude a la mejora, formación y crítica de la ciudadanía, ¿cómo no están orientados del todo a que esos trabajadores profundicen, también afectivamente, en esas tareas? ¿Acaso estamos pasando por alto que el desafecto hacia los trabajos intelectuales (docencia, investigación, cultura...) es un grave riesgo para una sociedad? ¿Cómo permitimos que estos trabajadores anden apagados, autoevaluándose hoy, mañana y así todos los días, concursando como destino, elaborando distintos formatos de sus currícula, realizando mil pequeñas tareas de autogestión para dar de comer a un sistema que desaprovecha y neutraliza su talento?

UN ORDENADOR QUE TRABAJE. DESCONEXIÓN Y AUTOGESTIÓN COMO TRAMPAS

Estas quejas, estos informes son, mirados desde abajo, un guante blanco lanzado a la cara-carcasa de una máquina inteligente. ¿Qué interés tendría la máquina en quejarse como nosotras o en convertir en desinforme el informe que se le ha pedido? Su cortesía y firmeza están hechas a prueba de nuestros altibajos anímicos. Hay quien pensará que, puestos a elegir, las máquinas dan menos problemas, que ayudan a sortear los dilemas éticos de todo trabajo, que la respuesta «lo ha calculado la máquina» ahorra explicaciones y acalla las críticas. Pero la máquina somos nosotros, es parte de lo que pensamos y programamos para ayudarnos a hacer el trabajo tedioso o para ampliar las limitadas capacidades humanas.

Tanto nos han reiterado sus bondades que hemos pasado por alto cómo, paralelamente a la flexibilidad para poder hacer más cosas y mejor en cualquier momento y lugar, estas tecnologías digitales nos han creado más necesidades. «Muchas más necesidades», enfatizaría yo. Entre el poder hacer y el sentir que hay que hacer, su formalización productiva no nos está haciendo más libres. Dos ejemplos vendrían a argumentar este menoscabo: la autogestión derramada y la desconexión como impulso.

A menudo es complicado verlas como problema, en tanto parecieran regalos para nuestra autonomía, en un caso, y para la conciliación, en otro. Pero su uso se pervierte en la precisión que permite identificar la autogestión predominante como algo que nos desborda, y la desconexión como pausa breve para tomar impulso y volver al trabajo.

Quizá acompañarnos de una amiga o un amigo que nos quiera nos ayudaría a identificar los sesgos y a comprender estas dificultades. Porque un buen amigo coge el martillo y rompe el muro de ladrillos con el que te han cegado la ventana. Un buen amigo, al verte sepultada de trabajo, te saca de la montaña de mensajes y te lleva a tomar un café.

Pienso en ese hipotético buen amigo como alguien que se alegra por nuestro bien y que sufre con nosotras, alguien capaz de ver con perspectiva la escena cotidiana en la que estamos atrapados por trabajos-mensajes cuyo flujo escapa a nuestro control. Preciso esta tipología de trabajo vestido de mensaje porque describe mejor el carácter del «trabajo que no termina», el trabajo mediado por la tecnología; ese que es imposible acotar y finalizar como un guiso puesto en la mesa o como una recogida de manzanas. No;

en este caso, por mucho que contestes los cuarenta mensajes que hoy llegaron, mañana seguirán llegando más, de su contestación se derivará una réplica, de la difusión de lo terminado se generarán respuestas… De la apertura del canal que te comunica al mundo se desprende que estás permanentemente expuesto a la llegada de nuevos mensajes cada día. Incluso si te marchas un tiempo para desconectar y colocas un cartel indicando que volverás el día X, eso no disuadirá la llegada. Los mensajes de trabajo esperarán pacientes a ser descargados a tu regreso, caerán sobre ti al abrir esa puerta como bolsas crecientes acumuladas al otro lado, generando un colapso en los días consecutivos.

Ay, si usted y yo tuviéramos cerca a ese buen amigo, ¿qué nos diría al vernos hipnotizados y dedicando varias horas diarias a contestar, confirmar, rellenar, replicar, matizar, difundir, revisar, preguntar y de nuevo contestar esos mensajes? Es probable que en la epifanía de reconocernos en lo que el otro percibe podríamos ver con más nitidez esa maraña interminable.

Qué lejano el recuerdo de suspirar por tener noticias y recibir «una carta», qué infrecuente y festivo cuando alguno de estos mensajes lo es, pero entonces viene con alma para contar y compartir, no entra golpeando la puerta para pedir y pedir. Con serenidad nostálgica, mi buen amigo se preguntaría en voz baja en qué momento el deseo de comunicación inmediata se materializó volviéndose invivible, invirtiendo su sentido. De qué manera un mensaje depositado en las manos para ser leído y pensado se multiplicó por cientos, convirtiéndose en una ráfaga de disparos.

Me cuesta imaginar que la escena culminase en el conformismo calmado de dos amigos removiendo la cucharilla del café y desahogándose para volver a lo mismo. Porque en la exigencia que proyecto sobre ese amigo hay la inteligencia necesaria para pensar que, entre las singularidades de estos trabajos que no terminan, la comunicación permanente es una trampa, una fuente sin grifo que agota y anula al sujeto por pura saturación. Es así que el mecanismo del que fluye el trabajo siempre está abierto y por mucho que desconectes, el problema no se resuelve. A lo sumo, regresarás algo más fresco después de unos días fuera, pero donde dejaste veinte mensajes pendientes ahora tienes ochenta. Pareciera imposible sincronizar el mundo con tu descanso. Porque la desconexión es solo parte del conflicto, y experimentada a pequeños sorbos no beneficia a la vida, sino que se subordina al trabajo.

Pasa algo similar con la autogestión, y quizá ese amigo del que le hablaba nos pregunte: ¿en qué momento pasamos por alto la

necesidad de la mediación humana en lugar de esta sustitución amenazante por máquinas que «no» realizan los trabajos burocráticos, sino que nos los traspasan? En la autogestión normalizada descansa un proceso entrenado por el que diariamente alimentamos de datos tanto a las empresas que gestionan esa tecnología como a las empresas para las que trabajamos. ¿Acaso algún epígrafe de nuestra nómina registra el concepto de gestión y suministro diario de datos que eufemísticamente llamamos «autogestión»? Con seguridad firmamos los consentimientos, y es terrorífico que siempre lo hagamos automáticamente, porque ese es el paso que nos permite «seguir».

La autogestión puede presentarse como el mejor regalo de flexibilidad para los trabajadores, pero no se puede pasar por alto lo que predomina en la actualidad: que se «suma» a lo que ya se hace; es decir, no se permuta por otra tarea, sino que las amplía y nos convierte en actores necesarios para un mejor control tecnológico y estadístico.

¿No le parece entonces que la autogestión administrativa, con sus tareas y sus normativas, apaga el afecto y la motivación primera hacia el corazón del trabajo, habitualmente reducido o aplazado? Por corazón me refiero a: investigar, educar, escribir, informar, crear. Y no es una solución medicar a las personas para que apaguen su malestar y sigan trabajando. Si este desafecto no se trata, puede que el abandono sea masivo.

Creo que la vida merecería más la pena si usted y las personas contratadas en áreas de administración tuvieran empleos dignos y nos ayudaran a gestionar los nuestros sin multiplicar tareas; a recuperar el afecto y el sentido de nuestro trabajo: esa vacuna, ese tratamiento, ese libro o esa obra de teatro que podríamos culminar sin la desubicación y el malestar que la autogestión genera. La ciencia, la cultura, la vida nos lo agradecerían.

Desafectos y tristeza burocrática

Pero el desafecto llegó sin darnos cuenta porque todos estábamos con nuestro informe repleto de siglas. Nos pilló compitiendo para ascender un punto, evaluando a los de la planta de abajo y siendo evaluados por los de la planta de arriba. ¡Oh, dios mío, confundí el modelo Excel!

LAURA BEY, 2022

NOTAS SOBRE EL FRACASO EN EL AMABLE

Y LUMINOSO DÍA. SOY UN SER POCO FIABLE

Fracasar no es «no alcanzar» el objetivo, es dejar de amarlo. Y yo, en el amable y luminoso mundo matinal, recién levantada, mojada la cara con agua fresca, intuida sobre el espejo, diría que me asusta acercarme a ese fracaso. Sin embargo, el temor que aquí va implícito lleva consigo algo valioso, pues me motiva en la escritura de este informe inefable para entender y alejar ese desamor.

En el luminoso día, frente al espejo, afirmaría algo más. Por ejemplo, que no soy una persona «poco fiable». Otras serían las palabras para describir a ese ser que sufre si pierde el amor por lo que hace, difuminado y frágil sin sus aparatos para ver y oír, necesitado de otras personas y conocedora de que nada soy sin ellas. Creo con pasión que somos interdependientes y solo sobrevivimos cuidándonos y antecediendo la pregunta por el otro, por cómo afecta aquello que hago a los otros. Es por este motivo que la desconfianza que alguien o algo pueda proyectar sobre mí me resulta oscura. Y, en ocasiones, me lleva a dudar de hasta qué punto un comportamiento no consciente por mi parte puede generar la sospecha de que soy una delincuente o un ser dañino.

Aceptaría cargos de activista, de movilizar a otros para el inconformismo y la crítica, de alentar rebeliones y elaborar recursos para estudiantes y colegas denunciando lo que consideramos injusto. Pero a todas luces creo que la sospecha de poca fiabilidad que siento como un foco quemándome la cara es algo inmerecido.

Para que dicho informe logre entender esta sensación, diré que tiene que ver con el desempeño de mi trabajo y el de mis compañeros y que no es algo puntual ni concreto, sino más bien una advertencia redundante y terca que atraviesa la gestión del trabajo académico y cultural, y que aumenta su intensidad cuando cedes al papeleo irracional y lindas el paroxismo. Y vuelve y vuelve.

Esta sensación de falta de confianza operó como acicate para elaborar este informe. En este caso, el motivo de la sospecha fue la solicitud de «un ordenador para trabajar». Ya desde su formulación, advertí algo malicioso. Lo noté por el bufido de varios compañeros que me contaban sus experiencias en situaciones muy parecidas y me daban ánimos, previendo la ardua tarea que me esperaba. Fue frente a estas

advertencias que hice un primer amago de frenar el proceso para comprarlo yo misma sin precisar justificación alguna, pero la mecha ya estaba encendida.

Para los trabajos intelectuales de ahora un ordenador es la puerta, la mesa, la librería y la ventana de tu práctica con las palabras. Pero nadie diría que un ordenador es un dragón que requiera expediciones intrépidas, ni una tecnología singular que haya que fabricar ex profeso. El que yo solicité en la petición que nos hizo de interfaz, y por la que usted me reclamó un informe, es un ordenador que venden en las tiendas del centro y que entre mi necesidad y su obtención yo podría comprar en apenas un par de horas.

No fue el caso, y ese propósito, obtenerlo, me hizo sentir que soy una persona poco fiable. Cierto que los sueldos de los investigadores en España son muy bajos comparados con los de países cercanos, pero en ningún momento he valorado la opción de vender ordenadores como manera de lograr un sobresueldo. Y no es solo usted; otros trabajadores como usted me han recordado la falta de confianza que tienen en mí cuando he precisado varias firmas y mensajes y días para sacar ese ordenador del edificio. Recuerde que hablamos de un ordenador «portátil», pensado para su movilidad y uso en los diversos lugares y tareas donde el trabajo intelectual acontece, pensado para ser «portado».

Pero tal vez esté autojustificándome y haya pasado por alto que, en efecto, soy un ser poco fiable, alguien que ha logrado engañarse a sí mismo. Convengo entonces que puedo ser una grandísima actriz y tener muy interiorizada mi farsa, porque hasta ahora había creído ser una trabajadora sin cualidad alguna para la interpretación, demasiado transparente. Con todo, algo no encaja porque esta sensación de culpa colgada como una medalla de un kilo de mi cuello se hace fuerte en cada trámite que debo realizar y palpita en el corazón del desafecto con mi trabajo.

De no ser por este informe inefable recordaría cada uno de esos momentos con dolor de estómago y como oportunidad perdida. Pues si, como con otros gastos, hubiera asumido yo misma el coste, habría podido liberarme del tiempo que usted me reclamó para revisar catálogos, solicitar excepciones, ver normativas, saber de licitaciones, tramitar la compra y preparar la justificación. Claro que habría cometido la insensatez de pagar por trabajar y que al cabo de los meses quizá me habrían penalizado por no gastar el presupuesto asignado, por lo que de una u otra manera me habría sentido culpable.

Puestos a elegir en qué punto del proceso prefieres la culpa, me pregunto cuántos optarán por financiar ellos mismos los gastos que corresponden a quien contrata para poder contar con el respiro del tiempo y llegarán al injusto desembolso que merma sus sueldos. O caerán en el absurdo de contar con presupuestos «no gastados», de dinero asignado en exigentes concursos, pero que irracionalmente no pueden usar. Como si no fueran reales sino solo un símbolo que se puede vislumbrar entre reflejos tras un cristal de seguridad, un dibujo sagrado que no se puede emplear, un reclamo insólito que se pospone. Y miras el saldo positivo maldiciendo el sinsentido que implica adelantar o pedir a otros que avancen ese dinero. ¿Acaso se pide al cocinero que nos pague él la comida que comemos y que en unos meses se lo devolveremos, o al médico que nos adelante el coste de una operación? Este abuso es una perversión que maltrata especialmente a investigadores y trabajadores culturales.

En este trance, el tiempo corre en nuestra contra, pues con cada absurdo crece el desafecto, y si se pierde el hilo de sentido que nos une a estos trabajos, ¿qué vacío nos espera? ¿No cree que poner toda la presión y el foco en supervisar y sospechar del proceso hasta hacer olvidar el propósito no es una opción deseable ni sensata? ¿No le parece más humano, incluso más eficaz, tratar a las personas como sujetos responsables que deben hacer bien su trabajo y acreditar su resultado tras haber trabajado con libertad, sin derrochar la energía en papeles y recelos para empequeñecer al que investiga o crea, mientras masculla entre dientes un «nunca más»?

Ningún trabajador ni ningún trabajo soportan naturalizar el hacer sin sentido. Basta. ¿No lo ven? ¿Qué zarandeo precisamos para hacerlo con confianza, responsabilidad y libertad expuestas a la inspección y a la rendición de cuentas con claridad y sin laberintos burocráticos? ¿Es que solo podemos aspirar a que los interlocutores humanos se sobrepongan al hacer deshumanizado del trámite estricto?

Aunque ocurre a veces que cuando otros como yo llegamos a la materialidad de la lágrima y a la tentación de abandonar, en ocasiones alguien como usted cambia de pronto su exigencia aséptica y nos trata como a humanos, como esperamos que se comporten los humanos que nos ayudan con amabilidad, para entonces emocionante. Pero lo fabuloso de este comportamiento no es suficiente y requiere no olvidar lo que lo precede. Porque ante la presión burocrática que sufren los trabajos con las palabras, la respuesta en la mayoría es docilidad, no rebeldía. Como si, aleccionados por el maltrato, recibir un mensaje empático fuera una proeza y sintiéramos que debemos arrodillarnos ante quien nos libra del dolor y conformarnos mansamente con ese

gesto como algo impropio y extraordinario.

Cambiar esa sumisión implica vernos entre nosotros, cómplices en ese dolor que alienta el desapego, rebeldes en la reclamación de un cambio, comenzando tal vez por una súplica, pero culminando en una posición común con quienes no aceptan este escenario. «Por dios, por compasión, sal de mi boca y rebélate. Di lo que tanto te cuesta: No.»

LA CULPA Y LOS INFORMES. ¿CUÁNTO DURA LA MALA CONCIENCIA?

Aún conoceré la alegría, pero hay una cierta ligereza de corazón que, me parece, me resultará ya siempre imposible.

SIMONE WEIL, 1951

Saber de tu historia es un espejo que me quita algo de culpabilidad.

ALICIA MAGUEY, 2023

Quien imagina la culpa como algo bien demarcado que aparece y se agarra a tu espalda diría que se trata de esquivarla, o de identificarla por diagnóstico con nombre de síndrome al que responder con lo ya teorizado. Pero ese hipotético interlocutor pasaría por alto que nuestra culpa es dispersa y callada, que no llega un día, sino cada día, y se repite como un martilleo para alojarse cada vez más adentro, atravesando piel y músculo, a menudo quedándose en la garganta como antesala.

Y me pregunto: ¿hasta cuándo hay que esperar para dejar de sentirse culpable? Cierto que antes de este informe ya habitaba la culpa, pero no crea que robé o maté o causé un daño consciente a otras personas. Me limité a concursar para un empleo, a trabajar en la ciudad donde me contrataron mientras mi familia vivía en otras, a pedir financiación para los proyectos que conlleva mi trabajo, competí... La culpa debió de llegar como un goteo por aquel entonces y se ha quedado.

Germina de manera extraña, pues suele asentarse después de una buena noticia, como la aceptación de una beca, la consecución de una ayuda o proyecto competitivos o un contrato algo mejor. Comienzas sintiendo la duda de la impostora, de estar entrando por error o en los últimos segundos, mientras se cierran las puertas decapitando algunos cabellos y un hilo de tu ropa; la duda de que tan viable habría sido estar dentro como quedarte fuera y que, por tanto, debes seguir alerta.

Pero la mala conciencia tiene otras raíces, y como si fuera una planta bajo un aguacero, la tierra amenaza con hacerse líquida, así como la

vida nos atemoriza con convertirse en un concurso sempiterno en los trabajos académicos, culturales o intelectuales. Y lo que parece oportunidad se vuelve asfixia y ahoga en su exceso. Porque ningún trabajador puede vivir en un estado de evaluación permanente.

Primero, por lo ya sugerido: tras la alegría breve por haber logrado ese proyecto, sabes que tendrás que preparar el siguiente para no quedarte sin nada una vez termine. Segundo, por algo más doloroso para quien en algún momento amó ese trabajo. Me refiero a la dificultad para concentrarse en él cuando el tiempo lo ocupa la omnipresente justificación administrativa para lograr un presupuesto, o para mantener un trabajo. Así, el «lo he logrado» muta en la intimidad en «maldita la hora», «¿en qué momento?», «¿cómo he llegado a este punto?» o «que alguien me ayude a salir de aquí».

La razón es la servidumbre burocrática que requiere materializar ese proyecto, avanzar ese proyecto, justificar ese proyecto y, con un poco de suerte, culminar ese proyecto. Y ocurre que, una vez has puesto en orden lo que precisas para desarrollarlo, adviertes que la recompensa más bien parece un castigo, que el regalo es el tránsito por una maraña administrativa construida de aplicaciones y siglas, decenas de siglas con normativas y manuales específicos que los interlocutores dan por hecho que debieras conocer. Sin embargo, todo el proceso requiere emplear gran parte del tiempo del proyecto, entorpeciendo así la dedicación al corazón del trabajo con sentido.

Salpicadas en el laberinto, algunas personas como usted te saludan sin levantar la cabeza de su trabajo, dando a entender que ya tienen bastante con lo suyo, y ante tus consultas te remiten a la fecha de la normativa para que busques tú misma, te autogestiones o llores.

La mala conciencia por ser una absoluta inútil en ese contexto inhóspito se aplaca mínimamente cuando ves a otras almas en pena perdidas igual que tú, absortas en el pago de un viaje adelantado hace ocho meses por un investigador que aceptó colaborar contigo; avergonzadas por cargar con dicho pago sin que ninguna aplicación ni ningún humano-máquina puedan ayudarnos, viendo cómo el presupuesto sigue intacto tras una vitrina. Y la lógica señala que solo habría que «darle sentido» y pagar al que ya ha realizado su trabajo. Pero el procedimiento es precario y no hay personal suficiente; o es sádico y te dice que no, que no estás en la casilla adecuada, o que hay que esperar a tramitar las decenas de solicitudes que llegaron antes, como si dejar claro que hay otros que están igual o peor que tú buscara aliviar o desmantelar tu queja.

A esas almas se las ve como errantes, como a mí pidiendo autorización para pagar a una becaria sin beca. Y aquí me dicen que este impreso está mal, ahí que necesito un seguro, allí que la normativa cambió en enero y, de vuelta aquí, que me he explicado mal, que el trámite es otro, pero que también depende de esa normativa anterior que volvió a cambiar en junio. En ese punto del trance alguien me reprocha: «¿Cómo no ha leído el mensaje donde a principios de verano le enviamos un adjunto con la normativa y el anexo informando del cambio?». Y yo, con la sensación de no tener espíritu, de haber mutado en babosa, musito en voz baja: «Hay días que recibo cuarenta y hasta cincuenta mensajes de trabajo. Si leyera cada normativa adjunta, no habría horas suficientes para todo lo demás». Pero a estas alturas alguien como usted está buscando el papel y nadie me escucha.

Puede que la alegría de obtener un documento me haga olvidar durante unos segundos que tengo que gestionarlo y lograr aún varias firmas. Así que la angustia no se apaga porque sé que mañana tendré que iniciar otra guerra, y que a lo largo de los próximos meses o años que dure el proyecto deberé cumplir esta condena. Y ya no pienso en la motivación que en algún momento me llevó a ese proyecto; el martilleo del plazo todavía lejano lo ocupa todo y hace que me pasen por la cabeza imágenes de abandono o de grito por no poder soportar una vida cuyos días sean en gran medida «esto».

Para redondear esa sensación, puede que cuanto más interactúes en el laberinto administrativo, más aumenten tus citas con la doctora del aparato digestivo y que le pidas por favor que te ayude con lo que te pasa, que todo lo que comes te sienta mal, que las intolerancias a la lactosa y al gluten se amplían a otras, que la dieta baja en FODMAP no es viable si comes fuera y si no tienes tiempo para buscar alimentos tan específicos, y que sientes que en tu cuerpo crecen y crecen las bacterias como si estuvieras pudriéndote por dentro. Y la doctora te dice que el estrés es muy nocivo, que bajes el ritmo y te calmes. Que baje el ritmo y me calme. Que baje el ritmo y me calme. Que baje el ritmo y me calme... Y yo tartamudeo y no me calmo. Y me trasladan a mí el problema y la necesidad de cambio porque se ve que es insensato pensar que estos trabajos cambien.

Si no lo hacen, no solo se pone en riesgo la salud, sino también el propósito mismo de esos trabajos. Porque debería ser inasumible que el trabajo te enferme, pero también aplazar su objetivo intelectual o social para concentrarte en sobrevivir administrativamente. Si pudiéramos recuperar ese afecto, tendríamos una cuerda a la que agarrarnos y una motivación para implicarnos en cambiar las cosas y no resignarnos. Pero tal como se vive aprendes a sentir que estás

haciéndolo mal por defecto y te consuelas deseando que ese «logro» competitivo termine sin causar daños irreversibles en tu alma y en tu estómago, si acaso a estas alturas no fueran lo mismo.

En el intervalo intentas leer y entender las normativas que derivan en otras normativas, y quisieras poder contar con un paciente asesor humano bien pagado que te ayudara. Pero los gestores como usted suelen estar precarizados. A lo sumo derivas en aplicaciones que te piden datos como pájaros hambrientos que siempre pían y difícilmente se sacian. Y sientes que debes cumplir porque estamos bajo la vigilancia de plazos y demandas de informes periódicos. Yo la vigilo a usted y usted a mí.

Y en la libertad que nos permite relacionar escenas no dejo de recordar una que probablemente hoy resulta ingenua, pero que me causó gran sorpresa y admiración hace muchos años, cuando en una breve estancia en Alemania observé que nadie pasaba su billete por las máquinas de control de un tranvía. Se daba por supuesto que todos llevaban su billete o su abono, porque las personas confiaban entre ellas, estaban educadas en ese deber cívico, en esa responsabilidad social de hacer las cosas bien sin anticipar la picaresca. Cuando la presuposición de delito se adelanta, algo resulta herido, el sujeto se achica. Estos comportamientos en los que reiteradamente se nos anticipa que somos poco honrados y vamos a cometer algún fraude aumentan las burocracias y crean un escenario de trabajadores acomplejados e inseguros, con riesgo de desvincularnos afectivamente de lo que hacemos.

Porque la gran contradicción de todo esto es que sin ese trabajo bien hecho difícilmente se puede salir del bucle del «siempre igual» en el trabajo cultural e intelectual, en tanto ese trabajo del que surge la idea, el cambio, la oportunidad y la crítica argumentada solo es posible con la concentración y el tiempo que la tiranía burocrática boicotea. Qué tristeza.

LA OBEDIENCIA ACRÍTICA Y LA BANALIDAD

No, Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión –que en modo alguno podemos equiparar con la estupidez– fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo.

HANNAH ARENDT, 1963

La maldad es un concepto que aparece pronto en nuestro vocabulario. A poco que logramos libertad de movimiento y capacidad para tomar decisiones, algún adulto pronuncia las palabras totémicas que dividen nuestras acciones en buenas o malas y, como efecto, las historias y los mundos en buenos y malos. Y esas palabras se reiteran y nos van construyendo: «No, eso está mal». Crecer conlleva aprender a advertir los gradientes, las contradicciones y las formas banales en las que este concepto se introduce en nuestras vidas en cada comunidad y cultura.

Pese a la complejidad que los códigos morales van adquiriendo a medida que crecemos, de niños, sin embargo, la maldad parece un concepto diáfano y primario. Entonces se dice que algo es malo cuando te daña, que alguien es malo cuando desobedece las normas. De niños pasamos por alto que justamente una obediencia irreflexiva puede ser también la base de un mal.

Cuando era pequeña, jugaba con un niño al que malo era la primera y la última palabra que los adultos –y como réplica, también los niños– decían de él, lo cual denotaba sus acciones, pero sobre todo construía su identidad.

Jugábamos juntos en la calle muchas tardes, aunque recuerdo especialmente las de verano. En el escalón de la puerta de casa había un hormiguero enorme junto al que comíamos pipas y observábamos a las hormigas desplazar las cáscaras o cosquillear nuestras manos. Mi amigo pretendía experimentar con ellas mientras las sepultaba bajo todo tipo de líquidos y azúcares pegajosos. Igual les echaba hielo del polo para taponar su gruta, como gritaba que les hacía una piscina inundando de agua el hormiguero. Mi amigo siempre era el primer sospechoso de cualquier objeto roto o de las caídas de los otros niños

entre empujones y juegos. Su manera explícita de hacer obviaba que los otros niños contribuían calladamente a sus trastadas o las alentaban sabiendo que él cargaría con la culpa, porque siempre ejecutaba el golpe que terminaba con el desconchón o el cristal roto.

Cuando pienso en «la banalidad del mal», no solo recuerdo a los funcionarios obedientes de los que hablaba Arendt, que cumpliendo su trabajo facilitaban el andamiaje de crímenes en el nazismo; también me acuerdo de la no radicalidad de todos a los que este amigo eclipsaba. Hay personas y comportamientos malos que lo son y lo parecen, pero otros que nos pasan desapercibidos. Ocurría que en la mayoría de esos niños no existía la intención de causar un daño explícito a mi amigo, sino más bien un aprovechamiento activo (de señalamiento) o pasivo (de silencio ante lo injusto) en tanto «no pensaban», sino que actuaban o callaban como la mayoría, buscando estar integrados en el grupo.

Comparto con usted este ejemplo porque tengo la sensación de que vivimos en una época de mediadores y de formas no radicales y sí desapercibidas del mal, donde la trivialidad con la que se provoca un mal puede venir de la obediencia y, especialmente, de la irreflexividad. Es desde esta impresión que, pensando en este informe y en los problemas que acechan nuestras formas de vivir y trabajar, creo que un nuevo modo de banalidad del mal se materializa sumando a engranaje, saturación, a obediencia, cansancio, palpitando en la sumisión cuando aceptamos cumplir y cumplir como si no hubiera cerebro que preguntase: ¿no es posible liberarnos de tareas inútiles para percibir mejor la implicación en lo que hacemos?, ¿no es posible un hacer más humano, un confiar proyectando y, por tanto, reforzando la responsabilidad del otro?

Así como Arendt advierte de cómo la falta de responsabilidad personal y sentido crítico puede propiciar un mal banalizado tras el cumplimiento de las normas, le sugiero a usted que reflexione sobre cómo la realización obediente y acrítica de nuestro trabajo no solo puede amparar la desafección con lo que hacemos, sino que deleguemos nuestra responsabilidad en un sistema desnortado, en lo ordinario de un «hacer de cualquier manera», o un «hacer por hacer» que reproduce el mal que nos daña, un hacer sin valor ni sentido social ni personal.

Porque puede que la desafección sea un terrible mal laboral y vital, pero lo sería aún más la impotencia de sentirse apagado o resignado. Si nos limitamos a cumplir sin poner nuestra reflexión y pensamiento, nuestra imaginación, en lo que hacemos, contribuimos a esa forma ordinaria de repetición de lo que falla, de algo que nos perjudica o es

negativo.

Si usted y yo obedecemos sin más, si nos privamos de la mínima iniciativa para recobrar el sentido de nuestra práctica, ¿no terminaremos siendo cómplices de una maquinaria deshumanizada de sujetos insensibles con las razones de su trabajo? ¿No cree que el adocenamiento administrativo y tecnológico, junto a los procesos que obstaculizan y posponen la estabilidad laboral bajo persistentes exigencias de control de los trabajadores, animan a pasar de largo por las consecuencias éticas de nuestros actos?

Es fácil pasar de largo si la racionalidad estratégica que predomina en un sistema tecnocapitalista truca la maquinaria para que siempre esté moviéndose, para que el llamado «tiempo libre» sea un «espera, que tomo aire» para seguir «haciendo lo mismo» con más energía. O si la estructura algorítmica y el sistema y los poderes que sostienen la tiranía burocrática favorecen inercias conservadoras, como sugerí en mi ensayo El bucle invisible. Estos bucles son parte necesaria para embeber los tiempos libres como tiempos «no reflexivos», sino pregestionados para un ocio laboral que mantenga activa otra parte de la máquina productiva, ayudando a volver a (y a mantener) lo mismo.

Es muy probable que uno de los grandes errores de una época sea dificultar la capacidad crítica, pero también la posibilidad del «error». Quiero decir que una sociedad que alienta esos bucles no favorece pensar y, en consecuencia, es más proclive a esconder sus errores. Ocultarlos y crear apariencia condena al desafecto que provoca la falta de sinceridad. Pasar por alto que muchas de las cosas que hacemos las hacemos mal supone privarnos de la posibilidad de reparar esos errores.

El informe burocrático lleva implícita la ausencia de crítica, siendo un espacio repleto de errores consentidos, decolorados y anudados a normativas que a menudo se solapan, se contradicen o están obsoletas. Ese informe es como una habitación que me achica, como si me cortara piernas y brazos, cegara los ojos y golpeara el teclado con la barbilla, contestando sí o no a lo que me pregunta, como si me dijera: «Sé más obediente que crítica».

No esquivo, sin embargo, la dificultad que hoy en día nos supone estar alerta y disponer de un excedente de atención para cuestionar las cosas que hacemos e identificar y enmendar tantos errores. Ya sabe: el cansancio acumulado que nos anestesia el alma y nos hace soñar con el abandono y la jubilación, o la propia cadencia del ritmo productivo, no ayudan.

Como interruptores que me auxilian, le hablé de la poesía y de los tiempos liberados, tiempos de aparente «nada». Pero ¿qué ocurre cuando esos tiempos son cada vez más cortos, insuficientes para alentar crítica o rebeldía? Porque me aterra conformarme con estos tiempos de contemplación sin crítica, con una estética del abandono cercana al acatamiento, aceptando que debo cumplir y callar, beberme estos instantes y contar los días para, si sobrevivo, retirarme.

Poco tardo en inquietarme con este pensamiento. Pero no voy a decepcionarme con esto. Esa aceptación se me atraganta, como si asumirla conllevara matar la convicción adolescente de que las personas hemos de implicarnos en el mundo y estar dispuestas a equivocarnos y a enmendarlo. Bien mirado, es lo único que he logrado mantener de las muchas personas que he sido.

Esa convicción puede ser el contrapunto a la banalidad del mal que nos acecha, porque habla de un humano que mantiene un compromiso sincero consigo mismo cuando era niño, además de en todos los jóvenes de ahora y los que vendrán. Los veo cuando les damos la oportunidad de imaginar su futuro científico y creativo implicándoles en mejorar las cosas, en afrontar tantos errores.

Una plaza nos guiña (sobre la obediencia entre lo precario)

Hay una plaza en obras que me sirve de ejemplo de la obediencia ciega. El problema inicial de la obra es que la maquinaria no puede estar encima de la zona a reparar, así que trabajan por mitades. Al terminar de pavimentar una parte, los capataces piden a los obreros que trasladen la maquinaria a la zona remodelada, y al ir acabando la segunda mitad comprueban que la parte previamente arreglada sobre la que se apoya la maquinaria vuelve a tener las baldosas rotas por haber soportado el peso de grandes vehículos y las caídas de herramientas. Sin embargo, y aquí reside el segundo problema, es sumamente difícil dejar presentable un pavimento hecho de materiales de dudosa calidad, que se rompen en cuanto un vehículo u objeto pesado se coloca encima.

Todos y cada uno de los trabajadores lo saben, pero nadie les pregunta y tampoco ellos se pronuncian. Cobran poco y saben que quizá la semana próxima ellos ya no estén. En lo que dura el proceso, muchos de los obreros dependientes de subcontratas han sido sustituidos por

otros, y los que permanecen obedecen y callan, de tal manera que repiten el proceso como si fuera la primera vez. Y como el responsable de la obra no puede acercarse porque anda liado con otras obras prioritarias, y tampoco recuerda que ya dio esta misma orden hace unas semanas, vuelve a darla: «Hay que arreglar lo que está roto». De manera que, cuando creen haber terminado una parte, repiten el procedimiento y trasladan maquinaria y material a la zona remodelada para rehacer la mitad deteriorada.

En este tiempo nadie ha sido capaz de proponer otra solución y romper esta espiral absurda. Cada uno se limita a obedecer órdenes y todos han caído en un bucle. Como la jerarquía está clara, obedecen y se ponen manos a la obra. Algunos trabajadores callan y otros son sustituidos. Entretanto, las baldosas se rompen alternativamente y ese lugar de encuentro está inutilizado y siempre en obras. Así llevan desde hace meses.

Si preguntas a los trabajadores recién incorporados a la obra, te repiten como papagayos lo que les han dicho: que esas baldosas son «modernas y ecológicas», que «absorben el CO2». Imagino que si en un hipotético futuro llegaran a equilibrar las dos mitades y durante unas horas las frágiles baldosas estuvieran sin fracturas, harían una preciosa foto y en el texto al pie rezaría eso de «plaza con baldosas modernas y ecológicas». Obviarían incluir que en los meses en los que fueron reponiendo las colosales losas, la plaza nos estuvo guiñando a quienes desde los pisos altos y cercanos mirábamos la obra.

Una semana la plaza guiña un ojo, la siguiente guiña el otro y empezamos a dudar si en ese código intenta enviarnos un mensaje, justamente el que debiera aparecer junto a la hipotética foto de la plaza. Un mensaje que hablaría del «hacer sin sentido», de la precariedad de los trabajadores, del número de árboles que han cortado para poner esas losas pretendidamente innovadoras y ecológicas y que solo llegan a escombro, de la contaminación generada con la maquinaria y los desplazamientos para la reposición de las rotas, del creciente gasto de sustitución infinita de baldosas que no sirven y que terminarán por convertir la plaza en un secarral de fragmentos de sucedáneo de piedra. Ay, que tenga que hablar la plaza y guiñarnos para gritar el absurdo de lo que allí pasa es una metáfora de tantas cosas que ocurren ahora.

¿Que por qué ando despistada en esta rutina que si fuera fábrica me habría amputado una mano o la cabeza? Sencillamente, no me siento persona. [...]

Solo dijimos: tiranía burocrática. En la sala todos comenzaron a murmurar sintiendo que estaban contando su historia. [...]

En la reunión con los funcionarios, en la reunión con los contratados, con los artistas e investigadores, en todas y cada una de ellas, las personas sabían de qué hablábamos, sufrían por ello, pero entonces el que no había logrado despojarse de su identidad burócrata aludía a que «las leyes son las que son» y crecía un muro. Hasta que una figura luminosa y otra, y otra, aparecían diciendo, como cantando: «Desobediencia responsable, desobediencia responsable».

LAURA BEY, 2023

No cederé en este asunto. No vale el ridículo prestigio de «me pagan con visibilidad», legitimando que eso me basta a mí y a quienes no pueden renunciar a ese mínimo pago que, sumado a otros, alcanza a constituir un pequeño sueldo. No compartiré que la realización de un trabajo intelectual sea penalizada y que el cobro de ciento cincuenta euros por un texto o una conferencia exija los mismos trámites burocráticos que la facturación de seis mil, las mismas exigencias en bases de datos que buscan «registrar» pero que se cambian periódica y chapuceramente, que se crean sin amor ni sentido, y que volverán a requerir registro el año que viene, exigencias de firmas con nuevas aplicaciones, consentimientos que no puedes rechazar, resúmenes en forma y plazo, y si alcanzas a culminar esa fase del proceso, una espera de meses para recibir el dinero. Hay quien hace balance, contabiliza el tiempo de gestión necesario y opta por no cobrar. Y a todas luces parece lo más sensato, si no fuera porque la renuncia legitima que ese trabajo no vale un pago, sino solo escuchar un «gracias» o estar tú agradecida por que hablen de tu trabajo.

Hace unos meses, encontré a una funcionaria que, sabedora de la creciente burocratización que perjudica especialmente los acuerdos

con trabajadores del ámbito intelectual y creativo, se ofrecía a ayudar a quienes la padecemos con una empatía y un trato impropios de la por lo general fría tarea de mediación administrativa. La funcionaria argumentaba que es del todo injusto exigir los mismos trámites a un colaborador (poeta, artista, profesora, conferenciante, investigador…) que a una gran empresa que cuenta con asesores que se ocupan específicamente de las tareas de gestión administrativa, documentación y facturación, que la dinámica está adaptada a las empresas y lleva al bloqueo a los autónomos y a quienes deben hacerlo todo ellos mismos.

Esta funcionaria que se autodenominaba «activista» es la demostración de que no lo hemos soñado, de que la soledad y el desamparo que solemos experimentar no son fruto de una fantasía que nos victimiza. Su testimonio ayuda a ver nuestras dificultades en otros y nuestras necesidades como algo no exclusivo sino compartido.

El activismo de quienes gestionan como usted es más que una llamada de atención sobre una presión que no puede normalizarse. Si quien la padece suele callar es porque no puede sumar más horas al tiempo ya invertido, o porque se encuentra solo en esta lucha, a lo sumo interpelado por esta o aquella base de datos. Sobre este asunto, recuerdo una afinada reflexión de la científica de datos Cathy O'Neil advirtiendo de una tendencia llamativa: que mientras los más privilegiados pueden contar con asesores humanos y bien pagados, cada vez más la mayoría de personas tenemos que tratar directamente con máquinas y sistemas protocolizados regulados por fuerzas monetarias. A lo que añadiría que este trato con máquinas coexiste con el trato con trabajadores precarios, a menudo deshumanizados, que solo pueden actuar mecánicamente, es decir, ciñéndose a la formalidad prefijada. Usted bien lo sabe.

Es la manera en que el tecnoliberalismo nos ha llenado de aplicaciones de autogestión y de asistencia encorsetada donde la tecnología aún no se ha apropiado de su trabajo, pero usted siente que lo que hace es cumplir órdenes, reconocer patrones y encajar en diligencias; es decir, que su hacer es tan máquina como el de la máquina.

No obstante, me gusta pensar que también ha ayudado a muchas personas noqueadas por el delirio burocrático. A pesar de que la conozco poco y sé de su coyuntura y falta de estabilidad, siempre ha sido amable conmigo y entiendo su impotencia cuando el desafecto con los procedimientos tecnológicos que no comprendemos la convierte a usted en diana de quejas y críticas. Porque puede que haya incontables aplicaciones, pero no personal suficiente. Vaya, qué gran lección entender que necesitamos

mediadores humanos para ayudar al propósito laboral de nuestra tarea, investigar o crear, previamente, comprender.

Pero el desapego no solo viene del exceso burocrático, sino que a menudo nace también de su irracionalidad, cuando a todas luces lo que se nos pide resulta redundante o contradictorio, no motivado por un sentido honesto, sino por un automatismo de obediencia acrítica. Es algo que suelo encontrar en los testimonios de trabajadores que leo. Y ocurre tanto en contextos académicos y de investigación como en el ámbito cultural. Así me lo contaba la directora de una compañía de teatro:

Una vez actuamos en (ese teatro) con un espectáculo en el que éramos veintidós personas en gira, y debí mandar, solo para los riesgos laborales, cuatro documentos por cabeza, más varios generales. O sea, un centenar de PDF, para luego ver a los técnicos de la casa fumando en el escenario y subidos a sitios delicados sin arnés. [...] Preparar toda esa documentación en plena gira me supuso una madrugada encerrada en un baño de hotel, donde llené hasta el plato de ducha de papeles... Ese día me dije «¡basta!», y hemos empezado a cambiar de modelo, pero no es fácil salir del sistema e ir por libre, en un país donde los teatros son en su inmensa mayoría de titularidad pública. Todos nos quejamos, pero ¿cómo salir de ese círculo y poder seguir haciendo nuestro trabajo de forma libre? (Yanisbel Martínez, 2022)

Hay trabajos que parecen tener el propósito de dificultar el trabajo de otros. Cualquiera valoraría su sentido si esa dificultad implicara un bien o una garantía para la sociedad o para quienes trabajan, pero el malestar aumenta si se nos reclaman tareas poco razonables. Cierto que tampoco debe ser nada emancipador trabajar como solicitantes de documentos, protocolos o requerimientos que quedaron obsoletos o que no se adaptan; como mediadores que cumplen con normas irreflexivamente, con tareas que precisan ser contextualizadas y liberadas de su tono impositivo para aunarlas con su razón y propósito, flexibilizarlas e interpelarlas con un «¿realmente esto que hago tiene algún valor?».

Graeber, del que ya le hablé antes, abordó en la última década la proliferación de trabajos percibidos como «inútiles», sin sentido o innecesarios. Trabajos cuyo propósito no parecía contribuir al bienestar de la sociedad ni tampoco ser significativo. Se refería a ellos como bullshit

jobs y los describía como aquellos capaces de apropiarse de la energía y el tiempo de las personas sin convertirse en valor real para ellas ni para su comunidad, con consecuencias perjudiciales para ambos. De un lado, incentivan la frustración, la alienación y la falta de vínculo y de satisfacción, afectando a la salud, y de otro lado, también suponen el desperdicio de talento.

El análisis de Graeber me interesa especialmente. Si bien diferenciaría los empleos basura de las tareas basura que un mal uso de la tecnología y la gestión han contribuido a extender hoy en muchos trabajos hasta obstaculizar su práctica. Sucede así con los culturales y académicos, entre los que usted y yo navegamos.

En el corazón burocrático palpitan numerosas tareas sin sentido que parecen haber heredado la desconfianza hacia los gestores, o el miedo al derroche del dinero público en instituciones esenciales para nuestras vidas. Justamente por esa relevancia duele observar una dinámica, a todas luces nociva, por la que complicar los procedimientos para hacer un trabajo resulta preferible a apoyar su desarrollo, porque esas complicaciones son usadas para justificar los procedimientos y no para alentar un trabajo necesario, valioso o bueno. Cuánta energía derrochada en la exaltación de los procedimientos esconde tanta energía desperdiciada en lo que podría ser un hacer con sentido.

A veces, la mayor exigencia de trámites administrativos es una manera de desviar la ausencia de rendición de cuentas por parte de los políticos y altos cargos cuando algunos se han corrompido y apropiado de dinero público. Como si la desconfianza que la corrupción de unos pocos ha generado en los niveles altos de algunas administraciones no tuviera como efecto un mayor control de esos cargos, sino, por el contrario, una sofisticación de la estructura administrativa, arrogando de más trámites los niveles laborales más bajos y dificultando las tareas últimas que son el suelo sobre el que se construye un trabajo social. Porque llama la atención cuando los altos cargos sí tienen facilidades para el desarrollo de su trabajo, disponiendo y decidiendo sobre los fondos sin la exigencia proyectada en los empleados. Este castigo impuesto al trabajador de a pie recordaría en algo a siglos pasados, cuando las penas por los delitos de un patrón se materializaban en algún tipo de maltrato a los subordinados.

El contexto importa más de lo que creemos. Especialmente si valoramos la imperiosa necesidad de los servicios públicos, el cuidado y la exigencia que debemos y nos debemos como trabajadores públicos. Porque la desafección y el agotamiento que esta situación provoca pueden transformarse en crítica y cuestionamiento del sistema, de la lógica burocrática que se mantiene. Y me parece

preocupante que esta coyuntura sea aprovechada para normalizar el desvío de dinero público a la gestión privada; es decir, que la manera en la que se tiende a resolver el problema sea la privatización, beneficiando a empresas que sospechosamente germinan alrededor de las administraciones, y que ofrecen liberarlas de papeleo y favorecer la eficacia. Sin embargo, ese objetivo no siempre se cumple, no al menos para los trabajadores últimos ni para los ciudadanos. Esto sucede cuando las ganancias se quedan en las empresas mediadoras que subcontratan a bajo coste servicios de gestión temporales y a menudo mal pagados para los que usted y muchas personas como usted trabajan.

Por ello, urge habitar la complejidad para afrontarla, recordando lo siguiente: ¿quiénes se están lucrando de estos trasvases de la administración pública al sector privado? ¿Beneficia eso a la sociedad o beneficia a quien rentabiliza pactos precarizando servicios? ¿No estamos blanqueando y normalizando esa dinámica capitalista de subcontratar a cambio de no afrontar los problemas de saturación burocrática que conlleva el trabajo en el sector público, a cambio de no pensar una nueva filosofía del trabajo público, un nuevo contrato de responsabilidad y confianza?

Soy una servidora pública, fiel cumplidora de lo que la administración espera de mí, una subordinada a la institución. Pero no a sus pies, reverendísima majestad burocrática. Aquí me tiene pensando y besando con dedos las teclas, pidiendo que también usted sea una activista, que se contagie de ese espíritu de inconformismo y justicia, que predomine la razón de un hacer responsable y con sentido, y no la obediencia acrítica.

¿DÓNDE GERMINA EL SUFRIMIENTO DEL TRABAJO?

Decid si hay momentos en los que no podéis más; si alguna vez os asquea la monotonía del trabajo; si sufrís por estar siempre preocupados por la necesidad de ir deprisa; si sufrís por estar siempre bajo las órdenes de los jefes. Decid, por último, si [...] os sentís sostenidos por la sensación reconfortante de encontraros entre compañeros, o si por el contrario os sentís solos.

SIMONE WEIL, 1951

[...] el hecho de que las emociones principales que acompañan a mi desempeño sean la insatisfacción, la frustración, la ansiedad, [...] o la incertidumbre por el futuro, hacen que me replantee muy seriamente si merece la pena el coste. Si a ello se le suman los efectos objetivos en términos de las dificultades para la conciliación, el balance se inclina poderosamente al abandono.

Investigador predoctoral, 2022

Hay emociones que sorteamos perdiendo la oportunidad de comprendernos mejor desde el malestar que nos causan. Emociones como el resentimiento o la frustración. Quedan señaladas porque es difícil reconocerlas en uno mismo y tendemos a disfrazarlas y a empujarlas al escondite más íntimo. Pintadas como emociones vengativas, suelen describir personalidades que nos repelen (también en nosotros mismos) pero que fácilmente germinan del dolor y la desigualdad. Cuando se soslayan, prefiriendo hablar de las menos perturbadoras y más positivas, desaprovechamos una oportunidad de conocernos mejor como humanos.

Quien ha tenido una expectativa alentada por el contexto, alimentada por un horizonte de igualdad que, conforme debía acercarse, se alejaba y alejaba, es alguien dolido. Porque el dolor es la primera manifestación de la frustración. Se me anuda el estómago al sentir que después de mucho esfuerzo debía haber conseguido un logro. Pero se me anuda doblemente si miro a un igual que con un contexto similar al mío sí lo ha obtenido. Porque en nuestra cultura prima esta mirada que el reino del capital amplifica azuzando un dolor siempre comparativo: «¿Por qué ese sí y yo no?».

Eficacísimo ardid que navega en los desafectos y conflictos de la clase trabajadora. Malicia que ahuyenta y difumina la responsabilidad de quienes manejan poder y recursos, y propician que los más vulnerables o precarios sean el parapeto, focalizando entre ellos mismos esos afectos negativos. Antes de cuestionar el sistema, se cuestiona íntimamente al compañero o al vecino. Ahí las enemistades, ahí la soledad para los «hechos a sí mismos» que el tecnoliberalismo ensalza.

Pero frustra igualmente el descubrimiento de una estructura que, diciendo racionalizar contrataciones, satura de trámites para terminar beneficiando «al que ya se conoce» o a quien estaba mejor asesorado o preparado en los méritos que, ¡oh, casualidad!, una familia con recursos o una determinada posición social se han ocupado de garantizar y ampliar. Ese descubrimiento de una asimetría difícilmente salvable desmoraliza, frustra y disuade de la imaginación del pobre los trabajos intelectuales y creativos.

Resentimiento y frustración crecen cuando la expectativa ha sido mayor y se ha agrandado con espejismos de meritocracia. Aquí un asunto que pincha y hace herida. Aquí la trampa que sostiene parte del entramado administrativo que convierte en burocracia esa posibilidad para después sentir que se tritura y se escupe pidiendo otra burocracia hasta llegar al hartazgo. Al igual que en un laberinto planteado como un juego donde, por mucho que logres los puntos que te piden, necesitarás más puntos, más vueltas por el laberinto. Es posible que las normas cambien mientras sorteas las pruebas, y tan adentro es difícil dar marcha atrás, pero también seguir confiando en la estabilidad o la promoción, que, si llegan, corren el riesgo de encontrar tu cuerpo gastado o marchito.

La frustración también está emparentada con el desafecto que provoca el «esto no es lo que yo pensaba». Cuando el hacer significativo y justo que se buscaba es torpedeado por imposturas y trámites, la frustración asoma y se queda.

Desde que comencé este informe, he mirado desde abajo y desde los lados lo que considero significativo como si fuera un objeto que pasa de mano en mano y de pronto se detiene. Porque las cosas que me parecen significativas logran un efecto, son escuchadas o leídas, no se diluyen entre la maquinaria de lo que simplemente se mueve de un lado a otro. Lo significativo posee algún valor, crea algún bienestar, estimula no solo nuestro trabajo, sino una vida con trabajo. Tan ridículo me parecería un trabajo construido exclusivamente de certidumbres como inquietante uno en el que todo se me haga incierto. El afecto que me vincula al trabajo

también me une a un hacer significativo y con sentido, y además me conecta al mundo.

Es un asunto que ha interesado a quienes más han reflexionado y propuesto cambios en los modos del trabajo en las últimas décadas. Y si usted y yo observamos críticamente las transformaciones del empleo hoy en día, veremos cómo nos queman las manos, cómo se nos acelera el corazón ante la necesidad de enfrentarse al sufrimiento respecto a cómo vivimos hoy el trabajo. Las medidas sobre la mesa para mejorar esta situación hablan de la necesaria redefinición de los conceptos de éxito y productividad, de enfrentarse a la burocracia, de la redistribución del trabajo y la creación de empleos con mayor valor social, pero también de la reducción de la jornada laboral y de una urgente revalorización del tiempo propio, los cuidados y la creatividad en la sociedad. Medidas que no llegan porque la tecnología no está cumpliendo la promesa de liberarnos del trabajo tedioso. Muy al contrario, las formas de uso predominantes bajo presiones monetarias favorecen el sufrimiento de quienes se sienten más enganchados y controlados que nunca por las máquinas.

Sería deseable anteponer el valor social al valor financiero como respuesta obligada. Más si cabe cuando nuestro balance habla de cómo destruimos y calentamos el planeta, mientras la frustración amenaza con enfriar el alma rendidos a un hacer impulsivo, sin la concentración, el amor y el tiempo que un trabajo y una comunidad requieren.

MÉTRICA IDENTITARIA. SI LA EVALÚO Y ME EVALÚA, ¿QUÉ SOMOS?

Puntuar para comparar, comparar para competir, competir para posicionar, posicionar para optar a una ayuda o a un trabajo que solo obtendrán los números diez. Puntuar para ser, o para no ser. Ser entonces, ¿qué?, ¿cómo se es un número o una posición? ¿Qué se espera de una persona dos sobre diez y qué de un nueve?

LAURA BEY, 2023

En un trabajo de evaluación reciente, previo a mi huida de casa para enterrar el tiempo perdido, tuve una experiencia con la evaluación que me gustaría compartir con usted en este informe inefable. Hacía casi medio año que había aceptado formar parte de una comisión de evaluación de becas llevada por la amabilidad de la coordinadora; también, por la autopresión de contribuir a hacer algo que ya pocos quieren hacer y que creo que deberíamos cambiar también desde dentro.

Lo primero que me llamó luminosamente la atención fue un cambio enfatizado en los criterios de evaluación que decían primar además –y por fin– aspectos cualitativos. Era más una pretensión que una facilidad con contexto para hacerlo posible, pues difícilmente podía materializarse si los evaluadores no disponían de tiempo de concentración ni recursos para leer y conocer los trabajos de las personas que optaban a las ayudas. Sin embargo, la sensación positiva de que empezaba a verse cierta sensibilidad crítica ante la frenética actividad de acumulación de méritos y evaluación laboral se vio abofeteada por una pregunta que nos esperaba al final del proceso. Una pregunta que me dejó sin palabras. Cerrados los informes y las puntuaciones de los candidatos, se nos pedía a cada evaluador puntuar a los otros evaluadores con los que habíamos trabajado.

El shock ante esta nueva vuelta de tuerca aún me dura. Y me pregunto: ¿de dónde viene este afán por convertir cada acto humano en número, por distorsionar las relaciones laborales como si fuéramos aplicaciones y no compañeros? ¿En qué nos convierten estas identidades predominantes de evaluadores y evaluados? ¿En qué momento pensamos que el poder de puntuar al otro es el poso que debemos filtrar y compartir, recordando el poder que sobre él podemos ejercer? ¿Cómo trabajar sabiendo que los de al lado tienen

un arma que nos apunta y lo mismo nosotros a ellos? ¿Qué suerte de mundo dibuja esta primacía que normaliza cuantificar cada práctica, cada vínculo con otro? ¿A qué deriva de comunicación mediada por notas, y por tanto facilitadora del código propio de las aplicaciones matemáticas, nos empuja esta inercia cuantificadora?

Si pudiera, contestaría con un «ay» en cada casilla. Porque si soy un número (media de todas mis puntuaciones) y usted es un número, la vida que nos corresponde ¿también está numerada?, ¿vida 4 en sector 2 con calidad 3,5? Podríamos entonces exponernos para algún próximo servicio de evaluación evitando pensar si ser números nos lleva a ser mejor objetualizados. Porque a todas luces se rivaliza mejor con un 8 que con un humano.

Normalizar la puntuación entre personas hace pensar en una cesión dócil a lógicas que ayudan a mantener los ritmos productivos, a hacerlos más rentables a costa de convertir a los sujetos en objetos, como si la sobreexposición nos proporcionara un listado de números que nos identificara y posicionara en la vida, anticipando determinados futuros posibles y favoreciendo un orden jerárquico.

Comparto con usted estas reflexiones precisamente porque pocas experiencias en la vida académica me parecen más exigentes e importantes que la evaluación. Pero justamente por ello pienso que cuando evaluamos a personas nunca podemos limitarnos tan solo a lo numérico. Si una evaluación suele culminar en una lista ordenada de candidatos puntuados y donde una posición abre o cierra una puerta, primero académica, después laboral, es preciso empatizar con los saberes y talentos de las personas, con el sentido de una beca o de un trabajo. Si solo valoramos lo que es traducible en datos y algoritmos, pronto la inteligencia artificial se bastará, pero ¿no será acaso una forma de anteponer eficacia y celeridad a sentido, dando por hecho que lo que importa siempre debe poder traducirse a número?, ¿dando por hecho que el entrenamiento de las inteligencias artificiales en internet es válido para todo? ¿Acaso pensamos que internet es lo mismo que el mundo?

Con seguridad quienes tienen el privilegio del tiempo y del dinero hacen uso de interlocutores humanos para sus consultas, entrevistas y selección de personal. No imagino a un alto directivo de una empresa tecnológica delegando el cuidado y la formación de sus hijos en una IA sin supervisión humana o dejando la contratación de trabajadores cercanos en manos exclusivas de los algoritmos. Sin embargo, a quienes tienen recursos y conocen la influencia y el poder que estos algoritmos adquieren en el mundo laboral contemporáneo, sí los imagino alentando a sus hijos a que tengan los méritos cuantificables

y potencialmente adquiridos con dinero, porque saben que son números y datos que les beneficiarán anticipadamente si echan un vistazo al contexto académico y artístico (X meses de estancia en el extranjero, X idiomas, X cursos de posgrado internacional, etc.).

Es preciso reivindicar el valor de lo que no puede ser pirateado ni necesariamente numerado o comprado, aquello que precisa formación real, conocimiento, sentido y profundidad en lo hecho, contexto y empatía. Sería humanamente ruinoso sucumbir a una hegemonía numérica que relegue los aspectos cualitativos al cajón de sastre del apartado final de un informe. Ese denominado «Otros», que maliciosamente también es numerado con el valor más insignificante, pongamos: «Puntuar con un máximo de 1».

Pero en esa rebeldía que cabe esperar frente a un dominio injusto, habría además que recordar que un sistema mediado por una tecnología que testea y asienta una métrica identitaria se vicia tanto si se delega exclusivamente en números y máquina como si quienes evalúan no disponen ni del tiempo suficiente para su correcto desarrollo, ni del pago justo por una actividad tan exigente.

Porque, sin tiempo, esa valoración que se les pide no puede ser pensada ni traducida a las preguntas mejor afinadas, tampoco documentada ni cargada con suficientes razones. Si hay que contestar ya, para pasar a la siguiente fase de un largo proceso, se pondrá un número y una frase hecha. Y de ahí tantas encuestas, cuestionarios y evaluaciones vacíos que solo han recogido la idea preconcebida o la impresión irreflexiva sobre una pregunta que probablemente no hayamos comprendido del todo.

Verá entonces que mi crítica se apoya precisamente en el valor que doy a los trabajos de evaluación de humanos y a la necesidad de dotarlos no solo de valoraciones también cualitativas, sino de tiempos y contrato. Creo que en estos trabajos descansa la garantía de una igualdad social puesta en riesgo por la letal combinación de precariedad, rivalidad, acumulación y cuantificación de méritos, sopesadas desde una productividad acelerada que lleva a esos humanos cansados a desvincularse afectivamente de sus trabajos.

Pienso que una de las consecuencias de esta situación ha sido el frecuente falseamiento de las listas de requerimientos competitivos. Así, estos sistemas son cada vez más proclives a la búsqueda orientada y desafectiva de los méritos que se piden, que se van acumulando sin motivación personal ni sentido honesto, como quien los negocia o los compra para poder cumplimentar determinado formulario. Así lo narré en la historia de

«El opositor Glass (los ocho trances)» en mi ensayo El bucle invisible.

Como efecto, no solo se alienta el desapego con el trabajo, sino que también se favorece a quienes cuentan con los recursos económicos y la asesoría precisos para lograr antes dichos méritos, o incluso «comprarlos». Porque ¿se ha parado a pensar si pueden los pobres sin padres asesorados dominar los idiomas cuyo aprendizaje exige contar con suficientes fondos para ir a colegios bilingües primero, y para transitar después por centros internacionales en los que adquirir experiencia durante el mínimo de meses que una convocatoria pide? Bien lo sabe el pobre. Qué cruelmente engañosa es la cracia de los méritos.

Sin embargo, la evaluación tiene otra cara más común para la mayoría de trabajadores académicos. Me refiero a la autoevaluación derivada de la autogestión a través de la tecnología. Para ella se crean periódicamente aplicaciones que nos ayudan a dar de comer a la máquina, datos-méritos que buscan traducir la productividad personal o la de un grupo.

Privados del valor narrativo de un informe inefable, usted y yo archivamos palabras como el tendero pone piezas a un lado u otro de la vitrina. Así, varias veces cada año debo buscar las palabras adecuadas para alimentar a la máquina. Activo la base de datos. Abre la boca como un pájaro hambriento y yo derramo mis méritos encajados ordenadamente, dócilmente. Primero elijo categoría, después selecciono opciones, incluyo y describo cada mérito, identifico su carácter, despliego, busco, selecciono y añado ciudad, institución y fecha, uno a uno; doy a enviar, espero confirmación y visto bueno, repito 52 veces, o 63, en ocasiones 47, cada año la productividad varía.

En veinticinco años he usado diversas aplicaciones para desgranar un listado de méritos que te animan a ampliar. La cantidad siempre importaba. También las aplicaciones que se presentaban trascendentales y definitivas para integrar esa información y ayudar a la mejor optimización de tiempos de los trabajadores y de colaboración y uso de instituciones. Aplicaciones que años más tarde desaparecían sin apenas explicación junto con nuestros repositorios de datos y pasaban a formar parte de la basura digital de las administraciones, siendo sustituidas por otras que obligaban a volver a alimentarlas desde cero con tus interminables, y ya odiosos, méritos.

Y en este asunto, la inefabilidad vuelve a taponarme la boca y a anudarme el esófago cavando una náusea subterránea y sintiendo que debo escapar o que voy a morir. Porque en algún momento se asentó la idea de que un mundo objetivado con números era mejor. Que confiar en la matemática

de un baremo era un sistema más justo porque tenía en cuenta los méritos acumulados. ¿Acumulados? ¿Acaso eran méritos recogidos y buscados expresamente para la evaluación y no interiorizados, aprendidos o sostenidos en un hacer motivado y real? La mera consideración como mérito siempre me ha resultado sospechosa. Mérito como derecho logrado para conseguir un beneficio. Y sí, en algún lugar de esta historia los méritos dejaron de tener un valor auténtico para ser mera acreditación en certificados, gestionada por aplicaciones y grupos de expertos sin demasiado tiempo y también compitiendo; atrapados en el falso impacto del impacto del impacto... que se hará bucle irreflexivo y ganancia económica para los lugares que albergan y dan de comer al monstruo-impacto.

El asunto duele, porque la manera en que hoy se prodigan las evaluaciones desanima a quienes ven sus vidas salpicadas de ellas, siendo evaluados y evaluando, como si el aumento de estas peticiones tuviera el propósito no solo de absorber más y más datos humanos, sino también de animar el abandono colectivo de una tarea esencial.

Si esta métrica que prevalece es, como aquí sugiero, una métrica identitaria, y usted me puntúa, yo la puntúo y otros nos puntúan, ¿qué somos para este mundo?, ¿qué vinculo se genera entre nosotros? Un sujeto que «progresa adecuadamente», un producto con precio, un valor en una lista ordenada, carne suspendida, alma aprobada, parte del algoritmo humano de una máquina planetaria... Me niego a ese ser.

¿Puedo entrar? No lo sé. Nadie entiende el idioma de la máquina. Hay un muro de SIGLAS, siglas, siglas, siglas, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, siglas, siglas, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, SIGLAS, s.i.g.l.a.s., SIGLAS, siglas, siglas, siglas, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, siglas, siglas, siglas, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, SIGLAS, s.i.g.l.a.s., SIGLAS, siglas, siglas, siglas, siglas, siglas, siglas, SIGLAS, SIGLAS, siglas, siglas, SIGLAS, siglas, siglas, siglas, SIGLAS, siglas, siglas, siglas

El sentido

El trabajo del mundo es común como el barro.

Mal hecho, ensucia las manos y se convierte en polvo. Pero lo que vale la pena hacer bien

tiene una forma, limpia y evidente, que satisface.

Las ánforas griegas para el vino y el aceite,

los vasos hopi para guardar el maíz, los ponen en museos

pero es sabido que fueron hechos para usarse.

La jarra clama por llevar agua

y una persona, por trabajo de verdad.

MARGE PIERCY, 1973

UN LUGAR DE TRABAJO LLAMADO «CASA». VECINOS, TURISTAS Y TRABAJADORES

> [...] la opresión, a partir de un cierto grado de intensidad, genera no una tendencia a la rebelión, sino una tendencia casi irresistible a la más completa sumisión.
>
> SIMONE WEIL, 1951

Paso mucho tiempo en andenes y trenes. En parte lo describí en Frágiles y metafóricamente en Despacio, y creo que es la primera cosa que suelo compartir con las personas con quienes hablo, como quien se siente obligada a contextualizar su imagen de persona desubicada, a pedir algo de margen por la desorientación entre desplazamientos. Mi complejidad tiene que ver con el trabajo y los compromisos laborales que acepto en otras ciudades, pero también con los trabajos y las vidas de mi familia. Mi pareja trabaja en otra ciudad y mis padres viven en el pueblo. En ambos casos, los cientos de kilómetros que nos separan aumentan conforme cumplo años y los trenes y los servicios públicos de transporte me recuerdan que algunos están en riesgo, que este mundo está pensado para quien tiene autonomía y coche propio.

Podría idealizar la belleza de los viajes, y seguramente en algún pasado he llegado a hacerlo. Entonces no sentía que llevaba el cuerpo conmigo; simplemente viajaba sin espalda, sin oídos y sin estómago, miraba y leía entre aquí y allí. Ahora que viajar se ha convertido en una dificultad para vivir, procuro no ofuscarme e intento sacar partido a este «vivir» en distintos lugares. Sacar partido es para mí actuar como una etnógrafa, evitar los ojos de la costumbre y aprovechar este «volver» para ver los lugares bajo otra mirada. Es de esta manera que puedo observar y pensar mejor la realidad desde la transformación en las formas de vivir y trabajar. Diría incluso que así puedo prestar atención a aquellos para los que un problema laboral no es solo el desplazamiento constante para trabajar, sino la mera imaginación de una vida y un trabajo ubicados en una ciudad, es decir, integrados en una comunidad con un entorno cultural y compartido que los estimule. En gran medida, esto nos iguala en una cotidianidad en los andenes donde muchos toman el tren cada día para ir desde las afueras hasta los centros donde trabajan, aunque la mayoría creen que lo mejor para sus aceleradas vidas es viajar en coche.

La cuestión tiene la coherencia maligna de quien contamina y pierde tiempo para ir a trabajar porque no puede hacerlo en casa o porque no puede tener casa en la ciudad. ¿Se ha fijado que en los centros de las ciudades ya apenas quedan nativos? ¿A cuántos conoce que puedan trabajar en el centro y tener vivienda alquilada o propia en ellos?

En las ciudades y los pueblos donde he vivido me gusta detenerme en la gente que habita los barrios. Se conocen entre ellos y estudian o trabajan allí sin precisar un coche. Mi recuerdo más cercano es de unos niños tan nativos como yo lo he sido en mi pueblo. Estaban en el centro de Cádiz, y cuando los observaba, espiaban a un insecto en el zócalo del edificio donde vivían. Jugaban a perseguirlo quitando trozos de revoco a los grandes desconchones de la fachada por los que el insecto huía. La calle de la ciudad parecía en ese momento la calle de un pueblo, y eso me gustó. El edificio mostraba la decadencia de lo viejo y el interés de lo antiguo manteniendo a la vez una frágil compostura. Como en otros muchos del centro, los desconchones nacían de grietas y los balcones eran usados como trastero.

Fácilmente llegaba a imaginar las razones de su abandono y la presión de los dueños para vender. También, que esos niños que jugaban con un insecto perfectamente podían estar jugando al lobo y llamarlo «fondo buitre» o, de manera singular, «asustaviejas», porque esa especie predomina en estas ciudades y amenaza con aniquilar a los nativos que resisten y reivindican vivir en sus barrios, donde la mayoría también trabajan.

En las tres plantas habitables de la casa donde jugaban los niños, la primera está ocupada por una familia de tres generaciones donde conviven una madre y su madre, abuela de los niños que jugaban en la puerta. También vive un perro que habita gran parte del tiempo en el balcón lleno de trastos. El piso de en medio está abandonado y semicubierto de arena y polvo. Y en la planta de arriba, una familia; por las ventanas he llegado a ver a una mujer de mediana edad, e intuyo que también viven allí sus padres ancianos. No creo haberlos encontrado nunca por la calle y pienso si no tiene que ver con el temor de los más mayores a usar las escaleras en pisos sin ascensor. Entremedias, en la planta abandonada, decenas de palomas viven en la fachada como si su vulnerabilidad de pájaro fuera la única disponible para proteger la vulnerabilidad de las vidas en este barrio.

Cuando miro esta calle, tengo la sensación de estar asistiendo a los últimos días de algo inefable. Algo que está y que importa pero que desde dentro pasa desapercibido. Vistos con la extrañeza del forastero, llama la atención que estos vecinos hablen con otros por la calle, que

se lancen las llaves desde sus balcones, que la panadera les llame cariñosamente por sus nombres y el tendero les fíe. Veo cómo tienden su colada en la ventana haciendo de cortina. Suplen carecer de secadora con la necesidad de un telón estable, aquí temporal, hecho de la ropa íntima que curiosamente separa nuestra intimidad. Son habitantes, pero también supervivientes, porque nadie arregla sus casas y todo les anima a que se vayan. Las empresas que terminan por comprar los edificios ruinosos confían en poder rentabilizarlos con pisos nuevos, pequeños y de mala calidad, que den cobijo a turistas de dos o tres días a los que nada importa esta calle ni esta ciudad.

Las calles que reunían las historias y la cultura pasada, las calles peatonalizadas, preparadas para las vidas sin coches, más tranquilas y limpias, accesibles al mercado y a las plazas para tomar el fresco, corren el riesgo de convertirse en decorado para turistas. Cualquier trabajador que quiera alquilar o comprar una casa para vivir aquí lo tiene difícil. Imposible dicen tenerlo quienes lindan los treinta o cuarenta años y cada día se desplazan en coche o en tren desde pueblos cercanos para trabajar en el centro. Nadie quiere alquilarles por largas temporadas teniendo la opción de ganar más y pagar menos alquilando las viviendas como pisos turísticos. Y me pregunto: ¿de qué hablamos, cuando hablamos de futuro, si las personas no pueden aspirar a cobijarse en una madriguera a la que llamar «propia», alquilando o comprando para habitar la ciudad donde trabajan o donde quieren vivir?

Las consecuencias de este problema no están limitadas al capítulo «Vivienda» de un formulario, una concejalía o un ministerio. Las consecuencias hablan de cómo construimos vínculos con las personas en nuestras vidas y en nuestros trabajos. Es una de las razones por las que me interesan los nativos, porque hablan de las relaciones que las personas forjan con una comunidad y con un lugar con historia. Un lugar que contiene recuerdos y permite construir identidad.

En los centros de las ciudades y en los pueblos, los nativos viven y trabajan con la familiaridad de conocer el medio y a los que allí viven. Suelen hacerlo de manera más sostenible que quienes viajan de forma intensiva y consumista en esa cara B del trabajo, a diferencia del «turista» que busca experiencia acumulada y concentrada de su tiempo de no-trabajo sin crear vínculos con esos lugares que visita.

Los nativos son (pero no solo) esas personas que salen a la calle en zapatillas de andar por casa o pasan un rato asomados a su puerta en bata o en pijama, regalan un «buenos días» a todos los que transitan por allí, salvo a alguna enemistad manifiesta; barren el fragmento de

calle que es «su puerta» y que es de todos, porque para los nativos lo común es también propio y se le debe cuidado.

Algo parecido sucede en Zuheros. Allí cada vez contamos con menos niños. No recuerdo si el año pasado nació alguno, pero sí murieron varios ancianos. Es el desajuste que marca el envejecimiento de muchos pueblos. Ese desarreglo que desequilibra el censo de la vida a favor de la muerte y que pone en riesgo a una comunidad. Diría que en mi caso esta merma del pueblo tiene un sonido singular. Se activa cuando bajo desde la parada del autobús hasta mi casa, más exactamente con la expectativa de que los niños estén escondidos en algún callejón para romper el leve pálpito de las calles en las noches de invierno. Es como si quienes hemos corrido y gritado por esas calles sintiéramos que nuestras voces se han quedado ocultas entre los estratos de cal de las casas y son capaces ahora de salir al paso del silencio para activar una esperanza. Sin embargo, lo que veo en ese trayecto son demasiadas casas vacías de humanos y llenas de recuerdos, casas que tientan a quienes buscan alojamiento para pasar alguna temporada en el pueblo y, en casos luminosos, a quienes apuestan por construir una vida y un trabajo allí. Y siempre me pregunto: ¿no podría ampliarse el verano explosivo de pandillas e hijos de los que se fueron y vuelven? ¿No podrían darse condiciones reales para que las personas puedan vivir y trabajar o teletrabajar verdaderamente allí?

Pero me preocupa que ni en los pueblos pequeños ni en los centros de las grandes ciudades sea ya habitual encontrar niños nativos. ¿Será que las periferias de las grandes ciudades los acogen como espacios poco proclives a la cultura comunitaria, es decir, como hábitats idóneos para forjar sujetos más individualistas?

La razón de esta huida de los nativos trabajadores en las grandes ciudades se percibe clara. El precio del alquiler y el de la vivienda parecieran estar anticipadamente prohibidos para los trabajadores, y ni que decir si hablamos de jóvenes. La tendencia a convertir las viviendas de los centros en un negocio para alojar turistas y empujar a los vecinos a marcharse y a no germinar en las ciudades es un asunto punzante para quien quiere trabajar y vivir allí. Hacerlo creando vínculos con una comunidad; precisando un suelo sobre el que construir su vida, no mojarse, espacio para dormir y comer, para jugar con sus hijos y no morir de frío o de calor extremo. Solo se requiere una mínima noción de matemáticas para hacer conversar los sueldos medios con los precios de alquileres o de hipotecas. Sencillamente, no encajan, no es posible.

Y ocurre, sin apenas darnos cuenta, que cuando muchos logran más de una vivienda, fácilmente entran en el engranaje de buscar rentabilizar sus inversiones, cediendo sus pisos a las empresas que los gestionan como apartamentos turísticos, sin plantearse siquiera alquilarlo a quienes quisieran convertir ese lugar en su casa. Es fácil pasar por alto cómo esta inercia va dañando la posibilidad de pensar un barrio o una ciudad como una comunidad y no como un negocio. Porque seguramente piensan que hacen lo que dicta el sentido común, lo que dicta la mayoría: que si pueden ganar más con más garantías para su vivienda, ¿por qué no hacerlo?, ¿qué importa que las ganancias no repercutan en su comunidad ni en su país y fluyan por paraísos fiscales o sucedáneos? Es la banalidad del efecto del capital, que relativiza la responsabilidad propia y da por perdidas otras opciones.

Usted no vive en el centro. Como la mayoría de trabajadores, ha sido desplazada a los barrios de la periferia, construidos como conjuntos de viviendas para dormir y para sobrevivir, a precios económicos y, en el mejor de los casos, con alguna plaza que se achicharra en verano y se hiela en invierno; sin lugares de encuentro con árboles y sombra para que los niños jueguen solos y tranquilos o persigan insectos; sin espacios que permitan vincularnos a una comunidad de vecinos que conocer y nos conozcan. Porque la vida no es solo trabajo, y ese escenario dibujable para una casa pareciera solo vivible si se enciende un metaverso de virtualidad, de luces artificiales que fingen ser el sol, de imágenes proyectadas que fingen ser árboles y de contactos en redes que fingen ser vecinos.

Era cuestión de tiempo que el capital controlara los lugares donde vivimos. Como lava de un volcán activo, sepulta todo cuanto toca y maltrata a quien no tiene recursos, alentando su individualismo para que, cuando los logre (si los logra), repita la acción que le ha dañado durante tanto tiempo.

Es la venganza del damnificado. Ante el sufrimiento por la imposibilidad de alquilar o comprar se anima al «cuando tenga casa, también yo le sacaré partido». Y de la misma manera que en el trabajo los jóvenes sufren la precariedad y el abuso de trabajos hipercompetitivos poco pagados, no pagados o pagados con capital simbólico, para luego repetir esa exigencia en quienes ellos evalúan, también la vida capitalista se vale de ese dolor para contar con que nos vengaremos de lo que hemos sufrido, pensando solo en nosotros mismos cuando tengamos oportunidad de contratar o de ofrecer vivienda a otros.

Las relaciones que favorece esta dinámica no nos convierten en

vecinos que establecen lazos con los lugares y sus culturas. La identidad que aquí predomina es la de propietarios y clientes que cambian de rol y se sacuden de un vínculo afectivo y moral con los otros.

¿No cree que la exclusión de las clases trabajadoras de los centros de las ciudades es una forma de desposesión que beneficia siempre a los mismos, quiero decir, a los intereses capitalistas? Considerar que la vivienda es prioritariamente inversión y no espacio de construcción de vida y lazo comunitario deriva en la desarticulación social, pero también en la conversión de nuestro patrimonio en parque temático donde comer perritos calientes y pagar por mirar los restos rehabilitados del exterminio vecinal.

Lo hemos visto con otros derechos como el transporte y la sanidad públicos. Observe cómo un incipiente deterioro de estos transportes anima a las personas a adquirir un coche propio para tener más control sobre sus tiempos, de manera que progresivamente se usan menos y empiezan a recortarse servicios pretextando que son pocas las personas que los necesitan. Cuando te das cuenta, esos servicios se han reducido al mínimo o han desaparecido, aislando a los más vulnerables que sí los necesitan como única opción para desplazarse.

Es evidente el paralelismo con la sanidad cuando los servicios saturados alientan a la ciudadanía a lograr el equivalente a ese «coche propio», es decir, el seguro privado, para sus problemas de salud cotidianos. Algunos políticos usan la marcha de muchos a la sanidad privada como excusa para restar recursos a la sanidad pública. En la privada, la ciudadanía aguanta hasta que se ve expulsada porque sus enfermedades resultan muy caras y las cuotas suben hasta hacerse insostenibles. Entonces solo se quedan los ricos que pueden pagarlas. Cuando esos otros ciudadanos vuelvan a la pública, puede que estos servicios sean mínimos, más precarios o ni siquiera existan. Es una hipótesis de futuro avalada por lo que vemos en el presente de la sanidad pública de países como Estados Unidos y en otros que no los cuidan, bajo la presión privatizadora que pareciera un mecanismo nihilista para una suerte de evolución rápida que «ayude a caer a pobres y enfermos».

No es cosa pequeña el cuidado de los espacios comunitarios, del derecho a la vivienda, a eso que llamamos «casa» y que no solo nos acoge como una cabina para el sueño y el descanso del trabajo, sino que permite la intimidad y la construcción de vínculos colectivos y culturales.

¿POR QUÉ RIVALIZAMOS ENTRE IGUALES?

LO QUE QUEREMOS «NOS AMA Y NOS ODIA»

Sí, la quiero, pero estábamos unidas aquí abajo. Cuando comenzó a salir y yo me vi en el mismo lugar, comencé a odiarla.

LAURA BEY, 2022

He decidido no autocensurarme en este informe inefable. No me refiero a que considere digno de ser compartido todo aquello que piense. Ninguno de mis libros, y este tampoco, lo he escrito con facilidad, y la papelera siempre ha sabido acoger miles de palabras descartadas, decenas de páginas y borradores que no valían nada o que nada decían.

En la escritura descubro el placer sufriente de quien reconoce la dificilísima tarea de escribir con sentido y de quien dice admirar a las personas capaces de escribir sin esfuerzo, pero solo irónicamente, pues no concibo una tarea más exigente y más expuesta, más necesitada de tachaduras y cortes.

Mi decisión de no autocensurarme tiene que ver con experiencias propias que parecen alejarse del asunto que nos une en este informe, recuerdos que derivan de aspectos más íntimos y a veces incómodos, pero que me ayudan a pensar las incoherencias y razones del cómo vivimos y cómo trabajamos. No es algo novedoso en mi escritura, pues en los últimos veinte años mi familia ha entrado y salido en mis libros, ilustrando con ello una parcialidad situada o ayudando a ejemplificar una argumentación desde la experiencia vivida. Sin embargo, he tardado en descubrir que las historias de mi hermana y mi pareja despertaban curiosidad o interés entre las personas que me leen, y se han convertido en lo que recuerdan del libro.

No me ha sorprendido el interés sincero por lo biográfico, porque a mí me ocurre lo mismo cuando leo a otros: que esas notas animan a tirar del hilo de verdad del que brotan y que los buscadores se preguntan: ¿quiénes son esas personas?, ¿quién es esa hermana?, ¿quién es esa pareja? Entiendo esta curiosidad, pues de la verdad suele germinar el sentido.

Creo que, así como en la intimidad frente a la pantalla preguntamos a

una casilla vacía por la vida privada que sostiene a quien escribe y que nos ayuda a conocer mejor y quizá a entender mejor a esa persona, no voy a camuflarla aquí, pues también yo necesito todos los resortes y pistas posibles para comprender mejor este «¿cómo trabajamos y vivimos?» o «¿por qué sufrimos?».

Subir algo más la persiana para dejar ver un poco de nuestra vida íntima me recuerda la manera en que algunos adolescentes proyectan un perfil público y uno privado en sus redes para diferenciar lo que verá todo el mundo de lo que se compartirá solo con un grupo restringido. Ocurre en muchos casos que al poco tiempo ambos perfiles terminan conteniendo exactamente lo mismo, de manera que, bajo el vanidoso motor que les mueve a exhibirse en uno y otro perfil, se repiten las fotos donde salen más favorecidos. El ejercicio que propongo diluye también ese límite entre lo público y lo privado, pero justamente por una razón inversa: compartir no ya las mejores fotos, sino las que nos hacen sentir más vulnerables y nos incomodan o duelen porque en ellas hay conflicto vital.

En mi caso, cuando pienso en los vínculos entre trabajadores, que son vínculos entre iguales, suelo recordar cómo dos iguales como mi hermana y yo construimos los nuestros. Lo pienso desde la presión competitiva que predomina en el actual contexto laboral, donde la economía capitalista no hace (y sabe que no necesita) un mínimo esfuerzo en alentar una comunidad de cooperación; una comunidad que pueda favorecer pensamiento y cohesión para reivindicar mejoras y derechos. Al contrario, si el propósito es la ganancia y el éxito, cuanta más rivalidad y más «uno mismo», mejor. Así, la enérgica defensa del individualismo competitivo es vitoreada con ejemplos de autosuperación tan extraordinarios que solo frustran, y los lazos acaban bombardeados con trabajos que más parecen una secuencia de concursos concatenados que simples empleos.

Al pensar en cómo mi hermana y yo hilamos vínculos cambiantes a lo largo de nuestra vida siento que debo remitirme al inicio, cuando la mayor parte de nuestro tiempo infantil lo pasamos siempre a menos de un metro de distancia. Su cama y la mía estaban en la misma habitación, las dos viajábamos en el asiento de atrás del coche, íbamos juntas al colegio y al instituto, comíamos enfrente de la otra, veíamos la tele una al lado de la otra, durante mucho tiempo vestíamos igual, durante otro tiempo yo la copiaba, y también la seguía para estar cerca de ella y de sus amigos mayores. Mi hermana tenía veintidós meses más de vida que yo y por mucho tiempo esos meses parecían contener la experiencia y el conocimiento que separan la niña de la adolescente, el miedo de la autonomía.

En los años ochenta habría sido imposible distinguirla del resto en una ciudad repleta de niños, pero en los pueblos es más fácil visibilizar tus pliegues. A poco que tengas iniciativa, elijas tu ropa libremente resistiendo los embates de tus padres, te cortes radicalmente el pelo o contestes a un adulto mostrando desacuerdo, dirán de ti que eres conflictiva. Y fue exactamente en este uso libre de las palabras que yo comencé a admirar a mi hermana. Allí donde el mero intento de emitir sonidos a mí me hacía enrojecer hasta el colapso y la vergüenza ajena, ella se pronunciaba. Pero no crea que solo lo hacía generando tensión, también solía mostrar su disposición a ayudar o a expresarse con libertad verdadera.

Así ocurrió cuando una de mis tías necesitaba un trasplante de riñón y la familia conversaba nerviosa sobre la dureza de la diálisis, hasta que mi hermana, que entonces no llegaba ni a los quince años, interrumpió y dijo: «Si podemos vivir con uno, yo puedo donárselo». O en una situación muy distinta, cenando con mis padres, cuando el telediario informó de la problemática de una familia gitana y mi padre, aficionado a dejar claro su punto de vista, aprovechó para sentenciarlos con dureza; poco tardó mi hermana en preguntar por qué les criticaba y en reclamar que era injusto. Puede que aquella fuera la primera vez que una mujer de la familia cuestionaba a mi padre, cuya respuesta fue clara y ruidosa rompiendo el cristal de la mesa camilla de un puñetazo. Esta escena no amedrentó a mi hermana, que siguió replicando, mientras yo más y más la admiraba. Su libertad construida con palabras allí donde se espera de una niña que calle la convertirán para mí en una heroína, casi en una extraterrestre.

En la intimidad, sin embargo, mi hermana se mostraba insegura y titubeante, como yo, y ambas soñábamos con la libertad de poder salir un día de la casa familiar y decidir si volver o no. No obstante, aunque mi hermana era un modelo para mí, no tardé en descubrir que las niñas y las mujeres calladas eran mejor vistas por el contexto, la familia, el colegio y la sociedad de entonces. La docilidad y la amabilidad presupuestas chocaban con el inconformismo y la rebeldía de quien verbalizaba su opinión y, a menudo, su desacuerdo. Yo entonces ya tenía fama de introvertida, y tanto mi obediencia como mi silencio me hacían casi invisible. A mi hermana le bastaron algunos y recordados gestos como los que le he compartido para que la prejuzgaran como combativa y con «mal genio». Con todo, allí donde coincidíamos nadie miraba, pues esas diferencias polarizadas siempre se ponían sobre la mesa como descriptores primeros y suficientes que funcionaban como veredictos, señalando y favoreciendo una expectativa y siempre una comparación.

La admiración que yo sentía por mi hermana cambió cuando ella empezó a focalizar su crítica en una desigualdad evidente: que a ella siempre la regañaban y a mí ni siquiera me mencionaban; como si con ella siempre esperaran su resistencia para recibir los golpes, mientras conmigo tuvieran miedo a que esa timidez patológica me hiciera enrojecer y estallar recalentada como un globo demasiado hinchado.

Buscando equilibrar el peso de los intentos familiares por domarla, más de una vez me culpó a mí de platos que había roto ella o alguna amiga con la que jugaba en casa. No sé si la creían, pero ella intentaba repartir la presión de las riñas, que iban subiendo de tono conforme crecíamos. Viendo el trato desigual, yo también me habría odiado en su lugar. Sin embargo, ahora pienso que en esas escenas repetidas debiera haberle reclamado: «Eh, tú, te estás equivocando, ¡si yo estaba de tu parte!». Pero entonces yo era una pusilánime incapaz de resistir lo que aguantaba mi hermana y ni lo intentaba. Cuando mis padres la zarandeaban, de nada servía que la que llorara fuera yo y no ella, que se mantenía digna y orgullosa. «No le peguéis», fueron quizá las primeras palabras en tono elevado que pronuncié en mi casa.

Creo ahora que la solidaridad y el dolor compartido ayudaron a que mi hermana confiara algo más en mí y me considerara aliada, pero la contradictoria sensación de quererme y odiarme al mismo tiempo (me pregunto si también yo hacía lo mismo) es algo que se respiraba en muchos momentos de adolescentes. Y esa forma de construirnos comparativamente se extendió a cualquier otra faceta donde los adultos nos trataban como rivales y ponían nuestros logros siempre en relación de una con la otra.

Las paredes estaban entonces revocadas de miedo y acero y, para los jóvenes, al otro lado de los ladrillos todo era reja en la casa, todo era reja en el pueblo. Por alguna razón arbitraria en el juego de las suertes, a los dieciocho años logré las llaves para salir de casa, pero mi hermana continuó allí, cansada de todo lo ya batallado. Fuera estaban la universidad y la ciudad liberada de la familia. Y con ambas me llegaron como un estallido las palabras; las palabras sin testigos incómodos o castrantes salieron libres como pequeños tesoros inútiles guardados desde niña: opiniones, quejas, reivindicaciones, ideas, impertinencias, gritos y susurros; las palabras explotaron en el patio de la facultad, el piso de estudiantes, las calles y el autobús al pueblo. Y pasó que cuando regresaba a casa, mi hermana se estaba volviendo más callada mientras yo hablaba y hablaba. Sin embargo, el escenario de una casa como cárcel ya era para mí otro, pues cuando la tensión de mis palabras quebraba el orden del hogar, yo podía marcharme.

Esto sucedió cuando no éramos autónomas, cuando aún dependíamos de los padres y la vida era una lucha por lograr una emancipación para la que no teníamos apenas referentes, pero sí mucha motivación. Hubo considerables vaivenes en aquel tiempo, incontables intentos, pequeños logros e incalculables viajes en autobús a los que también se sumó mi hermana. Salimos y entramos, hasta que ella se quedó dentro del pueblo y yo fuera, pero volviendo, en esa forma de estar y no estar al mismo tiempo que intenté describir en mi libro Lo mejor (no) es que te vayas.

La autonomía igual se acercaba que huía, hasta que en algún momento se estabilizó y por fin pudimos ajustar el vínculo de amistad que se genera entre hermanos que además se quieren. Es fácil de identificar porque esa rivalidad desaparece y por fin compartes una alegría sincera por lo bueno que al otro le sucede o sufres cuando padece.

La rivalidad que se alimenta entre hermanos y que fácilmente se advierte en las personas cuando no son y no se sienten autónomas es un resorte que te condiciona y orienta. Bajo la presión competitiva que la época promueve y la sumisión recompensada en mujeres y niñas, en estos años he llegado a preguntarme cómo podía yo haber dañado a mi hermana, o este mundo dañarla conmigo. Llegué a imaginarme viviendo junto a personas más dóciles, más obedientes, a las que quienes tienen poder sobre ti (padres cuando eres niño, jefes cuando eres trabajador) ponen como ejemplo o sobreprotegen como modelo de lo que los demás deben ser y te penalizan si no encajas. Alentar como elección un patrón que busca imponerse es dañino. De un lado, se refuerzan el desencaje del crítico y el servilismo de quien se usa como ejemplo, habitualmente acallado; de otro, se rompe el lazo entre compañeros o hermanos. Lo comprendí con el tiempo y con las palabras.

Porque qué distinto es el lazo de hermandad, igualdad o sororidad que se forja cuando esa rivalidad desaparece o se racionaliza. Y este es el corazón al que quería llegar, porque necesitaba situar ejemplos en los que haya sido posible transformar esa tensión. Porque necesitaba darle la vuelta a esa tirantez dañina y sacar a la luz el amor que construye el apoyo vital de dos hermanas que rivalizaron. Esa incondicionalidad de quien nos ha visto en nuestros peores momentos, de quien hemos visto en sus peores momentos, forja un vínculo afectivo dolorosamente sincero y despojado de complacencia. Es en este punto que me pregunto si cuando ni usted ni yo somos capaces de decirnos «para», ¿no cree que necesitaríamos que una hermana o un amigo nos lo dijera? Que estén dispuestos a mirar por nosotros y nosotros por ellos para cuidarnos, decirnos «no aceptes», «frena», decirnos sin ambages

lo que nos está dañando.

Perder o alejarnos de personas que nos han cuidado y a las que queremos cuidar nos ha dejado a muchos desorientados. También en nuestros trabajos, cuando la competición se empeña en convertir en rivales a los compañeros, o cuando llegamos a ese umbral donde el trapecista se da cuenta de que no puede y debe dejarse caer sobre la red o usar la cuerda de emergencia.

Más allá de las pérdidas que en nuestras historias personales materializan un vínculo quebrado, la sociedad se ha transformado con dureza en estas últimas décadas en cuanto a lo afectivo. Se han roto o se están rompiendo los lazos con quienes trabajamos al tiempo que los anclajes con la comunidad (pueblos, barrios…) que durante siglos educaba a las personas para el cuidado colectivo y, como contrapartida asimétrica, para que de manera expresa las mujeres cuidaran a los hijos, los maridos y los padres.

Hay quien, desde su privilegio de esperar que le cuiden los otros sin mover un dedo, culpa al feminismo de estos cambios sin darse por aludido en el necesario reparto social y el ejercicio de corresponsabilidad de los cuidados. Hasta que esta corresponsabilidad no sea solidariamente entendida y practicada por los hombres, la tensión remará a favor del capitalismo de la rivalidad y la enemistad entre iguales, cada vez más heridos, cada vez más solos. Porque nos cuesta reconocer que justamente en el feminismo y en la sororidad como base brilla un ejemplo de posibilidad y futuro, el que reivindica un suelo de igualdad y una sociedad hilada con vínculos de cuidado mutuo.

LA SOLEDAD Y LA AYUDA DE OTRO. ¿QUIÉN ES USTED?

No quería molestarla. No quería molestarte. Pensé que ya tenía, que ya tenías bastante con poner orden en la inundación de mensajes que recibe, que recibes. Es que usted, es que tú, es que yo... La veo, te veo tan estresada que ¿cómo podemos ayudarnos?

LAURA BEY, 2022

Finjo una cortesía que calma mi nerviosismo. Cuando usted me escribe, me agito y abro y cierro los documentos, me levanto y camino por el pasillo de arriba abajo y de abajo arriba. Redacto un borrador tras otro. Intento que reflexionemos juntas y que la razón nos haga llegar a lo absurdo de la mayoría de trámites a los que dedicamos nuestro tiempo: que la firma está, pero no está visible en la casilla correspondiente; que el anexo no hay que mandarlo adjunto, sino que hay que cumplimentarlo online y enviar una copia después; que el presupuesto que me dio ayer para alojar a una becaria ha caducado porque en Madrid los precios por habitación de hotel están ya muy por encima del máximo disponible que la ley señala; que pida permiso para una excepción si acaso la normativa que regula la financiación de esta actividad lo permite; que lea esa normativa; que si no es posible la excepción, pida a la becaria que adelante el dinero, o que lo adelante yo... Antes de sucumbir al llanto, la llamo por teléfono y la cosa cambia. Confieso que su malestar me conmueve. A las dos nos duele todo esto. Navegamos entre emociones, cada cual tiene las suyas y ahí es difícil disentir, solo podemos respetarnos. Pero fíjese, fíjate, cómo aquí coincidimos. Nos sentimos mal.

Hace muchas páginas que en mis mensajes mentalmente te tuteo, pero como sé tan poco de tu vida, sigues siendo usted porque en el fondo eso aquí no importa tanto como que tú y yo, usted y yo en la mayor parte de esta escritura representamos a otros, somos palabras de otros.

Si el trabajo nos aliena y nos sentimos solas, ¿no deberíamos advertir que decimos «nos» y no «me»? Si la soledad a la que nos referimos es compartida por usted, por mí y por otras personas, no estamos solos en esto. Dediqué varias cartas de mi ensayo Frágiles a identificar un usted que eran muchas personas que hablaban a solas y que no se veían entre ellas,

un usted que realmente escondía un nosotros. En cierta forma sigo haciéndolo en este informe. Si bien, en este caso, nuestro primer encuentro contuvo la tensión autoritaria de quien desde la potestad administrativa reclama una obligación y quien la desobedece. Partíamos por tanto de un conflicto y de un prejuicio: que la otra era culpable del mal propio, que yo le genero más trabajo a usted y que usted me lo genera a mí.

Qué eficacia más terrible la de un sistema que se reproduce logrando entretener al penúltimo y al último ofuscándoles con papeleo, porque mientras se distraen en burocracias y se culpan entre ellos, no se ven como iguales y no reclaman que este sistema cambie.

Es la electricidad manifiesta entre trabajadores cuando nos cegamos en la distancia corta, frenando la rebeldía de un «no» con un «aquí sí, son las normas»; entorpeciéndonos un hacer distinto, primando un hacer dócil para que la maquinaria siga rodando. Es una canción familiar. El patriarcado lleva usándola durante siglos esperando de nosotras la vigilancia de una tradición que nos neutralizaba entre las propias mujeres, pero ya sabemos que ese juego está trucado. Por eso le pido que nos unamos en esto, que me cuente, que me cuentes, para que no nos sintamos solas en esto.

En cierta forma volvería a ser niña y me dejaría columpiar por usted. Después regresaría, pero seguiría jugando, en este caso a distanciarme y entretenerme para aliviar la tensión laboral. Me gustaría llegar a conocerla con ojos renovados y antes de que habitara en esa oficina. Y de vuelta al ahora, buscaría tiempo para observarla y verla salir de su vestimenta de correo formal pidiéndome datos e informes. Invocaría para ello mis ojos de antes y la vería salir del edificio y dirigirse al metro. Subir la calle Santa Leonor hasta Ciudad Lineal y tomar la misma línea que tomo yo para hacer transbordo en Alonso Martínez hasta dirigirnos a destinos distintos. Ahí la pierdo, poco más sé de usted.

Hubo un tiempo en que sí conocía mejor a las personas con las que trabajaba. Desde que salí de Zuheros, he mantenido una relación especial, diría que afectiva, con las secretarias y el personal de gestión que he ido encontrando. En mis primeros años en la universidad pasaba mucho tiempo entre bedeles y gestoras administrativas. Visto con la perspectiva de los años, entiendo que era la otra cara de la queja política y de la vida comunitaria. Entonces dediqué horas y días a asambleas, reuniones y reivindicaciones de estudiantes que me permitieron conocer más de cerca el universo burocrático y la labor administrativa que requiere la universidad. El mundo tras la pequeña ventanilla de atención pública se me hacía inhóspito al principio. Pero

se me fue revelando como una familia o una calle del pueblo donde todos se conocían y sabían de las enfermedades y los problemas del otro más allá del trabajo, donde algunos bedeles combinaban su empleo con grupos de música o con férreas vocaciones como escritor y donde la mayoría de trabajadores de la administración formaban parte de un sindicato.

Sin embargo, tengo la sensación de que un giro silencioso ha ido cambiando los trabajos de gestión en contextos universitarios, culturales y de investigación, y, en general, en la administración pública. En paralelo a la precarización de los profesores e investigadores contratados, los gestores también han ido pasando (más espoleados por las crisis) a una mayor interinidad desde la externalización de servicios mediante subcontratas que ofrecían, al más puro estilo neoliberal, trabajadores a la carta para unos días o unos meses. Como si la mejor manera de afrontar la burocracia fuera derivarla a empresas externas que cobran por mediar, y pasarlas a otras subempresas, cediendo la gestión al más insensible libre mercado que pone y quita trabajadores precarios (sobre todo, administrativos, empleados de seguridad, limpiadoras y personal de atención al ciudadano) con la frialdad con la que se enciende y apaga un holograma.

Así, en los últimos años, hay una palabra que dificulta enormemente los vínculos entre trabajadores. Me refiero a subcontratas. En ellas, quienes se dedican a gestionar apenas pueden aprender la mecánica y realizar algunos cometidos antes de que termine su contrato. Ampliando las capas de mediación, la piel se hace más gruesa e indolora, los testigos del hacer vacío se marchan, la rentabilidad se antepone a la ética que le debemos a todo trabajo. Y, como efecto, es improbable que en este contexto ningún contratado se detenga a cuestionar lo que hace, porque ¿para qué implicarse si pronto será sustituido?

En este proceso, ¿se ha fijado en cómo el muro de las tareas sin sentido esconde a los sujetos que se lucran de una productividad vacía como parte de aquello con lo que el capital especula? Porque si un sistema prima la justificación de un trabajo al trabajo en sí, precisará invertir en impostura. Y ya sabemos que la impostura activa la burocracia vacía, las respuestas a problemas artificiales encajados en protocolos. No obstante, como parte necesaria de este proceso, fíjese que siempre hay una figura bien definida, «la interlocutora», «usted», una mujer mediadora a quien se dirigen las quejas y las lamentaciones de la ciudadanía, una mujer contratada por unos meses y pagada con el sueldo mínimo, con todos los problemas que podríamos imaginar (pero nunca imaginamos lo suficiente). En usted se congrega esa joven sin vivienda propia que se abre paso en el mercado

laboral, o esa mujer mayor con personas a su cargo, obligada a trabajar en lo que hay y en lo que encuentra. Trabajos de gestión administrativa que amenazan ser sustituidos por máquinas cuando usted y otras trabajadoras como usted no cuesten lo que cuestan ahora, pues su sueldo es tan escaso que no renta reemplazarlas. Y sigue habiendo quien se pregunta por qué hablamos de trabajo y economía cuando hablamos de feminismo, y viceversa.

Le confieso que alguna vez he dudado si acaso era usted un robot que personaliza los mensajes, o una persona agrisada de las que alguna vez me he cruzado sin llegar a ver de cerca para poder recordar y tener en la distancia una leve semblanza suya. Usted. A veces fantaseo con quien se esconde detrás. Sé que es mujer porque la mayoría de gestoras administrativas siguen siéndolo y porque su nombre así lo indica. Es más, si preguntara por su nombre a una inteligencia artificial, como hacen algunos de los jóvenes investigadores con los que trabajo, ubicaría su nacimiento entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, cuando era muy habitual entre las mujeres.

Quizá seamos incluso de la misma generación, en cuyo caso compartiríamos imaginario televisivo, bollería infantil y grupos de música que nos harían tararear y sonreír ante determinadas canciones. Vidas en las periferias de la gran ciudad o en la periferia rural. Si es de mi generación, es probable que estudiara en colegios e institutos públicos, y tal vez comenzara alguna carrera universitaria de las que llamaban «de letras» y que en este informe decimos «de palabras». Puede que terminara o no sus estudios, pero es muy posible que tenga familia, quizá uno o dos hijos. Quizá viva con su pareja o esté divorciada. Probablemente las empresas de trabajo temporal fueran la oportunidad de volver al mercado laboral cuando apenas recibió ayuda en el tiempo en que sus hijos aún eran pequeños. Y ahora que son adolescentes o jóvenes, vuelve a trabajar. El mundo la anima a estos trabajos esenciales y precarizados, bajos sueldos y gran dedicación dando la cara por normativas y aplicaciones que usted se encontró y que nadie le ha explicado en su contexto. Su trabajo dicta realizar determinadas tareas y procurar no salirse de ellas, cumplir objetivos y ser productiva.

Tampoco nadie la previno de que nos íbamos a dirigir a usted como si cargara con toda la responsabilidad y, por tanto, que la haríamos parcialmente culpable de nuestro desafecto creciente con un trabajo burocratizado, así como las gestoras, teleoperadoras, administrativas, secretarias y asistentes de atención al cliente reciben la mayoría de quejas y desahogos de las contemporáneas vidas aceleradas. Usted es quien recibe los primeros golpes de tanta tristeza administrativa.

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan un

silencioso ajedrez.

El ceramista que premedita un color y una forma.

El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
[...]

El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.

El que agradece que en la tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan razón.

Estos individuos, que se ignoran, están salvando el mundo.

JORGE LUIS BORGES, 1981

La piel de mi espíritu ha frotado mil cosas que tienen sentido. Las hay en el amor a la vida, pero en el trabajo bien hecho también se traduce ese amor, y esto ni mucho menos se limita a las actividades abstractas, espirituales o idealizadas. Todo trabajo o tarea puede implicar en la forma y la voluntad con que se hace una motivación significativa y un cierto placer. Pienso en el poema «Los justos» de Borges y creo que en él ilustraba algunos ejemplos de los que nosotras y más gente podríamos vestirnos.

No se trata de la fluidez lógica con que decimos «un gato maúlla», «un relámpago brilla» o «una máquina ayuda», que nos llevaría a enlazar «un trabajador realiza su trabajo», sino más bien de pensar qué supone «hacer bien un trabajo». Porque si una persona, y otra también, y miles hacen bien su trabajo, ¿cabe esperar que con esos soles el mundo se salva? Disculpe la simplificación osada, la mera sugerencia

de que con esto basta, porque muchos afirmarían que hacer bien un trabajo puede entenderse como el cumplimiento obediente y acrítico de las instrucciones dadas, o la respuesta previsible a una expectativa educada. Sin embargo, si en ese «hacer bien un trabajo» hay libertad y autonomía, «hacer bien» podría considerarse un hacer propio, un hacer que adquiere sentido y que puede activar un bienestar personal y social.

En este último caso, ese «hacer bien» estaría relacionado con el «hacer con sentido» del que le vengo hablando en este informe. Un hacer por el que la filosofía ha transitado y se ha detenido desde que el trabajo se convirtió en objeto de preocupación y reflexión. Poetas y filósofos coinciden en cómo el «hacer con sentido» revela una profunda conexión entre la persona, la actividad que realiza y el mundo en que se encuentra. De forma que comprometerse con un trabajo implicaría relacionarse significativamente con él. Pienso en Camus y en tantos escritores y pensadores que ahondaron en el absurdo de la vida y en las formas de hallar sentido a un mundo en apariencia irracional, en cómo rebelarse frente a la falta de sentido requería encontrar significado a nuestras acciones cotidianas.

Pero le hablaba también de «salvar», de la posibilidad del trabajo para «librarnos de un riesgo» de desafección y vacío mediante el sentido que implica un hacer significativo. Es una palabra peculiar esta de salvación. En nuestra cultura ha tenido acento épico y religioso y, desde hace décadas, cinematográfico. Tantos salvadores ficticios escritos con letra mayúscula, con poderes y capacidad de resolver casi mecánicamente lo que amenaza al mundo, con frecuencia de manera explícita y material: un meteorito, una catástrofe natural, una epidemia, un misil... Lo que salva en las películas estadounidenses salva de la muerte inminente, de la catástrofe masiva y concreta. Rara vez esas ficciones apuntan a peligros que parecen pequeños como «la desafección» que supone dejar de desear, sentir que se fracasa, no amar más, ir rompiendo lazos con lo que hacemos. Desestimar la importancia de hacer bien eso que cada cual ronda y realiza, ya sea regar un jardín, sembrar, hacer una buena entrevista, escribir un libro, plantar patatas, diseñar una casa, reparar objetos, atender a personas que necesitan ayuda, curar, investigar... Cada actividad en su dimensión relativa para el mundo se hace grande en su buen ejercicio.

Le confieso que me gusta pensar que cuando alguien hace bien su trabajo, en cierta forma el mundo se salva. Más si cabe en los últimos tiempos, en los que ha reinado la presuposición de un hacer apático, un hacer disfrazado de apariencia y efectismo en redes sociales, que no esconde necesariamente ningún espesor ni sentido. Es por ello que

la anomalía de vernos ante un trabajo bien hecho ha podido resultar significativa e incluso emocionante para muchas personas.

Esto acontece, por ejemplo, cuando una periodista se documenta con rigor para desvelar las mentiras de un político en una época en que la sociedad está dejando de confiar en lo que escucha, y con ese «hacer bien su trabajo» causa efecto y ayuda a recuperar el valor de la verdad. O cuando un político responde a la ciudadanía como se espera de un trabajador con responsabilidad pública: con soluciones que mejoran las vidas de las personas. O cuando un cocinero hace un guiso saludable y exquisito. O cuando un grupo de investigadores avanza en tratamientos que ayudan a los enfermos. O cuando los actores se sumergen en la magia del escenario y nos hacen volar… Es realmente conmovedor descubrir este «hacer bien un trabajo» porque la acelerada y materialista vida contemporánea lo entorpece sobreponiendo la apariencia de un hacer y no el sentido. Y cuanto más efecto y alcance tiene ese «hacer bien», más poder de contagio, mayor ejemplo, más rebeldía ante el hartazgo.

Con todo, los trabajos con sentido precisan una serie de requisitos. En primer lugar, un hacer significativo y atento capaz de proyectar sobre lo hecho concentración e inteligencia. Un hacer que, por tanto, tiene valor para uno mismo y para otras personas y que está relacionado con una suerte de amor que en algo nos espolea y motiva, llamándonos a volver. Pero también un hacer que nos permita intervenir, innovar y pensar lo que se está haciendo. Un hacer siendo responsables de nuestras decisiones, no respondiendo mecánicamente y que, por ello, pueda animarnos a desobedecer cuando nos amenaza el desafecto que roba valor y sentido a esa práctica.

Para ser justos, no podemos obviar que en cada hacer con sentido los demás andan involucrados en lo que hacemos y nosotros en lo que hacen ellos, que estamos interconectados. Desde luego, sería bueno para todos favorecer que no solo uno mismo, sino también los demás, podamos hacer bien nuestro trabajo. Quiero decir, que nada seríamos sin la solidaridad que exige mirar más allá de nuestro desempeño, si no facilitáramos dinámicas buenas y significativas para la comunidad.

En este proceso siempre hay y habrá conflicto y contradicciones. Hay veces en las que cabe tolerarlos para poder profundizar y comprender, y otras en las que, cargados de dudas, tomamos decisiones y descubrimos que nos equivocamos y, con suerte, aprendemos.

Cuando para realizar este informe me he visto obligada a frenar en los trabajos sin sentido y a desobedecer, no lo he hecho para dificultar su

trabajo como mediadora, sino pensando en que estos ritmos y trámites no nos benefician a ninguna. Mantengo esta motivación porque desde que enterré mi tiempo perdido he logrado que el tiempo no me nazca muerto. Para ello he debido llenar mi correo de «noes» anteponiendo la concentración que este informe inefable me exige y las razones de esta rebeldía para recuperar el afecto y el sentido en mi trabajo. Porque no imagina la felicidad que esto me provoca, la sensación de que solo así puedo volver a agarrarme a la vida.

Sin embargo, soy consciente de que la tarea de pensar o resolver problemas colectivos, coyunturales o sistémicos, puede percibirse como una carga añadida. Lo sería si esto no fuera un trabajo integrado en lo que ya hacemos. Me refiero a lo que cabe esperar de quienes, desde el pensamiento, la investigación, el arte y la cultura, nos dedicamos a buscar palabras que ayuden a comprendernos o a movilizar nuestro espíritu. Porque ¿acaso no es parte de lo que esperamos del trabajo intelectual?

En este cometido resuena un clamor: que necesitamos otras condiciones de trabajo para otros tiempos, como limpieza de tareas sin sentido, recordar que las organizaciones del tiempo son convenidas o que es posible actualizar y reducir las jornadas laborales que ayuden a recuperar la vida. Porque el giro reaccionario en el planeta busca acallar nuestra denuncia y siempre responde que no se dan las condiciones, que nunca se darán. Mientras, quienes sufren la desafección con lo que hacen claman que «estas» son las condiciones que hay que cambiar.

Y aunque en la necesaria apropiación del tiempo muchas veces reivindicamos el poder y el sentido de la pausa, no se trata de resignarnos a salir un rato al balcón o despejarnos en vacaciones con el agua del mar. Se trata, más bien, de considerar que hemos llegado a un punto de no retorno, a un momento en que los tiempos de trabajo deben ser renegociados para que el planeta no sea solo un lugar de trabajo, sino un lugar de cuidados, de vida y, entre otros haceres, también de trabajo. A todas luces, esta apropiación del tiempo implica una distinta apropiación o vivencia del planeta, una forma diferente de vivir en él, la tentativa de salvar el mundo porque estamos salvando un concepto de vida y el cuidado de uno, que implica el cuidado de todos.

SENTIDO QUE REVERTIRÍA SENTENCIAS.

DIAGNÓSTICOS Y PALABRAS DESDE LA CIENCIA

El lenguaje no es la vida, el lenguaje da órdenes a la vida; la vida no habla, la vida escucha y espera.

GILLES DELEUZE y FÉLIX GUATTARI, 1985

Los informes tienen ejemplos. En los ejemplos, un niño se moja los pies, un tren circula entre dos puntos, una ciudad recibe X litros de lluvia, alguien muere o enferma. Este será nuestro ejemplo. Porque no hay situación más ilustrativa para lo que pueden las palabras que descubrir la que nombra una enfermedad que mata, que ha matado en tu familia.

¿En qué estaban pensando abuelos y tíos para no poner nombre? ¿Cómo enfrentar lo que se considera inevitable, sentencia natural, mala suerte de estar ahí en ese momento, algo que se hereda, hasta que llega el golpe que transforma una maldición en un diagnóstico?

En mi caso, el diagnóstico llegó limpio y en un sobre cerrado. Apareció como liviano papel arrancado de un diccionario médico, hermético y en apariencia sabio. Lo parece cuando se desconoce el código que se emplea, como si conocer el idioma compartido no fuera suficiente. Llegué a pensar que utilizar términos que desconocíamos era un mecanismo empático para que una primera lectura nos dejara con la duda del «nada he entendido, todo es aún posible». Porque un diagnóstico médico completo conlleva palabras incomprensibles que requieren varias lecturas e incluso traductores.

Cuando lo recibí, llegó a mis ojos y a los ojos de mi hermana. En los minutos previos a la apertura del documento adjunto podía serlo todo, pero en poco tiempo se hizo veredicto. Sentencia negra sobre fondo blanco. Tanta palabra para concluir «enferma» o «culpable», ¡vacíala de letras y haz un dibujo! Quizá un monigote sobre una cuerda en el balanceo que hace irreversible la caída.

Porque ¿qué es un diagnóstico?, quiero decir, ¿para quién se hace un

diagnóstico? ¿Acaso éramos mi hermana y yo solo portadoras del informe entre médicos? ¿Por qué esos documentos no nos explicaban lo que suponía ese diagnóstico como parte de una solución en camino, quiero decir, manteniendo activa una esperanza, con la sensibilidad que se espera de una comunicación humana? Porque sin duda alguna, si éramos portadoras, afectadas, enfermas, éramos también destinatarias de esas sentencias. Por eso cada informe llevaba nuestro nombre o un nombre propio que amábamos. Hijo 1 e hijo 2, ¡culpables también! ¿Para siempre? Para siempre.

Quien hablaba era el «ahora». En él se pronosticaba que una tara genética era para siempre, pero ¿y en unos años?, ¿debíamos entender que esa sentencia era inamovible o podíamos confiar en que las investigaciones avanzaran a lo largo de nuestras vidas para iluminar la esperanza, haciendo solo probable lo que ahora era veredicto? «Es altamente improbable», decían. Muchas investigaciones se necesitan para curar enfermedades que, siendo minoritarias, no son rentables para la industria farmacéutica.

Cabía esperar entonces que lo que habíamos visto en cada uno de los enfermos anteriores se repetiría en quienes, vivos aún, eran marcados con ese diagnóstico, a edades parecidas, con síntomas homólogos. Si ni siquiera habíamos tenido palabras. Y ahora que las teníamos, ponían nombre y el nombre se te metía dentro como una identidad que esas palabras, cual contraste lumínico, ayudaban a ver tu cuerpo ya irreversiblemente distinto.

Pero, agarradas a las palabras, una curación «imposible» podría suavizarse haciéndose «altamente improbable» y, con el tiempo, «algo probable». Ese cambio podría acontecer si esos investigadores no suficientemente valorados y entretenidos en sus concursos de promoción interna o en sus informes para justificar por tercera vez el ordenador 2 o el anexo 31, estuvieran más concentrados en alguna molécula de este u otro síndrome poco investigado. Quizá así todo encajaría de esa manera en la que el trabajo logra tener mayor valor y, por fin, sentido.

Para comenzar, teníamos ya algunas palabras, y con ellas podríamos apropiarnos de los conocimientos que se nos abrían como puertas. Palabras que destilan hilos que te atan, que penetran, que te enredan, que te nombran. Por fin sin la boca abierta como estúpidos balbuceando e intentando articular «algo sin nombre», solo los síntomas, las formas locales de referirse a «se encontró mal», «se puso muy malita y murió», «le falló el riñón», «estaba sordo», «también en diálisis». Pero ¿qué tiene?, ¿cómo se llama?, ¿cómo maldigo su

herencia y la mía?

Tal vez era por ese rechazo previsible que no quería darse a conocer y que, como esos seres que hay que extraer con pinzas de otros cuerpos, buscaba esconderse en los nuestros sin dar la cara. Pero no; se escondió porque en épocas de guerra las enfermedades no importan, porque en el pasado reciente del pueblo las enfermedades no siempre tenían nombre; porque si se presenta como irresoluble, no sueles plantearte qué importancia tiene poner palabra a lo que te aqueja. Hasta que entiendes que una palabra es una puerta.

¡Mira, hermana, lo llaman «síndrome»!, síntomas de enfermedades distintas que nos afectan a partes y al todo. Pero todavía hoy ni siquiera las agrupan, el cuerpo sigue fragmentado como las máquinas. No soy yo; soy el conjunto formado por partes y subdivididas en otras como los cortes de la carne de vaca dichos por un carnicero. Y así los diagnósticos nos llegaban como documentos orientados a desviarnos a otro médico, más al sótano, más al norte, girando dos vueltas y caminando al revés. En la puerta, con letras no doradas, pone «doctora». Puede entrar. Gracias, ¿un caramelo? Fanfarroneando para suavizar, el diagnóstico se ha convertido en un documento de letras parpadeantes, parpadeantes, par-pa-de-an-tes.

Sin embargo, antes de que mi hermana y yo pudiéramos enfermar del síndrome, la vida trajo a mi hermana un cáncer terminal y murió. El diagnóstico no se cumplió con ella porque lo que amenaza la vida tiene innumerables formas e irrumpió sorpresivamente con otras palabras que también desconocíamos y que eran poco investigadas.

Pero incluso desde la incertidumbre que nos torpedea, pienso que lo que moviliza el sentido de la investigación es la posibilidad de cambiar la respuesta de los médicos cuando a la pregunta: «¿Puede curarse?», contestan: «No es posible». Reconozcamos que algo aliviaría escuchar en su lugar: «Es poco probable», o mucho mejor: «Es difícil, pero es posible». Porque en las últimas décadas hemos visto resplandecer increíbles avances y logros. Más probables cuantos más concentración, apoyo y sentido encuentran los investigadores en sus trabajos. ¿Se imagina pasar de la inefabilidad del «no» a las oportunidades del «es probable»?

Si este inefable pudiera, limpiaría los tiempos y mejoraría las vidas de quienes investigan lo que nos enferma y mata anticipadamente, para que habiendo vida haya trabajo, pero habiendo vida. Este sería un hacer con sentido que revertiría tantos diagnósticos, personales y planetarios, como sentencias.

EL SENTIDO DE RECUPERAR LA VIDA. OTRO PACTO CON EL TIEMPO

–Espera, necesito aliento.

–¿Para seguir?

–No, para repensar todo esto.

LAURA BEY, 2023

En el andén de una estación de tren, en el norte, de regreso a casa. Los ojos se me cerraban después de tres horas de espera. Intentaba fijar la vista en las sandalias de la familia con niños que esperaba enfrente, pero la cadencia del paso rápido de los que subían a los trenes me adormecía. Me enfadaba conmigo misma por aceptar estos horarios inflexibles de viaje que me obligan a reservar dos días para un trabajo de tres horas. Sentía un cuerpo demasiado descompasado, incapaz de no dolerse y que difícilmente se concentraba en las tareas pendientes. Lo que me esperaba en el tren eran mensajes por contestar y en casa, logística para un congreso.

Y me decía: «Necesitamos otro pacto con el tiempo». Porque detengámonos un instante y contemplemos nuestra vida. ¿Es mi vida lo que hilvano entre viajes y trabajo? Quiero decir, ¿lo que resta? ¿O acaso es la suma de viajes y trabajo más «lo que resta» donde duermo y ¡no recuerdo!? Le juro que yo quisiera verla resplandecer cada vez que está sentada o de pie en ese andén o en una calle, pero nadie puede exigir a un cuerpo exhausto que viva cuando dedica su energía a no sucumbir.

¿Una vida? Hela aquí. Diviso todo lo que he vivido en los últimos treinta años laborales y se resume en una sensación de cansancio. Así como la sofisticación tecnológica de un tren de alta velocidad se me hace ráfaga cuando pasa sin parar en la estación. Igual que las rachas de viento o que las olas dejan una impronta, como un cubo de tierra lanzado a la cara. He vivido, sí. Pero entre la tierra hubiera querido más brillos como luciérnagas o gotas, de esas que corresponden a sensaciones reales por verdaderas, intensas por cargadas de sentido.

Tiemblo al recordar y sueño con la jubilación.

Porque la verdad sin ornamentos es que la mayor parte de la vida trabajamos y ya está. Si nos muestran el cubo de vida, es tierra que ha sido y, ¡zas!, ya se ha extinguido. Se lo decía al inicio y lo reitero con voz ya no susurrada: ¿no cree que nos debemos la oportunidad de reorganizar los tiempos para que ningún humano muera con esa sensación?

Para quienes tienen trabajos sometidos a horarios y días concretos, me parece que el camino pasa indudablemente por reducir la jornada laboral, tal como vengo sugiriendo en este informe. Aventuraría que en el futuro será algo que no genere controversia alguna y que extrañará no haberlo tanteado antes. Como resistencia, escucharemos amplificados a los pocos que más riqueza acumulan y nunca ponen en riesgo sus grandes ganancias, porque es como poner en riesgo su identidad de privilegio. En esos casos es probable que señalen los peligros que los cambios suponen para la sociedad. Sí, dirán «para la sociedad», pero querrán decir para sí mismos y sus grandes márgenes de beneficio. Y es posible que, en el afán insaciable de ganar más, amenacen con llevarse el capital a esos paraísos fiscales sin ética ni espíritu, donde apenas pagarán impuestos, como si ese «país» que el resto del tiempo llevan tatuado en su lenguaje fuera exclusivamente «ellos».

En algún momento, una bofetada ética zarandeará el mundo por esta hipocresía, y si no llevan piedras por alma, también quienes actúan así tendrán que rendir cuentas y escuchar el clamor de un mundo que se hace más desigual y necesita trabajos con sentido y vidas con tiempo no solo para el rico.

Porque imaginemos que se establece una reducción de la jornada laboral y que las personas disponen del mismo número de días para trabajar que para vivir y cuidarse, ¿no habría entonces mayor concentración en nuestras tareas?, ¿más oportunidades para amar las cosas que hacemos?

No solo cabe mirar a quienes ya han puesto en marcha con emocionantes resultados políticas de reducción de jornada en otros países y en algunas empresas, sino hacerlo con perspectiva a lo largo del siglo XX. Resuenan en mi cabeza las reivindicaciones de Simone Weil sobre jornadas más cortas, tan vigentes como hace un siglo:

¿Qué catástrofes provocaría? No habría un solo niño con menos leche, ni una familia con más frío, ni probablemente un solo patrón de fábrica de automóviles con una vida más corta. Las ciudades serían menos ruidosas y en ocasiones las rutas volverían a encontrar la gracia del silencio [...] miles y miles de obreros podrían por fin respirar, disfrutar del sol, moverse al ritmo de la respiración, hacer otros gestos al margen de aquellos impuestos por el orden; todos esos hombres, que habrán de morir, conocerían de la vida, antes de morir, algo más que la prisa vertiginosa y monótona de las horas de trabajo, la pesadumbre del reposo demasiado breve, la miseria insondable de los días de paro y de los años de vejez.

Si observamos la unidad de tiempo de una semana, ¿no se trataría de repensar la organización que socialmente acordamos para probar a vivir al menos la mitad de esa semana y concentrar en la otra mitad un trabajo con sentido? Aventuro que esa vida sin trabajo sería una vida que ayudaría a cuidar a las personas y el planeta, incluso podría contribuir a que la creatividad fluyera mejor y se disfrutara de la cultura. Pero, de manera especial, facilitaría llevar a la práctica políticas de igualdad y conciliación que precisan tiempos despejados, necesariamente.

A tenor de lo experimentado, afirmaría que de la disponibilidad de mayores dosis de tiempos propios, de tiempos redimidos de trabajo obligatorio, nacería mayor compromiso con lo que hacemos, mayor vínculo con la ciencia y mejores trabajos. A cambio, nada valioso para la sociedad; solo agotamiento e inercia, nace del desafecto hacia el trabajo y de esa sensación de vacío que en muchos ahora se extiende.

¿No tendría más sentido devolver nuestras jornadas y vidas laborales al acuerdo social del que nacen para ser repensadas? El mundo no se va a hundir; muy al contrario, cuando estos cambios se produjeron, mejoraron el trabajo y la vida. Es una cuestión de tiempo, de imaginar que las horas no dominadas por un jefe o por un plazo de entrega sean las mayoritarias. Son pactos convenidos. Son pactos que deberíamos cambiar.

La motivación de cualquier trabajador para poder disponer de más tiempo propio es con seguridad su mayor incentivo. ¿No es el tiempo la vida?, ¿no es la libertad que proporciona el tiempo limpio lo que pone al sujeto frente a su espejo, frente a una conciliación verdadera, una posibilidad favorable para tomar distancia, estar mejor informado, escuchar a la ciencia, disfrutar la cultura y cuidarnos?

Envejecer trabajando

Detengámonos de nuevo. Observe su edad y la mía. ¿Cuántos años estima que seguiremos trabajando?, ¿cuántos viviendo? Creo que usted se jubila en breve. Sin embargo, ¿nadie tiembla cuando se afirma que si la esperanza de vida aumenta y los trabajos que no conllevan duras exigencias físicas así lo permiten, las jubilaciones se retrasarán?

Considero que la dureza de un trabajo produce tanto manos encallecidas como almas esclerotizadas. Para sorpresa de quien se deje llevar por lo preconcebido, cuando comparo mi cuerpo con el de mi padre, expuesto durante ochenta años a la intemperie del campo y al duro trabajo físico, pero al aire libre y con comida sana, veo el mío de cincuenta casi como escombro. Y me siento, como otros muchos, avergonzada e incomprendida por la sentencia que, por estar sentados, nos proyecta a una jubilación demorada y a un trabajo casi infinito, dando por hecho que nuestros cuerpos están fuertes y sanos. Quizá si se detuvieran a mirar bien nuestros hábitos, nuestra comida y nuestra medicación, nuestros ritmos urbanos... Sé que es difícil compadecerse de un cuerpo sentado, a menos que se precise permanentemente sentado, mal alimentado y agotado por la complejidad de la vida de ahora.

En ningún caso debiéramos resignarnos a que la mayor parte de nuestra vida esté ocupada por trabajo. Como si esta sentencia aún nos fuera impuesta por nacer sin herencias de las que poder vivir, condenándonos a trabajar mientras el cuerpo aguante, para seguir pagando una vida, dejando de trabajar solo cuando enfermamos o nos acercamos a nuestros últimos años.

La trampa que hoy vivimos los trabajadores sentados es que los tiempos de trabajo mediados por la tecnología siguen fluyendo e inundando los días no laborables, y mientras buscamos acotarlos y reivindicamos reducciones de jornada, no cabe olvidar ese otro frente añadido. Porque ¿qué ocurre si los posibles logros en la reducción de jornada son paralelos a una ampliación de la edad laboral y a una jubilación pospuesta? Como si la presión cambiara de lugar y dejáramos de visualizar una vida profesional a la que sigue una vida de jubilación y descanso, para trucarla por una vida donde trabajaremos muchos más años, a lo sumo reorganizando el tiempo. Pero resulta engañoso tener que elegir si las distintas opciones nos llevan a «lo de siempre», vidas que son mayormente trabajo o preocupación por este, en

nuestro caso simplificando los casos bajo el único epígrafe de trabajadores sentados.

Los trabajos sin horario y el tiempo con sentido

Una mera reducción de horas ayudaría a muchos, pero a mí me dejaría en el mismo lugar. Lo que yo hago cuando trabajo no tiene horarios. Pero lo que hago sería mejor para todos si pudiera liberarme de tanta basura administrativa.

Trabajador cultural, 2023

Yo quisiera vivir con el aire indefinible de una persona cargada de ¿alegría? Sin embargo, en los últimos tiempos no ha sido el caso. Solo la siento cuando en mi vida y en mi trabajo percibo que puedo actuar libremente y soy dueña de mis tiempos. Pero sí pienso que mis días están orientados al trabajo obligatorio lunes, martes, miércoles, jueves y viernes, y que el fin de semana tomaré aliento, contestaré mensajes pendientes y ordenaré documentos, agenda e ideas para retomar el lunes, o que las vacaciones serán el tiempo para la escritura con sentido, apenas dispongo de un tartamudeo vital para pensar en la huida sin atreverme a ella, o para no pensar y, en ambos casos, seguir empequeñeciendo.

Claro que una posible y necesaria reducción de jornada sería importante pero no suficiente para los casos en que los horarios no están definidos, como ocurre en los trabajos intelectuales y creativos. Transité por algunas de estas dificultades en Frágiles e intenté identificar allí puntos de tensión de esta deriva: formas de autoexplotación que proyectan una responsabilidad que se normaliza en la estructura y se hace sistémica, rivalidad entre trabajadores, aislamiento e individualismo impulsados por las lógicas digitales, mercantilización del yo como marca y sobreexposición en medios, presión de agrado y aceptación por defecto, adicciones a ansiolíticos, drogas u otros medicamentos para seguir siendo productivos, agotamiento derivado de trabajos fragmentados y multiplicados en colaboraciones que no siempre parecen «trabajo» y que vienen de nuestros «iguales», es decir, difícilmente rechazables.

Todos estos condicionantes están favorecidos por la mediación tecnológica, que agiliza tareas a la vez que multiplica actividad y nuevas necesidades en un marco de desactivación colectiva, al tiempo

también que hace explotar trabajos administrativos y de autogestión. En este escenario, medidas que ayuden a la reapropiación del tiempo propio liberado de control, pero también a la limpieza de burocracia, serían catalizadores necesarios para activar otro pacto con el tiempo y con el trabajo.

De momento, la tecnología no ha traído consigo la disponibilidad de mayor tiempo para la mayoría, sino más bien la más clara diferencia entre quienes controlan la máquina y a quienes la máquina controla, multiplicando las tareas, percibidas al principio como exigencias suaves, experimentadas después como nuevas obligaciones. Es un ensamblaje que empieza siendo coyuntura y que cada día afianza sus puntales en la tierra, buscando ser estructura, fondo de nuestras historias, suelo de desigualdad.

UN MARCO QUE NO ES PANTALLA. EL SENTIDO DE LA CULTURA COMO TRABAJO

–¿Qué ves?

–Veo un pájaro, una cucaracha, una niña.

–Pero es una actriz que hace de pájaro, de cucaracha y de niña.

–Entonces es una mujer que trabaja.

LAURA BEY, 2023

¿Ha sentido alguna vez el encantamiento del ritual que nos congrega en silencio frente a un marco de fantasía que no es una pantalla? Allí donde la duda sobre la realidad de lo que vemos no tiene que ver con su materialidad, pues los cuerpos de otros se perciben haciendo vibrar el escenario cuando pisan, cantan y vuela el polvo desde sus botas. En la respiración acelerada de un cuerpo que jadea, que suda, que juega a ser, se mantiene la tensión de la fina interfaz que separa el escenario de las butacas hasta hacerse imperceptible. ¿Qué sería de nosotros sin la oportunidad de representarnos como máscaras, de jugar con ellas, de imaginar más allá del silencio introspectivo? ¿Qué sería de una sociedad si no pudiera dejarse arrobar por la cultura?

En el teatro, sentados junto a desconocidos, los segundos que separan el silencio de la voz que inicia la obra nos arropan, como el instante en que de noche, tumbados en nuestras camas, subimos la colcha y nos tapamos el cuello ajustando la almohada para, con un poco de suerte, soñar. Sentados junto a desconocidos, la manta es gigante y nos envuelve a todos, aunque nos permite sacar la cabeza. El teatro no es un sueño ni es nuestra casa, pero nos sentimos protegidos y privilegiados por la consciencia ante la escena enmarcada, y extrañamente sentimos que pertenecemos a algo parecido a una comunidad.

El escenario siempre comienza como un oscuro, que parece propio pero que, mirándonos a todos, nos mira a cada uno. Las luces van apareciendo conforme los actores entran y danzan y dialogan, o

simplemente nos hablan. En el aire de un teatro como abismo y como abrigo, siento mi estado de ánimo colmado y seguro, como si el cuerpo se recompusiera, como si pudiera ampliar el cuerpo con el de quienes danzan y hablan en escena. No ocurre con todas las obras, como no ocurre con todos los libros ni con todos los poemas. Hay veces que la emoción está escorada al contexto o a la temática, pero hay otras (sublimes) en que algo inefable fluye porque esa obra te ha cogido en brazos y ha amagado con tirarte o con besarte.

El trabajo cultural supone una práctica que transita incansable alrededor de lo inefable, buscando maneras de señalarlo, de crear situaciones que ayuden a quien se atreve a experimentar ese cambio de lugar, de tiempo o de cuerpo, permitiendo a los otros llegar a un espacio donde poder construir emociones e ideas propias. Por eso la cultura no puede ser opresiva ni dogmática, ni llamar a las personas a pensar esto o aquello; en su despliegue de situaciones, favorece que cada cual se haga sus propias preguntas y, saliendo del letargo de poder «verlo todo» sin apenas inmutarse, recuperar ese gran valor que es la capacidad de extrañarse.

No olvidemos que en la cultura habita el goce del espíritu, el descanso de los haceres materiales y de la vida marcadamente útil, el disfrute y la inquietud de las personas que leen libros, van al teatro, a una exposición, a un concierto o participan en una performance. Pero esa cultura que para la mayoría es alteridad y contraste de nuestros tiempos de trabajo, para quien la produce es su empleo.

Cuando hablo con personas que trabajan en la cultura, y de manera especial en el teatro, suele desatarse un halo de complicidad. Tiene que ver con que compartimos pasiones por una creación que culmina en un trabajo expuesto, pero desde que publiqué El entusiasmo, también hay una intrahistoria de sus vidas que se parece mucho a lo que entonces narré a través de Sibila. A veces continuamos la conversación por escrito y nos intercambiamos mensajes sobre los trabajos que nos embriagan y las cosas que en ellos nos causan daño. Aunque la materialización difiera, cuando culminamos un libro o una obra construida sobre un texto dramático, el proceso está repleto de coincidencias.

Hay una sensación predominante que siempre se repite y es que ese amor por lo que hacemos sería capaz de resistir con nosotros la enfermedad y hasta la muerte, como si nos mantuviera enganchados al escribir o al representar, a esa poesía, de manera incondicional. Quizá para quien no haya experimentado esa pasión por un hacer creativo, estas palabras resulten abultadas o hiperbólicas; no para nosotros. Pero esto nunca justificará el abuso de quienes esconden que la creación es también trabajo. Me refiero a quienes ven en estos agentes

la vulnerabilidad del entusiasmo y contratan sin pago a los creadores apasionados, dando a entender que ese placer que sienten es equivalente a un sueldo.

Ya pasamos por esa escuela en que otros abusaron de nuestro tiempo porque dieron por hecho que quien se dedica a la creación sin condiciones haría ese trabajo, ese recital, ese libro, ese debate, esa actuación o ese dibujo de todas maneras. Si pasáramos por alto que lo hecho es al mismo tiempo una pasión y un trabajo, sería fácil legitimar que esto a lo que llamamos «cultura» en este momento y lugar no es trabajo. No es el caso, pues esa consideración sería lo mismo que afirmar que solo pueden ejercer esas prácticas los muy ricos que no precisan dinero, o los muy temerarios dispuestos a morirse de hambre idealizando y alejando este hacer a un impulso irrefrenable.

Que esa cultura sea verdadera y radicalmente libre en su expresión debiera ser un mandato. Que esa cultura que acoge gran parte del trabajo con las palabras sobre el que trato en este informe inefable requiere observar las condiciones del trabajo intelectual y la producción cultural contemporáneos, recordar los lastres para el ejercicio de su libertad que aquí he criticado.

Porque imaginamos a los trabajadores de la cultura en el disfrute permanente de una tarea que les motiva, contentos por diminutos hallazgos diarios que dan músculo a sus propuestas y sentido a sus prácticas, desde el vestuario bordado, la música novedosa, el texto adaptado o un mecanismo original. Pero cuesta ver las horas diarias de ensayo, los periodos sin facturar, los libros sepultados por las novedades que disponen de pirámides de marketing que los eclipsan, los tiempos sin haber cotizado, la artista premiada con «la selección para otra exposición» en la que no solo no cobrará, sino que deberá invertir dinero para poder participar en ella. Y en todos estos casos siempre pasamos por alto la fuerte dependencia de estos trabajos de la mediación burocrática.

No imagina la manera en que un auditorio de trabajadores de la cultura se estremece cuando escucha la palabra burocracia, cómo este término amenaza con el tsunami que les pone en riesgo y aumenta, de un lado, el desafecto y, de otro, el riesgo social de una cultura envasada, menos libre, menos crítica.

Porque en el trabajo cultural mediado habitualmente por instituciones solemos olvidar que sus integrantes son casi siempre grupos pequeños o agentes autónomos, que no disponen ni de la infraestructura ni de la

logística necesarias para negociar y gestionar como lo hace una empresa, con una organización de trabajadores diferenciados que se ocupan de trámites, informes y pagos y, además, con apoyo sindical. Asimismo, pareciera que a los gestores económicos les cuesta empatizar con el trabajo cultural, como si hablaran códigos distintos que culminan en la proyección de falta de fiabilidad. «Hacienda no nos entiende», me dice una dramaturga cuando a la compañía le reclaman justificar «haber gastado dinero en comprar ropa en Zara». ¿Acaso piensan que en el teatro los actores han de salir desnudos para que los espectadores imaginen lo que llevan puesto, o que para una obra contemporánea el vestuario debe reciclarse de Hamlet o de La Celestina?

Parte de la fragilidad del polivalente sector cultural implica pasar por mayores exigencias administrativas y burocráticas, que les privan de la mejor dedicación a sus trabajos, neutralizándolos con desconfianza materializada en sospechas, gestiones y tareas que nunca se encargarían a un médico o a un político. ¿Por qué entonces la cultura tiene que soportar esta presión? ¿Por qué los creadores deben sentirse «menos fiables», siempre en deuda, siempre en concurso?

Importa tener en cuenta estas diferencias para pensar otras fórmulas que ayuden a abordar el desafecto en el trabajo intelectual contemporáneo y los riesgos personales y comunitarios que supone. Entender que la peculiaridad del sector cultural exigiría, más que en ningún otro trabajo, no solo pensar cómo organizar mejor los tiempos evitando falsear una reducción compleja, sino muy especialmente «liberar los tiempos de burocracia inútil y de sospecha eterna», recuperar los tiempos limpios para la creación verdadera. Creo que este cambio es el más apremiante y cardinal y habría que tenerlo en cuenta cuando hablamos de la cultura como trabajo, pero también de la mejor cultura, del mejor trabajo.

LA ALEGRÍA DE LAS PALABRAS

Cuando funcionan, se golpean las barrigas y se cosquillean entre ellas. Es como cuando un grupo de niños que se gustan coinciden en el mismo rincón de juegos, se desternillan y revuelcan felices y, al marcharse, se agarran de las manos para estar juntos un poco más. Mirarlos es un espectáculo.

LAURA BEY, 2022

He quedado con una estudiante para hablar de su proyecto. Creo haber tenido la mirada desacompasada de la voz la mayor parte del tiempo, con ese retardo de quien marcha dos o tres pasos por detrás. Le he pedido disculpas y le he propuesto retomar nuestra conversación mañana. Me pesaba haber dejado un apartado de este informe inefable a medias que en mi cabeza seguía avanzando, como si hubiera caído en que la palabra espléndido funcionaba mejor que desprendido para determinada frase. A esta y a otras palabras volvía en espiral. La estudiante y yo no hablamos de estas razones, pero ella, que también trabaja con las palabras, ha podido deducir que alguna escritura había imantado toda mi concentración y ha sido comprensiva.

No es una anomalía sentirse así, escindida, en la escritura y en la vida material. Diría que es inevitable que la intensidad de lo que busca hacerse con sentido cree un lazo de amor y busque apropiarse de toda la energía excedente, que deposite sus alas en cada pausa para arrastrar la conciencia a las páginas que se están escribiendo, como en un proceso de enamoramiento.

En los periodos de máxima concentración creativa, el cuerpo corre el riesgo de caminar como un zombi y son frecuentes caídas y tropiezos, confusiones en la línea de metro, olvidos habituales de la medicación y la comida. No sabe el amor que nace que en este caso viene del desamor.

No quisiera ofender al posible interlocutor que me encuentro ni a la estudiante de doctorado que en su investigación ha pasado por momentos similares. Ese estar partida en dos solo puede comprenderlo quien ha vivido algo parecido, sintiendo que el cuerpo funciona como un avatar capaz de mover la cabeza y asentir sonriendo con cortesía. Pero si una obra ha quedado a medio hacer, le está supurando una

herida o ha enfermado por frases con desvaríos, tendríamos que contar con toda la comprensión de los otros para poder fugarnos mentalmente allí donde esa obra convalece, pues hasta que no se suturan las frases no puede fluir la lectura ni podemos continuar nuestra vida con la atención que merece.

Tampoco debemos sucumbir a la presión de cerrar forzadamente, de acelerar la escritura para terminar y comenzar algo nuevo. Sería como recoger las aceitunas cuando ni siquiera llegan al tamaño del verdeo, como comer las lentejas duras. Ejemplos ambos del más indiscutible hacer sin sentido. El mundo ya no resiste más prisa ni engaño bellamente envuelto, más incomestible alimento metido en una caja decorada con la imagen de una mujer sonriente acercándose una apetitosa comida a la boca. Basta.

Creo que las frases sufren, que las palabras se tensan cuando se ha forzado al escribirlas, como niños obligados a sentarse en la casa de un familiar lejano, quietos como esculturas en las sillas de enea, donde aguantan apenas cinco minutos, para después comenzar a mover la pierna o a toquetear algún santo en miniatura de la repisa hasta voltear a fray Leopoldo y hacerlo caer. Esos niños siempre terminan rompiendo cosas.

Quien ha visto las palabras hacerse organismo en una obra o en un poema, quien ha leído palabras que filtraban al mejor humano desconocido ante los ojos de la mayoría, sabe que son la mejor herramienta para dejar pistas del espíritu humano. Pero no me malinterprete ni crea que el talento de la literatura es el único capaz de movilizar la alegría de las palabras. Pienso que todo uso no solo expresivo, comunicativo, científico o legislativo, sino también administrativo, puede enorgullecer a las palabras si nace de un sentido, formalizándose entonces en la mejor versión posible de un informe.

Cosa distinta es secuestrar las palabras y usarlas como masilla para tapar los huecos de un formulario o un paper, o como dientes de llave para operar como engranaje de una aplicación o procedimiento. Porque esto sí que lo hace y puede hacerlo una máquina. ¿Se imagina poder huir de ese hacer por hacer que es mecánico o de ese hacer meramente ejecutivo que una programación informática puede resolver, para recuperar la concentración que reclaman pensamiento, creación y escritura? Y claro que es algo humano el talento que nos lleva a conocer unos y otros códigos y lenguas distintos, pero cuando la escritura forja esos organismos autónomos como novelas, ensayos, leyes, tratados o diccionarios, diría que cuando ese «organismo» se

activa y vive, es como si las palabras también hubieran podido elegir.

Porque hay veces en que las palabras logran pararse a la distancia justa de otras que las hacen crecer. Hay química entre determinadas palabras cuando las presentas y se unen, tanto que parecen que se han buscado toda la vida y que como un mecanismo físico logran sacudir el alma de quien las lee. Otras simplemente se engarzan como átomos afines, como si vinieran de la estirpe de imágenes bellas en que se funden el cielo y el mar, la hierba y la roca. En ocasiones, sin embargo, encuentras palabras modestas que reclaman quedarse solas y debes valorar ese gesto definitivo engrandeciéndolo. Les regalas entonces el altar necesario que conforman dos puntos, uno arriba del otro, y el privilegio de la atención.

Sí, pienso que las palabras son capaces de sentir, padecer y disfrutar la socialidad de la escritura, la compañía de otras. Que hay situaciones en las que pueden conformar un ser autónomo y apropiable por quien lee. Logran en esos casos atar el espíritu de quien escribe a otros muchos que se identifican en lo que no nos hace únicos, despiertan una suerte de intensidad punzante, a veces un amor. Es una conexión especial y poco frecuente que describiría como la alegría de las palabras.

Con todo, lo habitual es merodear esa alegría, como un orgasmo que se aplaza. Porque gran parte del tiempo la vida nos dificulta las palabras. Tantas acciones y proezas, bellezas y tiranías, cosas sublimes, pero también, más a menudo, atroces, que la dejan a una sin palabras. Paralizada en el silencio o tentada a emitir un sonido gutural impropio de un humano sin sentirse bestia, una apertura de boca mínima pero suficiente para que la presión por lo difícilmente verbalizable salga sin dañar el interior.

Trabajar con las palabras implica exponerse a este conflicto, asumiendo el desafío de nombrar como manera de acoger lo que se observa y se repite. Así nace el conocimiento, con palabras acordadas y compartidas que permiten entender cómo un fenómeno actúa y se replica. En mis estudios de antropología recuerdo cómo una de las hipótesis barajadas en la formación del lenguaje de los homínidos hablaba del cortejo y, con él, del lenguaje primigenio como una suerte de canto. La poesía se me hace hilo que enlaza las palabras de mañana y las de ahora con la musicalidad de los sonidos de entonces.

La poesía que lo era todo y lo sigue siendo. Porque no solo palpita en el origen de las palabras, sino que afirmaría que es el núcleo que late en lo inefable que nos moviliza. Suerte la mía de poder transitar por estos puentes del trabajo humanista donde los saberes de las palabras

no se sienten achicados por acoger y convivir con la poesía. Porque las luces disponibles para no deshumanizar el futuro siguen siendo las chispas que los poetas encienden en el roce de un lápiz o una tecla.

La dificultad actual de las palabras, ahora que la ciencia genera tantísimas de tipo científico en papers y libros académicos y profesionales, la dificultad, decía, parece cómica. Si la ciencia nombra y nombra, ¿por qué sentimos que nos faltan las palabras para comprender y encajar en el mundo que habitamos? ¿Por qué entorpecemos aquellas que no describen ni exponen sino que indagan en las contradicciones, motivaciones e irracionalidades, habitualmente expulsadas del paper como daños colaterales? De esas palabras que se rebelan ante la decadencia de las Humanidades y que precisan acompañar a los vivos trata este informe. De la crisis de una ilusión que tiene que ver con nuestro actual «estado de conciencia». Conciencia que precisa palabras. Palabras para conocer, para comunicar, para rehumanizar.

J. me lee un poema

LA CULTURA COMO SÍNTOMA Y COMO RESPUESTA. UN INFORME INEFABLE

La libertad de expresión total, sin límites, sea cual sea la opinión, sin ninguna restricción o reserva, es una necesidad absoluta para la inteligencia.

SIMONE WEIL, 1951

[...] si escuchamos únicamente el mortífero canto de sirenas que nos impele a perseguir el beneficio, solo seremos capaces de producir una colectividad enferma y sin memoria que, extraviada, acabará por perder el sentido de sí misma y de la vida.

NUCCIO ORDINE, 2013

No había una pretensión clara en el cierre de este informe inefable. Quiero decir que no tendrían aquí ningún sentido los cierres preconcebidos que acumulan en la puerta de salida resultados, fuentes bibliográficas utilizadas o presupuestos que traducen actividades en gastos. Había que abrir a los sujetos dolientes para observarlos por dentro y para escucharlos, narrarlo de manera integrada sin la disciplina de quien nos fragmenta en trozos sin entendernos como humanos. Porque si seguíamos con nuestra rutina, corríamos el riesgo de dejarnos caer sin que nos vieran, como cuando de una manera natural y física las canicas ruedan en la pendiente hasta colarse por alguna alcantarilla. Y como ya estábamos cayendo, era imprescindible que en el trayecto algo nos ayudara a frenar, una rama, un bache o un grupo de personas que de pronto nos ven rodando y se interponen en nuestro camino.

Así al menos siento yo que, en la caída al precipicio del desafecto, algo o alguien debe interrumpir el trance para dar oportunidades al sentido. Y me parece que cuando individualmente esas ocasiones se nos sabotean, no solo la política, sino también la cultura deben salir al paso, como terraplén que interrumpe la caída y convierte esas canicas en objeto mirado, escuchado,

nuevamente percibido.

Sé que resulta paradójico, pues el trabajo intelectual del que le vengo hablando en este informe es justamente uno de los damnificados por el desafecto creciente y, al mismo tiempo, parte esencial de la cultura de la que esperamos acompañamiento, resistencia, saberes y confrontación con el desapego. Y he aquí parte de la complejidad del asunto. Porque para enfrentar esta espiral, necesariamente hay que interrumpir el flujo que resta valor y poder a la cultura.

Así, cabría entender que esa cultura es clave para la sociedad cuando las personas ruedan dejándose llevar por un nihilismo reaccionario hacia la resignación o el «nada, salvo uno mismo, importa». Urge resituar los trabajos intelectuales y darles el valor social que merecen. Porque a todas luces el menosprecio a la cultura ha contribuido a su sobreexposición burocrática, a dejarla languidecer entre trámites y requerimientos que la apagan y neutralizan. Denostarla como aquello prescindible y sospechoso mientras se usa estratégicamente para una bella foto de familia política que cuida «lo simbólico», la ha hecho vulnerable a las formas de desapego que en este informe denuncio.

Reivindicar el valor de la cultura y, por tanto, la necesidad de recuperar su sentido y libertad extremos no solo ayuda a los trabajadores que escriben, crean, investigan y construyen conocimiento, imaginario y simbólico; hacerlo activa la cultura como herramienta social. Porque dejarnos vencer implicaría ceder sin un «ay» a la opresión simbólica del capital y la tecnología. Si las personas ruedan y ruedan y no estamos ahí para frenarlas y ayudarles a tomar partido consciente de lo que ocurre (subir, bajar andando, marcharse, pararse a mirar, identificar una situación, hacer preguntas...), ¿qué seremos?

La cultura es capaz de crear un marco, un libro, una música, un poema o un escenario para preguntar lo que en la vida tiene y no tiene sentido. Pero también puede ser agua en el puesto fronterizo, de manera que un poema se convierta en oasis, en mano que aprieta y salva. Ante el hartazgo de los haceres vacíos, ante la multitud de silencios contenidos y asustados, ante el llanto y el encono que experimentamos frente a la tiranía burocrática, el trabajo intelectual que sostiene a la cultura posee un inmenso valor.

Fíjese que es además un camino al que usted también me ha traído. Porque he descubierto que usted, hastiada de una vida dedicada a un trabajo mecanizado, a la gestión mediada por subcontratas, en su intimidad atada a las pastillas, un día rodando en su caída, de pronto

una rama o un bache… Fue por la tarde frente a su calendario de citas médicas. Recibió la visita de una amiga que le propuso acompañarla a un club de lectura. Esa rama, ese freno funcionó como interruptor de otros engarces. Porque el club de lectura fue el detonante de la llegada de nuevos libros, algunos distintos a sus lecturas habituales y decididamente improbables por perturbadores. De compartir impresiones en público a recuperar el sonido de su voz para frases que le exigían algo más que los hasta entonces predominantes «buenos días», «pagaré con tarjeta», «hola» y «adiós». De las vacilaciones y risas al café compartido y a una primera e inesperada visita al teatro, al que no iba hace años. A ella siguieron otras. También reuniones que se hicieron semanales para comentar libros y obras. Al poco, esos encuentros derivaron en su implicación en la asociación cultural del barrio, en el sorpresivo tejido de vínculos comunitarios.

Lo sé porque hablé con usted e incluso apreté su mano. Me la encontré en el debate posterior a una película sobre María Lejárraga. Usted ya había olvidado los trances administrativos que llenaban sus rutinas de anexos e informes antes de su recién estrenada jubilación. Con ella ha recuperado el tiempo y parece un ser vivo de verdad, raramente rejuvenecido. Ahora me habla con pasión y da la impresión de estar ocupada de otra manera. Sus tiempos están voluntariamente ordenados de vida y cultura. Afirma que la cultura la ha salvado del hartazgo vital, le ha devuelto los lazos con los demás, y dice sentirse mucho mejor de su mala salud, tan cosida con finura a un rostro que era triste o enfermo. Y yo me pregunto: ¿quién duda del estrecho vínculo de la cultura con la necesidad del tiempo liberado de trabajo en esa vida que llamamos «laboral» y en la posterior de la jubilación que amenaza con acortarse?

Llevaba tiempo queriendo tutearla y me atrevo ahora que te conozco por fin. Tu energía es contagiosa y me hace tener esperanza. Dices tener tiempo para leer y hablar con otras personas, que te han animado incluso a escribir sobre lo que estás experimentando, motivada por el incentivo de los encuentros, primero del club y después de la asociación vecinal. Lees, habitas y formas parte de la cultura, hablas con tus amigas. Las llamas así, aunque no las conoces a todas, y aunque no todas son mujeres, a todas ellas las sientes como amigas. Os implicáis en el barrio, proponéis iniciativas para mejorarlo, no os resignáis. Y, cuando hablamos, enfatizas tanto que la cultura te ha salvado, que tengo la obligación de compartirlo en este informe. No temas, ni mucho menos considero que hay exageración alguna en tus palabras. Ya te dije que también a mí la poesía me ha agarrado cuando estaba en el escalón que separa el suelo del precipicio y me ha devuelto al cuerpo que pisa una línea de tierra, haciéndome recuperar

la pulsión del sentido que me ayuda a vivir, la que me empujó al trabajo intelectual.

Me digo que ojalá las personas que quiero pudieran conocerte y compartir esa experiencia. Creo que todos en algún momento debiéramos poder integrar la cultura en nuestra vida como sacudida simbólica que ayuda a resituarnos y sorprendernos ante lo normalizado, pero también como manera de recuperar el lazo comunitario.

El reto entonces pasa porque estos momentos puedan sobreponerse a esas vidas que lo inundan todo con trabajo; es decir, que de esta conciencia seamos capaces de anudar un lazo colectivo y político que nos ayude a crear ya ese futuro con más tiempo propio.

¿Te has fijado además en ese curioso vínculo entre la cultura y el arte en el desarrollo de una comunidad? No es asunto menor y con tu experiencia lo escenificas. Pero también en la filosofía ha estado presente cuando, por ejemplo, Hegel, hablando sobre la muerte del arte, sugería no el fin de una práctica, sino el cambio en el papel que esta tiene en el desarrollo de una comunidad. Cierto que en los últimos tiempos ese papel se ha ido diluyendo junto a los viejos rituales y a una cultura agarrada por el mercado y que entroniza al sujeto frente a su pantalla como la gran imagen de época. Pero ¿no crees que en los lazos entre cultura y colectividad que tu grupo de amigas y tú hiláis late una señal que muestra un faro, un camino que nos ayudaría a volver a coser comunidad que se importa?

Y te diré que esto me parece primordial. Porque vivimos un mundo que normaliza la vida laboral equiparada o sobrepuesta a la vida, pero paralelamente sometida a un creciente «marco de fantasía» que dificulta identificar la verdad, fundida con la ficción tecnológica y sus formas generativas e híbridas, actuales y por venir. La cultura tiene el poder de interrumpir estos escenarios que nos aíslan y responden con «engánchese a las pantallas» o «tómese una pastilla, o diez», acallándonos y polarizando a una mitad social frente a otra. La cultura de la que hablamos ama la libertad, los gradientes, los matices, las preguntas con tiempo, el conocimiento exigente, la visibilización y crítica de las lentes que una época y un poder promueven para mentir haciendo sentir que dicen «verdad».

Cuando pienso en tu experiencia con la cultura revivo lo que para mí es la poesía, lo que para las personas que me escriben dicen que es (o ha sido) la investigación o la creación como movilización intelectual. Pero también pienso en mi madre y en las mujeres de mi pueblo. Y diría que el tiempo en que he logrado verlas más conscientes e

implicadas en vidas que parecían emancipadas fueron los años en que se unieron a la asociación de mujeres y a la escuela de adultos. En ambos casos, puertas a la cultura, a la convivencia y el diálogo con otras personas y, de nuevo, o por fin, unos ojos con brillo humano.

Si tú y yo lo hemos experimentado y lo vemos en otras personas, ¿cómo no rebelarnos ante lo que amenaza con naturalizar que una vida apretada de trabajo vacío solo puede aspirar a aplacar su insatisfacción enganchada a las pantallas? ¿Cómo no alentar el sueño de una vida más emancipada ayudados por ese, para muchos, personaje secundario y, para nosotras, pozo de vida que es la cultura?

No es casual que muchos hayan denostado la cultura coincidiendo con la infravaloración de la filosofía y el arte. No hay forma de desprecio más eficaz que la subestimación, más incluso que el rechazo explícito. Restar importancia es más efectivo contra lo que se quiere apagar porque se teme, como esas formas de infantilización que tantas veces han sufrido las mujeres adultas o ancianas.

Hay quienes directamente también censuran en la cultura su diversidad o lo que no se corresponde con la forma de ver el mundo de quien manda. Pero la cultura siempre debe ser libre. Fíjate que es en la libertad como suelo de una cultura autónoma donde la imaginación y la creación funcionan no diciéndote lo que debes pensar, sino ayudando a hacer el mundo pensativo, favoreciendo la pluralidad de voces e historias para que emitas tu propio juicio y conozcas otros. Entendida así, la cultura sería por tanto el antiterritorio de la guerra, allí donde el disentimiento no es motivo de insulto o disparo, sino de expresión y pensamiento.

Y claro que se equivocan quienes usan la cultura como si fuera la parte inútil y siempre prescindible, dispuesta a ser el último folio de la lista que la sociedad ordena, o lo que se queda aplazado a tiempos mejores siempre pospuestos. La cultura libre es la única capaz de transformar desde lo simbólico, capaz de resistir el dominio de las grandes industrias del imaginario y de un valor que lleva décadas imponiéndose. Me refiero al valor sustentado en los grandes números, un valor mercantil que hoy amenaza con homogeneizar para encajar en bases de datos, imprescindibles para que las lógicas del capital sigan maniobrando. La cultura hoy tiene el reto de acoger lo que no puede o no quiere ser reducido a números.

Sería una maldición caer en la espiral de ese valor hegemónico y de una cultura envasada para personas que viven pegadas a su trabajo y a sus pantallas. Y que solo en esas pantallas puedan encontrar a golpe

de dedo una propuesta cultural virada exclusivamente al aislamiento en las casas y al entretenimiento como resoplido después del cansancio, a la evasión y el «mejor no pensar» por defecto; al enganche masivo al discurso de jóvenes millonarios disfrazados de gente normal que emiten desde sus habitaciones conectadas, ubicadas en paraísos fiscales, a golpe de audiencia complaciente y de ganancia para sí mismos.

Como contraste, la cultura que se aleja de la dominación simbólica del poder de siempre no debiera infravalorarse ni regirse por las normas de la audiencia y el capital; esas normas que nos han llevado a un mundo dominado por el desafecto a los trabajos, sepultados por escombros de burocracia y coartados como sujetos-producto, precisamente los que muchos jóvenes tienen hoy como referentes: aspirar a ganar mucho dinero siendo algo que parece un «yo mismo» retransmitido. No hay mayor fracaso para una cultura humanista y emancipadora que la creada por el capitalismo digital.

Asusta normalizar en la cultura que el valor viene de ser valor de mercado y busca exclusivamente serlo, que ese modelo homogeneizador rija como poder supremo lo que necesitamos diverso, rebelde, cargado de palabras críticas y de metáforas que enciendan la imaginación sobre lo posible. Porque la cultura conoce el bien moral que la imaginación activa cuando nos permite recrear a los otros y, de alguna manera, empatizar con los demás, conocer otras historias que no siempre complacen ni nos dejan en buen lugar.

Y no es trivial esa potencia en un tiempo que favorece la soledad, el desapego comunitario y la angustia vital. Porque censurar, infravalorar o desestimar la cultura implica limitar su poder para ayudar a las personas a ser más libres e inquisitivas. A veces la razón de este desaire parece mera ignorancia, y otras, sencillamente desprecio, pero no perdería de vista que hay quienes saben que los cambios siempre comienzan en lo simbólico.

¿Recuerdas nuestras preguntas sobre la expectativa del trabajo intelectual en el futuro laboral? Hablábamos sobre lo que está en juego si el trabajo intelectual no se rebela y cede a este desafecto de un hacer de cualquier manera. Cuando el aislamiento de la tristeza burocrática y del trabajo deshumanizado se apropian de la vida, nos arriesgamos a perder la perspectiva de su valor social, el tiempo para la cultura y para la ciencia, el tiempo para cuidarnos como humanos y como planeta. ¿Qué suerte de utopía resultaría la que, pareciendo laboral, sería vital y sería posible si lográramos transformar una sociedad que por fin consiguiera subordinar el trabajo y la tecnología

a la vida y no a la inversa?

Con todo, queda algo merodeando las palabras y «tiene palabra» aunque alude precisamente a esa falta que intuimos aunque no somos capaces de enlazar con las letras. La palabra es inefable y en ella raramente se une lo que detesto y lo que me reconcilia con la vida. Tatuaré esta palabra, la tejeré, te la leeré para que en ella encuentres todo lo que ha rebosado en este informe como espuma, lágrima, risa, gesto o saliva. Porque sé que, a pesar de mis intentos por poner palabras a lo que alienta la desafección con el trabajo y a lo que nos recuerda su sentido, las palabras, incluso las que tienen más temperamento, nunca logran decirlo del todo. Es por ello que debo dejar aquí un espacio ampliable, una página de nada para tus ojos o un silencio si me escuchas, como una puerta entornada para llegar a tus propios inefables. Tal vez crecerán como reclamaciones justas, como propuestas liberadas de anexos 14A, como intercambio de ideas fugadas de los formularios en los que no cabían, como leyes buenas, como obras azules, como noes con síes... «a fin de que el mundo pueda ser transformado».

Porque algo está claro: la vida no puede ser solo esto, y si seguimos así, nuestra obediencia primero, nuestra tristeza después nos impedirán ver que la comunidad está enferma, que dóciles, desapegados y escépticos nos apagamos. Y la vida, me digo, no puede ser solo esto, porque amo la vida y disiento.

Termino. Tu espacio empieza. También el mío. No temas. Para apropiártelo no tienes que buscar más firmas, ni encajar números en aplicaciones, ni acreditar mediante certificado quién eres. A veces sí, a veces no, sabes quién eres.

Concluyo este informe en la primavera del año

dos mil veinticuatro

[...]

1. Para este ensayo, Borges se basó en un proyecto lingüístico propuesto por John Wilkins en An Essay Towards a Real Character and a Philosophical Language, de 1668. En esta obra, Wilkins intentó desarrollar un sistema de clasificación y un lenguaje universal basado en la organización sistemática del conocimiento. Para ello, Wilkins creó una tabla de clasificación que dividía el reino animal en categorías como: «Animales voladores divididos en: a. Animales con plumas (como aves), b. Animales con membranas (como murciélagos), c. Animales con alas (como insectos). Animales terrestres divididos en: a. Cuadrúpedos (como perros, gatos, etc.), b. Bípedos (como humanos), c. Reptiles (como serpientes, tortugas, etc.). Animales acuáticos divididos en: a. Peces, b. Cetáceos (como ballenas y delfines), c. Crustáceos (como cangrejos y langostas)».

1. David Graeber fue un antropólogo y activista reconocido por su contribución al análisis crítico de la economía política y la relación entre el trabajo y la sociedad. Su obra Trabajos de mierda. Una teoría se centra en el aumento de empleos sin sentido en la sociedad contemporánea, examinando sus efectos negativos individual y comunitariamente. También resulta de interés su libro La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia, sobre la burocracia y su impacto en la sociedad contemporánea y donde examina cómo las estructuras y las regulaciones burocráticas afectan a diversos aspectos de la vida, desde la educación y la atención médica hasta el mundo laboral.

Edición en formato digital: mayo de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2666-1

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es